EL 6º SELLO

Por HUGO WAST

Hugo Wast

De la Academia Argentina de Letras
correspondiente de la Real Academia Española
correspondiente de la Academia Colombiana

EL 6° SELLO

Buenos Aires
Editores de Hugo Wast

1940

Buenos Aires, 5 de diciembre de 1940.

Puede imprimirse.

Dr. Antonio Rocca,
Obispo de Augusta y Vicario General
de la Arquidiócesis

EL 6° SELLO

Imprenta y Casa editora Coni
Perú 684, Buenos Aires

EL 6° SELLO

ACLARACIÓN DE MOTIVOS

Habíamos llegado, más que por oficio, por devoto impulso, al borde de las Sagradas Escrituras, a la manera de un niño que llega a la orilla del mar.

Y nos habíamos detenido, atónitos y humillados, al comprender nuestra impotencia para penetrar en aquel piélago insondable y misterioso. No teniendo ni barca, ni vela, nos quedarnos allí, muchos años, sin cansarnos de la incomparable visión, y contentándonos con recoger en la arena, al retirarse la ola, algunas piedrecitas, de las cuales la que brillaba menos, valía más que una perla, porque todas, aun la más mínima, eran la palabra de Dios.

Durante años hemos leído libros de exégesis, para aprender la interpretación de las Escrituras que enseñan la Iglesia y la tradición de los Padres; y cuando por nuestra cuenta osamos escribir algo, no hemos hecho más que seguir a los exégetas, como Ruth a los segadores de Booz, juntando algunas de las espigas que no cabían en su gavillas opulentas.

El océano permanece inexplorado; y la estupenda mies intacta. Pero esas pocas piedras y esas espigas son para nosotros una riqueza tan grande, que querríamos hacer a nuestros amigos partícipes de ellas; y con ese propósito hemos dado forma y nos atrevemos a publicar estas páginas.

Nos sirve de estímulo el recuerdo de algunos pasajes de la magnífica encíclica Providentissimus Deus, en que el Para Leon XIII, al instar por que se estudian con amor y fidelidad las Sagradas Escrituras, exhorta a los seglares a cooperar en su medida con los nobles y brillantes esfuerzos que en ese sentido realizan los teólogos y los comentadores eclesiásticos.

Con motivo de la publicación en periódicos de algunos de estos capítulos, el autor ha recibido numerosos testimonios reveladores del interés que han, despertado, a pesar de ser notorias sus deficiencias y ninguna su originalidad. Se debe ciertamente al asunto. Agradecernos cordialmente esos comentarios; y creemos indispensable manifestar aquí que entendemos no haber expresado en ningún momento ninguna opinión personal, que se aparte de las enseñanzas y la tradición de la Iglesia. Nuestra voluntad al menos ha sido ésa.

“Ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación privada”, dice expresamente el príncipe de los Apóstoles (II Petr., . 20).

La avidez con que ahora se estudia y comenta todo cuanto se refiere a profecías, se presta a reflexiones, porque muchas veces nosotros mismos ignoramos qué espíritu nos mueve.

Hemos escuchado conversaciones y discursos, que nos han parecido sospechosos, contaminados de astrología, ocultismo o magia, no obstante sus reiteradas y vehementes invocaciones a Dios.

“Y no es de extrañar”, pues el mismo satanás se transforma en ángel de luz » (II Cor., II. 14).

Hay que estar alerta, para no dejarse sugéstionar por las afirmaciones «deistas», que no implican adhesión verdadera a nuestra fe, y tras de las cuales se encubren las más pérfidas doctrinas panteístas y agnósticas. Hay quienes pretenden ser espiritualistas y lo que son es espiritistas.

Debemos desconfiar mucho de esos visionarios demasiado elocuentes y a la vez demasiado imprecisos en su credo y sus normas de vida. Por su boca es difícil que hable la Verdad.

Sus palabras y su doctrina tienen evidentemente un dejo católico, pues en parte proceden de fuente evangélica, pero sus visiones son sospechosas. Los católicos “andamos por fe y no por visión” (II Cor., 5. 7).

Es el caso de decir de casi todos ellos, “salieron de entre nosotros, mas no eran de los nuestros” (I Joan,. 2, 19).

Su dolorosa apostasía se manifiesta en que confesando a Dios o aparentando creer en él, niegan a su Hijo. Para ellos Cristo no es Dios, sino un hombre divino, el mayor de los profetas, y nada más.

Pues bien, su sentencia está dada en palabras tremendas, que durarán más que la tierra y los cielos:

“Quien no honra al Hijo no honra al Padre” (Joan,. 5. 23).

“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí” (Joan,. 14. 6).

“El que niega al Hijo no tiene la vida” (I Joan., 5. 12).

Ésta es la piedra de toque de toda la teología. El Demonio, aun cuando cree en Dios, no confesará nunca a su Cristo.

“En esto se conoce el espíritu de Dios” (I Joan., 4. 2).

Sostienen algunos teólogos que la razón de la caída de los ángeles, al principio de los tiempos, fué el conocer la unión hipostática, o sea la encarnación del Hijo del Dios en su cuerpo humano. Sintiéronse humillados por la excelsa dignidad a que se levantaría un hijo de mujer, que se pondría infinitamente más arriba que ellos, criaturas sobrenaturales; y su soberbia se rebeló.

Desde aquel instante, el odio diabólico se concentra en la divinidad de Cristo, que es la piedra sillar del catolicismo. El que no la confiesa o artificiosamente la elude, está fuera de la verdadera religión.

Éste es el sentido de la amenaza evangélica, que llenaba de congoja, al inmensamente triste y ulcerado corazón de Lamennais, todavía seminarista. “No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos”. (Matth,. 7. 21).

Acatando el decreto del 13 de marzo de 1625, de S. S. Urbano VIII, confirmado por su Bula del 5 de julio de 1634, protestamos al comenzar este libro, que no presentamos como aprobadas por la Santa Iglesia Romana las revelaciones o profecías privadas aludidas aquí, las cuales sólo tienen la autoridad que se funda en el crédito que merecen las personas de sus autores.

PRIMERA PARTE

EL REINO DE MIL AÑOS

I

INTERÉS DE ESTAS CUESTIONES

Ahora que parece a punto de romperse el sexto sello del Apocalipsis, donde se contiene el futuro de la humanidad; cuando «propios y ajenos cuidados» nos asaltan de adentro y de afuera, sentimos un deseo vehemente de hallar un refugio, de escuchar en medio de las voces pasajeras, una voz que no pase, de huir del movedizo arenal de las cosas presentes, y afirmarnos en la roca eterna.

Viajeros que somos en el atardecer del mundo, cuando aya no hay luz ni siquiera en las cumbres, la noche se cierra delante de nuestros pasos, e instintivamente volvemos los ojos, para espiar el alba que se anuncia en el borde nacarado de las primeras nubes o en el pálido sueño de las últimas estrellas.

Desencantados del presente, nos refugiamos en la historia, que es el pasado, o en las profecías, que son el porvenir.

Fatigados por las mil cadenas de fábulas en que nos han envuelto las lenguas mentirosas de filósofos, sociólogos, financistas y demagogos, buscamos ansiosamente la verdad, que nos hará libres: *Verítas liberavit vos*.

Pero la verdad y la eternidad sólo están en la palabra de Dios y ésta solamente en los libros santos.

Por eso en los días de angustia nos complace leer la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis afrontando sus misteriosas oscuridades, y seguros de que cuándo llegue la hora, dé allí brotará la luz.

No hay lectura ni más sustancial, ni más adecuada para los tiempos que corren; siempre que sea hecha con reverencia y atención al sentido que le da la Iglesia, su exégeta infalible, o que le dan los Santos Padres, en los muchos puntos en que no hay interpretación fijada por ésta.

La Eucaristía, que es el Cuerpo real de Cristo, y la Biblia, que es la verdadera palabra de Dios, son los alimentos por excelencia del alma católica.

Ignorar las escrituras, ha dicho San Jerónimo, es ignorar a Cristo. Los Santos Padres recomiendan no pasar ni. quiera un día sin estudiar la Biblia. Ayer habremos leído un capítulo; hoy puede no ser más que un salmo; mañana tal vez

un solo versículo. Lo importante es mantener encendido el amor por esta lectura, que encierra el cosmos desde el primer día de la creación, hasta el último del Dies irae.

El Apocalipsis del apóstol San Juan el último de los libros que compone: las Sagradas Escrituras, es una profecía en que se describen los grandes hechos del futuro.

Leemos en su primer versículo "Revelación de Jesucristo, la cual ha recibido para descubrir a sus siervos cosas que deben suceder presto".

Se trata, pues, de sucesos que el Señor quiere descubrir a los hombres.

Con esto se aclara un punto en que muchos se confunden: no sólo no es inútil o inconveniente el realizar esta suerte de estudios, bajo el infalible magisterio de la Iglesja, sino que está ordenado por Dios mismo, y se promete la felicidad al que lo haga:

«Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía; y observa las cosas escritas en ella, pues el tiempo de cumplirse está cerca». (Apoc., I. 3).

La proximidad dé que aquí se habla es relativa. Mil años a los ojos de Dios es como el día de ayer, declara el salmo 89.

Sin embargo, debemos guardarnos de creer que los adverbios «cerca» o «pronto», con frecuencia usados en las profecías del fin del mundo, no signifiquen nada o sean tan elásticos que puedan interpretarse corno millares de siglos, tiempos inconmensurables.

Ello sería contrario al texto mismo de la profecía y sus concordancias.

El Apocalipsis es una historia condensada de la Iglesia, desde la era apostólica, hasta el final.

Pero su principal objeto son las visiones de estos últimos tiempos, el reinado del Anticristo, y la segunda venida de Cristo al mundo. Tal es, por lo menos, la opinión de los Padres, conforme a la tradición de los primeros si a los cristianos.

Las luchas y la victoria final sobre el Anticristo, en el campo de batalla de Armagedon, constituyen la parte dramática, llena de luces y de misterios de este libro maravilloso, que desde hace 19 siglos ha puesto a prueba la sagacidad, la humildad y la ciencia teológica de los más grandes espíritus.

No nos hagamos demasiadas ilusiones. Alcanzaremos el sentido de aquellas cosas que estén destinadas para la enseñanza de nuestra generación, mas no lograremos penetrar más allá.

Con todo, una sola palabra que comprendamos será bastante para nutrir espiritualmente una vida.

El profeta sube a los cielos, atraído por una voz que le dice:

«Sube acá y te mostraré las cosas que es necesario sean hechas después de éstas». (Apoc., 4.1).

Todo se halla escrito en un libro de "siete sellos que tiene Dios en su mano derecha; y no hay «ni en el cielo, en la tierra, ni debajo de la tierra» quien sea digno de romper los sellos y de leer el libro, sino el Cordero.

«Y vi que el Cordero abrió uno de los siete sellos...».

Con eso empiezan los cuadros de esa historia.

A la apertura del primer sello aparece un caballero sobre un caballo blanco, imagen de la era apostólica. Bajo el segundo sello, un caballo bermejo; simboliza las persecuciones de los emperadores. Bajo el tercer sello, un caballo negro, las invasiones de los bárbaros. Bajo el cuarto, un caballo descolorido, nacimiento del imperio mahometano. Quinto sello, cambio de decoración los mártires de Cristo claman: «¿Hasta cuándo, Señor, seremos perseguidos».

Y se les responde: «Todavía un poco más de tiempo».

Casi veinte siglos han tardado en abrirse estos cinco de los siete sello. Actualmente parécenos que está a punto de saltar el sexto, que coincidirá con espantosas calamidades cosmogónicas: gran temblor de tierra; el sol se volverá negro y la luna roja, y caerán las estrellas como caen los higos en un día de viento.

Las naciones" cambiarán de limites.

«Todas las montarlas y las islas fue, ron sacadas de su lugar». (Apoc., 6. 14).

«Y los reyes, y los tribunos, y los ricos, y los esclavos, y los libres, se esconderán en subterráneos y entre las pellas de los montes». (Apoc., 6. 15).

De todo eso triunfará la Iglesia, y se producirá la conversión de los judíos, y por un término se detendrán las catástrofes «hasta que hayamos marcado en la frente a los servidores de Dios». (Apoc., 7. 3).

Y se producirá la apertura del séptimo y último sello.

Aquí, para marcar la gravedad y solemnidad del momento, anuncia el profeta que hubo en el cielo un silencio de media hora.

¡Qué vasto horizonte para las conjeturas y qué apasionantes los problemas de interpretación que se plantean!

La oscuridad del Apocalipsis no ha sido inconveniente, y más bien pareciera haber estimulado el ardor de los exégetas, que desde los primeros siglos del cristianismo, se aplicaron a su interpretación.

La sola cronología, es decir, la traducción a años correspondientes a nuestra época, de las cifras o expresiones numéricas que contienen los textos canónicos, ha dado origen a numerosísimas suputaciones.

Ante todo, digamos que la duración del mundo, fijada en 6.000 mil años, es una tradiciónm judía. Según ella, debían transcurrir 2.000 años desde el comienzo del mundo hasta Abraham, antes de la Ley. Otros 2.000 años bajo la Ley, desde Abraham hasta el Mesías. Y 2.000 años después de Mesías.

Habiendo coincido el advenimiento de N.S. Jesucristo con el final de los segundos 2.000 años, es natural que los judíos, que no creyeron que fuese el Mesías, olvidaran esos cálculos; y que fueran en cambio los cristianos quienes los recogieran y mantuvieran.

Padres de la Iglesia, griegos y latinos, han adoptado esta tradición.

San Irineo dice: “El mundo se consumirá en tantos miles de años, cuantos días han sido empleados en hacerlo… La relación de lo que ha sido hecho es una profecía de lo se que hará. Porque un día del Señor es como mil años”. (S. Irineo, Lib. Adv. Haeres, c. 25).

San Jerónimo, al explicar el Ps. 89, en que está lo arriba citado, “mi años ante tus ojos...” etc. dice: “Yo creo que mil años son explicados como un día, a fin de que como el mundo ha sido hecho en seis días, se considere que no durará más que seis mil años”. (S. Hieron,. Ep. 139 ad Cyprian in Psal., 89).

No sólo en los tiempo antiguos, sino en tiempos más próximos s eha defendido esta idea, por grades teologos.

San Belarmino dice: “De aquí no se deduzca que sepamos el tiempo del último día; pero decimos que es probable, mas no que sea absolutamente cierto, que el mundo no dure más allá de seis mil años (Bellarm., lib. 3 de Rom. Pont., c. 3).

Conforme a los cálculos cronológicos que siga cada intérprete, el término de los sesenta siglos puede estar más o menos alejado de nosotros. La diferencia es considerable. Orígenes contaba desde la creación del mundo hasta Jesucristo 4.830 años, y según eso, el fin del mundo caería el año 1.170, lo que no ocurrió. En cambio Mercator contaba 3.928 años; y San Belarmino 3.984, de donde se llegaría, siguiendo el cálculo de los 6.000 años, a fijar el final en el 2.072 v en el 2.016.

No hay precisión ninguna y no puede haberla, porque el Señor ha dicho, respondiendo a los judíos que le preguntaban cuándo sería el fin del mundo: «Ni los ángeles del cielo lo saben». Con mayor razón lo ignorarán siernpre los hombres.

León X en el 5° Concilio de Letrán (Sesión XI, Const. de. Modo praedicandi) ha prohibido bajo pena de excomunión reservada al Papa, enseñar en cátedra la época fija de la llegada del Anticristo y la del Juicio Final[1].

Tal prohibición no nos veda ciertamente el conjeturar, si se advierten señales de su aproximación.

Cuestión de ciencia y de prudencia es, sin embargo, el mantenerse en lo posible dentro de la tradición de los Padres y. de los exégetas de reconocida autoridad, cuyas opiniones aunque no sean artículo de fe, tienen mucho peso y sería temerario desechar. Pero son tan numerosas y tan variadas las interpretaciones hechas. de las profecías escatológicas de las Sagradas Escrituras en 19 siglos, que la piedad aun la curiosidad de los investigadores encuentran en ellas una latitud asombrosa.

Sin embargo, no nos parece que haya entre nosotros muchos interesado en estas cuestiones, que los hombres se, rudos desdeñan como si fuesen temas de pura curiosidad, sin utilidad para las almas.

Grave y funesto error.

Una de las causas del desgano del pueblo por los asuntos religiosos, es lo poco que se divulgan en forma clara y viva las cuestiones puramente teológicas.

Los propagandistas católicos han dado exclusiva importancia a los problemas sociológicos, especialmente a los económicos y políticos.

No se nos diga, corno disculpa, que el pueblo no se interesa sino por las cuestiones que se refieren a su salario, a su alojamiento, a su educación, a su alirnentación.

1 VIGOUROUX Dictionnaire de la Bible, tomo II, página. 2278.

Si fuera verdad, sería muy lamentable, porque no sólo de pan Vive el hombre; y porque si los católicos no se interesan por los infinitos aspectos de la teología, ¿quiénes se van a interesar? Empero no es verdad.

La historia está llena de ejemplos que nos demuestran en qué forma y con qué pasión el pueblo, no solamente en los primeros tiempos, cuando la fe era en extremo ardiente, quiso saber lo que había de creer, y lo estudió a la par de los teólogos, y hasta en siglos de gran frivolidad, las gentes se apasionaron por la interpretación de cosas muy altas y muy sutiles, tales corno las plantea-das por Pascal en sus Cartas a un provincial: la gracia eficaz y la gracia suficiente; la predestinación, el libre albedrío, el pecado filosófico, etc.
¿Acaso el fondo lejano de toda cuestión política no es una cuestión religiosa, según lo expresa el ateo revolucionario Proudhon? Citemos sus palabras, para que se advierta cómo tan calificado enemigo del catolicismo, se quitaba el sombrero delante de la teología: « Es cosa que admira — dice en sus Confesiones —, el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones Políticas tropezarnos siempre con la teología».

Donoso Cortés, comentando esta confesión del virulento y elocuente escritor, dice:

«Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de M. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas...

« Allí están las leyes inviolables altísimas de todos los seres y cada cual está bajo el imperio de la suya...

Esto sirve para explicar por qué causa, al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el 'mundo»[2].

Y esto explica, de igual modo, por qué en otros siglos de mayor fe, la teología tenía tanto arraigo en la masa misma de los pueblos.

¿Que a causa de la divulgación de las cuestiones teológicas y de la pasión con que los pueblos intervinieron en ellas se produjeron herejías, y que al no aventarlas hemos ganado que no se produzcan ahora?

Evidentemente. Bajo ese punto dé que vista, vivimos en calma, pero es la calma del Mar Muerto, cuyas pútridas aguas. son pesadas como el plomo e infecundas como la ceniza. No hay herejías, porque no hay fe.

Cuando la indiferencia religiosa haya caído como una mortaja sobre los pueblos; cuando el ateísmo práctico y teórico, haya secado en las almas la raíz de las

2 DONOSO CORTÉS, Ensayo sobre el catolicismo, Madrid, 1851, página 3.

preocupaciones supremas, es seguro que se habrán aplacado todas las controversias teológicas.

En un club de sibaritas, que sólo se preocupan por la edad de un vino o la marca de un caviar, es poco probable que se susciten cuestiones, y por ende herejías con motivo de un texto de San Pablo.

¿Pero esta paz aparente, no es infinitamente deplorable?

Es corno la salud que reina en un cementerio, donde se han concluido las enfermedades, porque los muertos no se enferman.

Anhelamos de todo corazón que los que son llamados por sus estudios y su autoridad, a vivificar en el pueblo los conocimientos teológicos, intensifiquen sus esfuerzos en esa dirección.

La defensa de un dogma, o la interpretación de un texto, cuando se hace en estilo sencillo y viviente, no es cosa desabrida ni inactual; y menos aún inútil para las almas.

Cierto que es vano y peligroso el andar huroneando las Sagradas Escrituras con la pretensión de encontrar en ellas la confirmación de nuestras preocupaciones políticas, y de acertar con un versículo de Isaías o del Apocalipsis, en que se vea patente la derrota de Alemania o de Inglaterra, o se descubra una alusión a la blitzkrieg por aviones...

Menos peligroso, aunque más vano aún, es el estudio de las profecías privadas (no canónicas) con Idéntico afán de hallar glosa para los telegramas europeos.

Hemos visto amigos nuestros devorar, ávidamente Nostradarnus, y Santa Odilia y las predicciones de la Madre Rafols, y entusiasmarse al vislumbrar en algunos pasajes anuncio de la muerte de tal caudillo, el exterminio de tal nación, o la reconstrucción de tal monarquía.

Pero cualquiera que sea el propósito de estos estudios, aún hechos por vis de distracción, no hay duda que son mucho más laudables y simpáticos que tantos otros minúsculos pasatiempos, indignos, por su futilidad, de una época en que parece estamos tocando los umbrales del *Apocalipsis*.

Aunque sus resultados sean hipotéticos o imaginarios, tendrán para nos-otros la utilidad de acostumbrarnos a considerar las cosas del mundo como figuras que pasan, *sub specie aeternitatis*, de tal modo que aún las más intrascendentes sean motivo de reflexiones saludables.

Muy frecuentemente la continua lectura de las Sagradas Escrituras infunde en el lector lo que llamaríamos la preocupación escatológica, o sea el vivo y ansioso

interés por el remoto futuro de la humanidad, tan penetrados están los libros de ese espíritu del porvenir, tan reiteradas las visiones de la eternidad, ya en forma de promesas, ya de castigos.

Todo lo que sucederá en el porvenir está allí, según las palabras de Amos «Porque el Señor no hace nada cuyo secreto no haya revelado a sus siervos los profetas». (Amos, 3.7).

El que las generaciones que pasaron o nosotros mismos no poseamos la clave de esas revelaciones, es otro negocio; pero la verdad es que todo se halla pronosticado, reiteradas veces, y que sucesivamente ira siendo comprendido por aquellos hombres a quienes corresponda entenderlo, porque habrán alcanzado lo que se llama en bellísima imagen: «la plenitud de los tiempos mas y si se niegan a entenderlo, su terquedad les será reprochada.

¿Cómo podernos tranquilamente desinteresarnos de la lectura y de la explicación constante de las Escrituras? ¿y cómo puede haberse llegado a pensar, que no sea lícito el inquirir el sentido de las profecías, sobre los siglos futuros?

No pocas personas hay que desdeñan estos estudios, corno inútiles, o los esquivan como peligrosos y los desaconsejan.

Si esas personas han leído las Sagradas Escrituras, lo que no podemos dudar, tratándose de católicos ilustrados, su prevención sólo se explica porque olvidaron los innumerables pasajes que nos mandan pensar en las postrimerías, y las terminantes y múltiples expresiones de N. S. Jesucristo en los Evangelios, ordenándonos fijarnos en las señales de los tiempos actuales, como nos fijarnos en los brotes de la higuera o en el color del cielo para descubrir la proximidad del verano o el día que hará mañana.

II

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Cuando aquellos irremediables leguleyos, chicaneros y sofistas, los fariseos y. los saduceos, le piden a Jesús señales para creer, Él les contesta severamente:

«Hipócritas sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra: ¿pues cómo no sabéis reconocer el tiempo presente?» (Luc., 12. 56).

Así como la clave de todas las profecías del Antiguo Testamento, durante miles de años fué la esperanza del Mesías, es decir el anuncio de la primera venida del Señor al mundo; así la piedra angular de las del Nuevo Testamento, es la segunda venida del Señor.

¡Inexplicable distracción la nuestra!

El pueblo judío vivió cuarenta siglo en la ansiedad jubilosa de la primera venida.

En cambio nosotros, los pueblos cristianos, que hemos visto realizarse el primer advenimiento y recibido la promesa del segundo, ya no como Redentor, sino como Rey, en gloria y majestad, apenas nos acordamos de ello.

Y sin embargo, diariamente, millones de fieles afirman en su credo este dogma: «Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos»; y cantas en su misa: «*Et iterum est cum gloria judicare vivos et mortuos*»; y en su padrenuestro ruegan por el pronto advenimiento de su Rey: «Adveniat regnum tuum!»

Pero ¿cuantos so los católicos que, al rezar esas oraciones, piensan que están anunciando el fin del mundo y rogando porque sea pronto? Porque el segundo advenimiento de Cristo «venga a nos el tu reino» significa el fin de la humanidad tal como nosotros la conocernos y la transformación del mundo actual.

Las gentes huyen de estos problemas, y no solamente los astrónomos y físicos intentan demostrarnos (lo que no está en cuestión) que el mundo tiene cuerda todavía, es decir, calor, energía, vitalidad, para muchos millones de años. Son también algunos teólogos que hallan argumentos muy pomposos para justificar las esperanzas en una ilimitada longevidad del mundo, esperanzas que en la antigua ley habrían constituido una blasfemia. Si algún judío hubiera hecho

cálculos alegres sobre los millones de años que faltaban para la venida del Mesías, es seguro que todo el pueblo lo hubiera considerado impío o insensato.
En cambio a muchos de aquéllos para quienes es dogma de fe la segunda venida de Cristo, no les parece nada el discurrir argumentos para anunciarnos como buena nueva que el Señor todavía tardará millones de años en venir, y aún llegan a escandalizarse si alguien sostiene que tal vez sean menos.

¿Tanto les conduele el fin de la humanidad, que a trueque de que ella pueda seguir viviendo, como ahora vive, renuncian o aplazan por millones de años la segunda venida de Cristo?

¿El fin del mundo es, acaso, una desgracia? ¿No han pensado que él coincidirá con el triunfo definitivo de la Iglesia de Cristo, y que su segunda venida será el comienzo de su reino sin fin? Por su parte los ángeles y los santos no parecen tan deseosos de prolongar la existencia de un mundo que, tal como marcha, cada día se aparta más de los senderos de Dios.

Por el contrario, ruegan a Dios que vendimie de una vez la viña de la tierra, y por boca de un ángel le claman en el Apocalipsis que meta su hoz aguda y vendimie los racimos de iniquidad que ya no pueden estar más maduros. (Apoc., 14. 18).

Esto hace decir al erudito traductor de la Biblia Scio de San Miguel, comentando este pasaje «Los santos ángeles y los bienaventurados desean que se acelere el día del juicio, para la consumación absoluta de su bienaventuranza»[3].

Hace 2.500 años ya el Señor se mostraba irritado contra la complaciente costumbre de los profetas de Israel que, para tranquilizar al pueblo, habían dado en la flor de decir que las amenazas de las Escrituras no se realizarían en su tiempo, y procuraban alargar los plazos.

Las visiones son, efectivamente, para los tiempos futuros, y se entenderán clarísimamente cuando llegue la hora de entenderlas. « En lo postrero de los días lo entenderéis cumplidamente.» (Jerem., 23. 20)

Pero ¿esa hora .está, de veras, tan distante de nosotros? ¿Quién puede afirmarlo?

¿Y si nadie puede afirmar lo que en todo caso no es más que una conjetura o un deseo de guardar el sueño de las gentes, por qué se deja correr la conjetura como si fuera una entera verdad?

Mucho nos tememos que haya aquí, aunque sea de buena fe, una funesta equivocación.

---

3 F. SCIO DE SAN MIGUEL, Vulgata latina traducida al español. (Notas al Cap. 14, v 15 del Apocalipsis .)

La política de apaciguamiento era tan viva entre los falsos profetas de Israel en tiempos de Isaías y Ezequiel, que el enojo de Dios se expresó en terribles oráculos:
«¿Qué refrán es ése que tenéis vosotros en la tierra de Israel, de los que dicen: Alargando se irán los días y perecerá toda visión?

«Por tanto diles: Esto dice el Señor Dios: Haré que cese ese refrán; y no se dirá más adelante por el vulgo en Israel: y diles que se han acercado los días y la palabra de toda visión.» (Ezeq., 12. 22, 23). o en otros términos:

Yo haré mentir esos proverbios en que fundáis vuestra paz.

Asegúrales que los días se acercan y con ellos el cumplimiento de las profecías.

Un poco más adelante, en el mismo capítulo, el Señor repite su enseñanza para que no quepa duda de que se equivocan los que fundan su tranquilidad en la persuación de que las profecías no son para ellos.

«Hijo dé hombre, he aquí los de la casa de Israel, que dicen: La visión que éste ve, es para muchos días; y para tiempos largos éste profetiza.

«Por tanto díles a ellos: Esto dice el Señor Dios: no se alargará en adelante palabra alguna mía: la palabra que hablare será cumplida (Ezeq.; 12. 28).

Aquel pueblo, de dura cerviz, que quiere estar tranquilo, se encarga de señalar a sus profetas lo que han de profetizarle.

«Ellos dicen a los que ven: no veáis; y a los profetas, no nos profeticéis la verdad; decidnos cosas agradables; profetizad ilusiones.» (Is., 30. 10)

Tal era el corazón de Acab, rey de Israel, quien deseando emprender la guerra contra Siria, después de consultar a sus falsos profetas que le decían lo que era de su gusto, consultó de mala gana al profeta Miqueas, sólo por complacer a su aliado Josafat rey .de Judá.

Y corno el profeta del Señor le contestara que no emprendiese aquella guerra, pues seria su ruina, Acab replica sarcásticamente, dirigiéndose a su amigo Josafat : «¿Por ventura no te lo dije, que éste jamás me profetiza cosa buena, si no siempre mala?» (III Rey., 22. 18.) Desechó la palabra de Miqueas, creyó a los que le profetizaban a su paladar, partió en guerra contra Siria y a la primera batalla los perros larnieron la sangre del rey en el fondo de su carroza

¡Ay, de los profetas que fomentan esta calculada seguridad en los Pueblos y en los príncipes!

He aquí las duras advertencias que el Señor hace a Ezequiel, para que se les grite a ellos:

«Profetiza contra los profetas de Israel» (Ezeq., 13. 2).

«Si el centinela viere venir la espada y no sonare la bocina y el pueblo no se guardare y viniere la espada y quitare la vida a alguno de ellos.., yo demandaré su sangre de mano del centinela.» (Ezeq., 33. 6).

La argumentación de los que se empeñan en probarnos que la humanidad durará todavía millones de siglos, es más o menos así:

Tres etapas ha habido en la creación: evolución inorgánica (formación del universo y de la tierra); evolución orgánica (desarrollo de todas las formas de la vida vegetal y animal); evolución racional (desarrollo y cultura de la humanidad).

La evolución inorgánica, desde la nebulosa hasta el estado actual del universo, ha insumido millones de siglos.

La evolución orgánica, desde la aparición de la vida, aunque más acelerada, ha durado también muchísimo tiempo, tal vez miles de siglos.

La evolución superorgánica o racional, desde el hombre de las cavernas hasta el hombre de los rascacielos, ha durado menos todavía. La mayoría de los expositores católicos piensan que desde Adán hasta Cristo, corrieron 4.000 años, es decir, cuarenta siglos antes de la redenci6n. Y sobre esto algunos hacen el siguiente argumento: si el hombre irredento vivió 40 siglo, ¿el hombre redimido no vivirá más de 20, con los cuales se cumplirían los 6.000 años en que llegará el fin?.

Dios, que se mueve en la eternidad y que ha concedido millones de años a la evolución de las otras formas de la energía o de la vida, ¡sólo seria mezquino para los hombres redimidos con la sangre de su Hijo?

¿Quién puede creer, ni desear, que el mundo concluya antes de que Cristo haya puesto a toda la humanidad a los pies de su Padre, conforme lo anuncia San Pablo? Una de las seriales del fin será según N. S. Jesucristo, la predicación del Evangelio en todo el mundo (Matth., 24. 14), de manera que mientras eso no ocurra, aquel acontecimiento distará mucho. Esta argumentación es más aparatosa que firme.

Por de pronto, con los actuales medios de comunicación no se necesitan millones de años para que el Evangelio sea «predicado» en todas las regiones.

El Señor no ha dicho «aceptado» o «creído», sino «predicado». Unos lo acatarán, otros lo rechazarán; pero todos habrán oído la buena palabra, y solamente a su terquedad, no a su ignorancia, podrá imputarse su incredulidad.

No olvidemos, sin embargo, que el deseo de que el Señor en su segunda venida encuentre convertida a toda la humanidad, no es probable que se cumpla, aún descontando la conversión de los judíos, que forman sólo una pequeña fracción de los habitantes de la tierra.

Por más que su Evangelio haya sido predicado en todo el mundo, Cristo encontrará todavía innumerables incrédulos, infinitos adoradores del Demonio en sus diversos cultos y legiones de apóstatas.

Tal sería la inteligencia de la melancólica pregunta de Jesús a sus discípulos: «Cuando viñiere el Hijo del Hornbre pensáis que hallará fe en la tierra?» (Luc., 18. 8).

La situación religiosa del mundo en los últimos tiempos, está pintada con una sola palabra por San Pablo, discessio (2 Thess., 2. 3) Esto es: la gran apostasía.

El otro aspecto de la argumentación, la mezquindad que supone en Dios el que habiendo. concedido millones de años a la evolución inorgánica y orgánica, conceda tan poco tiempo a la evolución racional, no tiene fuerza mayor. Nada prueba que la humanidad progresará en el sentido de la piedad, y que dentro de un millón de años habrá en el mundo más religión que ahora: la experiencia parece demostrarnos lo contrario: y los textos evangélicos lo confirman.

No sería, pues, mezquindad sino providencia el que Dios acortara los plazos; y así lo dice el Evangelio refiriéndose a la impiedad general de las últimas épocas: «Si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne seria salva, mas por los escogidos aquellos dias serán abreviados.» (Matth., 24. 22).

Si el universo inorgánico necesitó para su evolución millones de años; y el orgánico largo tiempo también, no es mezquindad sino bondad el que Dios haya concedido tal vigor al hombre, que la evolución superorgánica o racional pueda alcanzar su perfección en cortísimo tiempo.

La misericordia consiste en apresurar los tiempos para entregarle su herencia divina, la paz que Cristo traerá en su segunda venida a este mundo envejecido, según lo llama San Gregorio Magno[4].

El fin del mundo marcará el comienzo de su renovación. .«He aquí que, renovaré todas las cosas.» (Apoc., 21. 5).

---

4 Homilía I de San Gregorio Papa sobre Evangelios (Breviario Romano, Lect, VII, Domingo I de Adviento, Maitines).

No será, pues, un fin sino un renacimiento. Los 4.000 años antes de Cristo fueron la preparación de su primer advenimiento. Los 2.000 déspués de Cristo no pueden ser sino el preámbulo del Milenio, o sea el reinado espiritual de Cristo, después de su venida segunda, en gloria y majestad sobre la tierra.

«En seguida será el fin: cuando hubiere entregado su reino a su Dios y Padre y destruido todo imperio y toda potencia y toda dominaci6n. Entretanto debe reinar hasta poner todos los enemigos debajo de sus pies. y la muerte será el último enemigo destruido» (I Cor., 15. 24-26).

Sólo después de la Parusía o segunda venida, comenzará la humanidad su historia perfecta. Lo que ahora vemos, es la última época de las cosas imperfectas, que son figuras de las que han de venir, sobre esta misma tierra renovada, y con la plenitud de los justos.

Hablando de los judíos de la antigua ley, dice San Pablo:

«Todas estas cosas les han sucedido a ellos en figura, mas fueron escritas para escarmiento de nosotros, los que hemos llegado al fin de los siglos.» (I Cor., 10. 11).

Aunque se tome con la amplitud que se quiera, y no se le dé a esta afirmación de San Pablo «hemos llegado al fin de los siglos», el sentido de un suceso inminente, «pues mil años a los ojos de Dios son como el día de ayer», (Ps., 89. 4), lo cierto es que ella desautoriza a los que pretenden que todavía la humanidad, tal corno la conocemos, tiene muchísimo tiempo por delante.

En los espíritus piadosos ha estado siempre, expresa o latente, desde los primeros siglos, la idea Contraria.

El año litúrgico, propio del tiempo, se abre con la misa de Adviento y se cierra con la del XXIV domingo después de Pentecostés.

No hemos de creer que sea casualidad, sino prudente propósito de adoctrinamos, el que tanto el Evangelio de la una corno el de la otra misa, que juntas encierran el año eclesiástico, nos describan las señales del fin del mundo, "no cómo un acontecimiento ajeno a nosotros, por distar millones de años, sino como un suceso que puede muy bien ocurrir en nuestros días.

Carecerían de sentido las expresiones reiteradas y conminatorias del Señor ordenándonos espiar esas señales, si fuera inconveniente o inoportuno el tratar de estos temas.

Abramos nuestro libro de oraciones y leamos con atención el principio y el fin del año litúrgico.

El evangelio de la misa del primer Domingo de Adviento, tomado de San Lucas (capítulo 21) dice así:

«En aquel tiempo Jesús dijo a sus discípulos: Y habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas; y en la tierra consternación de las gentes, por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas.

«Quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas, que sobrevendrán a todo el universo; porque las virtudes de los cielos serán conmovidas;

«Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad.

«Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas mirad y levantad vuestras cabezas porque cerca está vuestra redención.

«Y les dijo una semejanza: «Mirad la higuera y todos los árboles:

«Cuando empieza a brotar el fruto entendéis que está cerca el verano.

« Así también vosotros cuando vierais hacerse estas cosas, sabed que está Cerca el reino de Dios».

Y en el evangelio de la misa del último Domingo después de Pentecostés, capítulo 24 de San Mateo, se nos ponen también delante de los ojos las mencionadas señales ordenándonos que nos fijemos en ellas, para que no nos engañen los falsos Cristos que se levantarán en esos días.

«Los discípulos, rodeando a Jesús en el monte del Olivar, le habían preguntado:

«Dinos: ¿cuándo serán estas cosas? ¿y qué señal habrá de tu venida y de la consumación del siglo?

« Y respondiendo Jesús les dijo: «Guardaos que no os engañe alguno.

«Porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Cristo y a muchos engañarán.

«Y también oiréis guerras y rumores de guerras. Mirad que no os turbéis; porque conviene que esto suceda mas aun no es el fin...».

Continúa dando las señales que no serán del fin, y luego entra en las que sí lo serán, y éstos son los pasajes que se han insertado como evangelio del último Domingo litúrgico.

La principal de las seriales es el reinado del Anticristo que se hará adorar como Dios en los templos católicos:
«Cuando viereis que la abominación de la desolación que fué predicha por el profeta Daniel está en el lugar santo el que lea entienda.

«Habrá entonces una tribulación tan grande cual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será.

«Y si no fuesen abreviados aquellos días, ninguna carne sería salva; mas por los escogidos aquellos días serán abreviados.

«Entonces si alguno os dijera: Mirad, el Cristo está aquí o allí, no le creáis.

«Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios; de modo que (si puede ser) caigan en error aun los escogidos.

«Ved que os lo he dicho de antemano....

«Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas.

«Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo; y entonces plañirán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad».

También en este evangelio encontramos la hermosa imagen de los brotes de la higuera, que nos anuncian el verano ; y con ello se nos advierte que debemos vivir avisorando las señales del fin del mundo:

«Pues del mismo modo, cuando Vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca a las puertas (el Hijo del hombre)».

Pero ¿cómo vamos a ver lo que sucede, si no nos fijamos, si no elevarnos la cabeza para mirar, y como vamos a fijarnos, si nos dicen que estos problemas son inoportunos y nos ridiculizan cuando queremos atisbar algún indicio, y nos afirman, que el mundo todavía tiene cuerda para millones de años?

Que esto lo digan los astrónomos o los astrólogas, que lo digan aquellos de quienes decía. Horacio: «*Epicuri sei grege porcus*», puede pasar; pero no que lo digan los teólogos, en cuyo breviario claman las homilías y las lecciones de los Santos Padres, con la inspiración de la santidad y de la ciencia sagrada, que el mundo está envejecido, y que el fin de los tiempos se halla próximo[5].

5 Sermón VIII de San León Papa, sobre el ayu-no. Maitines del primer Domingo de Adviento.

Es del lodo contrario al espíritu de piedad el sostener que esto no debe preocuparnos, porque aún faltan muchísimos siglos.
Cuántos faltan nadie puede calcularlo; pero que no son muchísimos podernos estar ciertos, si no hemos de des-echar como inútiles las lecciones de los más sabios y santos expositores de las Escrituras.

Por tremendas que hayan de ser las señales del fin, no nos hagamos ilusiones de que las ádvertiremos, si vivimos voluntariamente distraídos, en la calculada despreocupación de ellas.

Si el Señor nos invita a levantar la cabeza y nos dice repetidas veces: «Ved que os lo he advertido», es porque conviene prestemos atención, pues de otra manera nos ocurrirá como a los contemporáneos del diluvio.

«Lo que acaeció en tiempo de Noé dice Jesús con amargura mente acaecerá en el día del Hijo del hombre.

«Comían y bebían, casábanse celebraban bodas, hasta el día en Noé, entró en el arca y sobrevino entonces el diluvio que acabó con todos. Como también lo que sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban, vendían, hacían plantíos y edificaban casas;

«Mas el día que salió Lot de Sodoma llovió del cielo fuego y azufre que los abrasó a todos.

«De esta manera será el día en que se manifestará el Hijo del hombre», (Luc., 17. 26 y sigs.).

Si el Señor ha hablado en las Escrituras unas veces directamente por boca de Jesús y otras por intermedio de sus profetas y evangelistas, es para nuestra enseñanza, y se nos tomará cuenta de haber desechado sus palabras y sus profecías, y se nos dirá como a Jerusalem, cuya ruina se anunciaba:

«Porque no Conociste el tiempo en que fuiste visitada ». (Luc., 19. 44).

Es decir: no atendiste a las señales que se te dieron. Dios nos ha advertido en parábolas y en profecías, cuyo sentido comprenden los humildes y es letra sellada para los sabios orgullosos.

¡Inexcrutable misterio de la Providencia y de las vías de Dios!

¿Por ventura no nos hemos detenido nunca a considerar el motivo de aquella enseñanza hecha en términos tan singulares?

¿No nos ha sorprendido hallar tantas veces en los libros santos la extraña advertencia: «que el que tenga oídos oiga...» «...el que tenga inteligencia comprenda...»?

«Jesús dijo estas Cosas al pueblo en parábolas y no les hablaba sino en parábolas, por lo cual un día sus discípulos le interrogan por qué lo hace así, y Él les responde:

«Por eso les hablo con parábolas, porque ellos viendo no miran; y oyéndo no escuchan ni entienden. Con lo qué viene a cumplirse la profecía Isaías que dice:

«Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis y por más que miréis con vuestros ojos no veréis.

«Porque ha endurecido este pueblo su corazón y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos: a fin de no ver con ellos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón, por miedo de que convirtiéndose yo le dé la salud.» (Matth., 13).

Antes ha dicho una palabra misteriosa, pero alentadora:

«Porque a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no se les ha dado» (Matth., 13. 11).

Con e] pronombre «vosotros» indica a los espíritus simples, que se acercan a Él, buscando de buena fe la verdad, no para inflarse de saber, sino para hacerla una regla de vida.

Y «ellos » son los irremediables sofistas, farisaicos e insinceros, que interrogan a Jesús capciosamente, intentando enredarle, unas veces con cuestiones dogmáticas, otras con problemas morales y algunas con triquiñuelas políticas. Las respuestas de Jesús los sumen en mayores confusiones y disgustos. Porque viendo, no quieren ver; oyendo no quieren oír, pues tienen miedo de convertirse y de curarse.

«¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti Betsaida, que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotros, tiempo habrían hecho penitencia» (Matt., 11. 21).

Esta impermeabilidad de los obstinados es uno de los mas pavorosos misterios de la gracia.

La elección de los ignorantes humildes, para depositarios de la verdad los soberbios eruditos rechazan, arranca a Jesús una oración exquisita, en la cual asocia a aquellos a quienes el mundo desdeña por iletrados o por ingenuos:

«Por aquel tiempo exclamó Jesús diciendo Yo te glorifico, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos (Matth., 25).

Hay, en verdad, profecías Oscuras y para nosotros inintelegibles, que a su tiempo se aclararán.

Otras no han podido entenderse sino cuando sucedieron las cosas, porque no fueron dichas para anunciarlas sino para probarlas.

«Os lo he dicho antes que sea — dice Jesús en su discurso de la última cena —, para que lo creáis cuando fuere hecho». (Joan., 14. 29).

Nadie puede suponer sin ofender la seriedad de los libros santos, que Dios, los haya llenado de profecías que ni deben interpretarse, ni pueden ser comprendidas; y que a pesar de ello, un día se reprochará a los hombres por no haberlas creído.

Las profecías las entenderán aquellos para quienes Dios las ha destinado y en el tiempo fijado para ello.

Los judíos anteriores a Cristo no podían comprender profecías que después han resultado clarísimas para sus discípulos. Por ejemplo la de Isaías «Una virgen concebirá y dará a luz un hijo.», O la de Zacarías: «Tu rey viene montado en un asno.» O la del salmo 21: «Han taladrado mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos.»

El profeta Daniel, previene de antemano la objeción de que los vaticinios son oscuros, y cuenta cómo estuvo enfermo días, días y días, acosado por la visión que había tenido.

«Y acaeció que estando yo, Daniel, viendo la visión, y buscando sin inteligencia: he aquí que se presentó delante de mí como una figura de hombre.

«Y oí la voz de un hombre dentro de Ulai y clamó y dijo: Hijo de hombre, entiende cómo esta visión se cumplirá al fin a su tiempo.

«Y como hablase conmigo, caí de rostro a la tierra y me tocó y me tornó en mi estado.

«Y me dijo : Yo te mostraré las cosas que han de acontecer en lo último de la maldición, porque este tiempo tiene su fin...

«Yo Daniel. perdí las fuerzas y estuve enfermo por algunos días...» (Dan., 8. 15 y sigs.).

III

RESTAURACIÓN DE JERUSALÉN RUINA DE ROMA

Uno de los sucesos, anunciados con más claridad, para los tiempos futuros, es la restauración del reino de Israel, bajo un rey de la sangre de David.

Mientras eso no ocurra, no habremos entrado en el Milenio, pues será la etapa de la conversión del mundo.

Si se retarda el cumplimiento de la promesa, es porque aún subsiste la rebeldía de Israel. Isaías lo expresa, diciendo que la mano del Señor no se ha encogido para enriquecer a su pueblo, ni sus oídos se han cerrado para escuchar sus gritos.

«Sino que vuestras iniquidades han puesto separación entre vosotros y vuestro Dios; y vuestros pecados le han hecho volver su rostro de vosotros para no escucharos». (Is., 59. 2).

Habíaseles prometido una alianza eterna; y que su posteridad seria tan copiosa como la arena del mar; y que su pueblo dominaría sobre todas las naciones; y que desde Jerusalén, la ciudad santa, Dios hablaría al mundo; y que el monte Sión, estaría por arriba de todos los montes, y su fe, apoyado en un pueblo pacífico y laborioso, que había trocado sus espadas en rejas de arado, dictaría la ley a todos confines de la tierra.

¿Acaso esta promesa fué cancelada y no ha de cumplirse más?

No, por cierto, y San Pablo firma categóricamente que se cumplirá en los días en que Israel se convierta a Cristo, después de todas las naciones.

Fué el primero en llegar a la ley de Dios, por elección; y será el último en volver, por contrición, cuando la plenitud de los pueblos haya entrado en la Iglesia. (Rorn., II. 25).

«Y entonces tendrá efecto la alianza que ha hecho con ellos, en habiendo yo borrado sus pecados». (Rorn., I I. 27).

Este testo de San Pablo nos da la fecha más grandiosa de la historia del mundo, después de la Redención, pues en ese momento empezará el Milenio, con la segunda venida del Señor.

Un notable escritor español contemporáneo trata de ello con palabras que es oportuno reproducir. Dice así:

«Cierto que esta profecía de la con-versión de Israel parece, al pronto, cosa distante de nuestro tiempo, y que Conviene con los sucesos actuales, que en este mismo libro hemos expuesto, y con la actitud que hoy observa el judaísmo, corno aliado de la masonería en la guerra que ésta ha declarado a la Iglesia de Cristo.

«Pero no hay que olvidar que este hecho portentoso de su conversión será debido exclusivamente a la misericordia de Dios y al cumplimiento de las promesas hechas a sus padres»[6].

Pues como lo expresa San Pablo, a pesar de que los judíos son enemigos, según el Evangelio, siguen siendo muy amados de Dios por causa de sus padres.

Y esta insondable misericordia, en la que la mente humana se confunde, hace exclamar al Ap6stol de los Gentiles, judío de la tribu de Benjamín:

«¡ Cuán incomprensibles son sus juicios e impenetrables seis caminos! » (Rom., II. 33).

Setecientos arios antes de San Pablo, el Señor, tras de enumerar los beneficios que sembrará a manos llenas sobre el pueblo, de Israel, cuya gloria será restaurada, dice por boca de Ezequiel, su profeta :

«Mas esto no lo haré yo por amor de vosotros... tenedlo así entendido; confundíos y avergonzaos de vuestros procederes, oh, vosotros los de .La casa de Israel». (Ez., 36. 32).

Que era como decirles: Tengo hecha una promesa a vuestros padres, Abraham, Isaac y Jacob, y me olvidaré de vuestra apostasía y de aquel horrendo plebiscito en que puestos a elegir entre Barrabás y Jesús, elegisteis al ladrón, y pedisteis que el Justo fuese crucificado, y lanzasteis aquel grito que ha perforado los siglos: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos » (Matth., 27. 25).

Cayó en efecto la sangre de Cristo sobre la cabeza de Israel, mas no para perderlo, corno el insensato pueblo quería, sino para salvarlo, como una fuente de gracia que permanecerá sellada veinte siglos, y que los lavará de tamaño crimen al final de los tiempos, no por causa de ellos, sino por la incancelable promesa hecha a sus padres.

Así, «ante el abismó en que la humanidad se hunde, ante los resultados de aquella Revolución que ellos mismos tanto contribuyeron a desencadenar y que ya no podrán contener, ante el cumplimiento de las profecías, y más que todo, al

---

6 SANGRÁN Y GONZÁLEZ, J., La Profecía del Voluntad, y los tiempos actuales. (Madrid, Ed. Voluntad, 1929) página 214.

impulso de la gracia que Dios derramará sobre ellos, en aquellos días, los judíos abrirán sus ojos a la luz de la fe verdadera»[7].

Coordinando la visión de Dániel acerca de las cuatro bestias, que eran cuatro inmensas naciones, una de las cuales fué muerta, y tres de ellas dejadas vivas, pero sin poder (Dan., 7. 12) con la visión del Apocalipsis, en que el demonio será desatado por poco tiempo, y engallará a las naciones, a Gog y a Magog, y librará una última batalla a los santos, podemos conjeturar que durante el Milenio no todos los habitantes del mundo serán justos:, y que posiblemente en aquellas tres naciones reclutará el Diablo las nuevas huestes con que volverá a atacar a Cristo.

Porque no hay que pensar que el Diablo reclute sus tropas entre los santos, resucitados y reinantes con Cristo.

Los nuevos satánicos ejércitos, cuyo número es como la arena del mar » (Apoc., 20. 7) procederán no del pueblo donde se realiza el reino de Dios, sino de otros pueblos, seguramente de aquellos simbolizados por las tres bestias a las cuales se les quitó el poder, dejándolas vivas.

Si bien es verdad que en muchos de los diez y nueve siglos pasados los judíos han ejercido gran influencia económica y también política sobre los gobiernos y las naciones, no es menos cierto que fué sólo una influencia individual de sus financistas o de sus magnates; pues ellos, como nación, están dispersos, y en muchas partes perseguidos y odiados. Pero su restauración es una verdad de fe, aunque de ella no hay todavía más que remotas vislumbres, como la orilla nacarada del oriente, hacia el tercer canto del gallo.

Eso que debe ocurrir como premio de su conversión, tendrá lugar después de la muerte del Anticristo.

Veamos de qué manera.

El verdadero fondo de las grandes escenas escenas de la historia de la humanidad, en los últimos dos mil años, no es, como algunos han dicho, la lucha económica. Es la lucha religiosa, batalla de ideas profundas.

Toda la historia del. mundo es un largo combatir entre el bien y el mal: el Infierno contra la Redención. La guerra cornenzó en el paraíso: serpiente contra la mujer, por la envidia, del Diablo, que introdujo la muerte.

De lo que aún falta por realizarse, hay dos sucesos clarísimamente anunciados en las Sagradas Escrituras, y que por lo tanto debemos esperar.

1° *La derrota del bien*. En el capítulo 13 del Apocalípsis está pronosticada, cuando se describe la aparición de la Bestia del Mar (el Anticristo) de quien se dice:

---

7 SANGWIN Y GONZUEZ7 op. cit.„ página 217.

«Y le fué, dada boca con que, hablaba altanerías y blasfemias; y le fué dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses...

Y le fue dado que hiciese guerra a los santos y los venciese; y le fué dado poder sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación (Apoc., 13. 5, 7)

Se halla anunciada también por Daniel, quién al describirnos al Anticristo, bajo la figura del undécimo cuerno de la cuarta Bestia, dice que: «aquella asta hacía la guerra contra los santos y prevalecía sobre ellos». (Dan., 7. 21).

2° *La conversión, de toda la humanidad*. Esto se afirma categóricamente en rnúltiples pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

San Pablo dice: «Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio… y es que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado.

«Entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito: Saldrá de Sión el libertador, que desterrará de Jacob la impiedad». (Rom., II. 25, 26).

Este texto, con la cita de Isaías que encierra, significa, según la mayor parte de los intérpretes, que Israel será el último en convertirse, cuando ya todas las naciones hayan entrado a lo que Jesús llama el aprisco. (Ioan., lo. 16).

Bossuet dice: «Así los judíos entrarán algún día para no desviarse jamás, pero no entrarán, sino después que el oriente y el occidente, o sea todo el universo, estén llenos del temor y del conocimiento de Dios». El sabio y piadoso jesuíta chileno padre Lacunza no es de tal opinión y la rebate así «Quien leyere esta sentencia de un hombre por tantos títulos ilustre, pensará que Isaías y S. Pablo no quieren decirnos otra cosa, que los judíos estarán ciegos hasta que las naciones lleguen al apogeo de la religión y de la piedad; pero esta inteligencia es enteramente ajena al texto, al contexto y a toda la escritura. Leído con alguna detención el pasaje de Isaías (59. 17-21) se ve que está hablando de la segunda venida del Mesías que ha de temer el oriente y el occidente…

«Este texto dice claramente que temerán los del oriente y los del occidente cuando viniere a Sión el Redentor; no dice que vendrá a Sión el Redentor cuando hayan temido los del oriente y del occidente como pretende Bossuet»[8].

La totalidad de que habla el apóstol — «salvarse ha todo Israel» —, ¿será una totalidad absoluta, sin excepciones, o una totalidad moral dentro de la cual habrá individuos que, en virtud de su libre albedrío, resistirán a la gracia?

8 Urzúa, “Las Doctrinas del Padre Lacunza” (Santiago de Chile, 1917), pág. 264. El presbítero Urzúa ha extractado en un tomo, con mucho acierto, los cuatro de la obra famosísima cuanto original y hoy rara, “La Venida del Mesías en Gloria y Majestad”, del padre Lacunza. Los párrafos que citamos se hallan en el tomo II, página 466, de la obra original, Londres 1816.

Drach asevera que San Juan Crisóstomo y Santo Tomás y otros, opinan que la totalidad debe entenderse a la letra[9].

Hay otros intérpretes que sostienen una totalidad moral todo Israel no significa sino la generalidad de los judíos.

A juicio de algunos exégetas, según ya lo dijimos, la conversión de Israel. no se realizará antes, sino después de la venida del Anticristo. Pero hay que advertir que esta opinión tiene muy pocos partidarios.

¿ Nos será permitido agregar que por nuestra parte, nosotros la seguirnos?

Una de las razones que nos atizan en esta interpretación es el ver cómo ella encuadra admirablemente con un pasaje de Daniel y otro del Apocalipsis ambos referentes al arcángel San Miguel y relativos a sucesos que acaecerán en los tiempos del Anticristo.

Y en aquel, tiempo se levantará Miguel; príncipe grande, defensor de los hijos de tu pueblo (los judíos) porque vendrá un tiempo tal, cual nunca se ha visto desde que comenzaron a existir las naciones hasta aquel día. Y en aquel tiempo tu pueblo será salvado», (Dan., 12. 1)

De los tiempos del Anticristo, con sus infinitas calamidades, se sabe muy bien que serán, tales como no se han visto, ni se verán. De donde se deduce que la conversión de los judíos ocurrirá en esa época.

Daniel quiere saber más y pregunta:

«¿Cuándo se cumplirán estos portentos?» Y obtiene una respuesta que vamos a reproducir de la acreditada versión del abate Crampon:

«Juró por el que vive eternamente que eso ocurriría en un tiempo, tiempos, y la mitad de tiempo, y que cuando se hubiese acabado de quebrar la fuerza del pueblo santo, entonces se cumplirían estas cosas». (Dan., I2. 7).

Como esa expresión «un tiempo, tiempos y la mitad de tiempo » la emplea Daniel en otro lugar (7. 25) para significar el periodo de tres años y medio en que reinará el Anticristo, se colije que la Conversión de los judíos ocurrirá en tal época.

Lo mismo se desprende de un pasaje del *Apocalipsis*, donde se describe una gran batalla, librada por «Miguel y sus ángeles contra el Dragón y sus ángeles», que son derrotados. (Apoc., 12. 7).

9 DRACH, Epitres de Saint Paul (Lethielleux, París, 1901) página 93, nota.

Por la sazón — los últimos días del Anticristo —, y por haberla ganado San Miguel , defensor de los judíos, parécenos que se trata de la conversión de ellos. Lo que se concadena con la profecía de Daniel, que acabamos de citar.

La idea de que inmediatamente de la muerte del Anticristo y de la llegada del Señor haya de tener lugar el juicio final y la destrucción del mundo, parécenos equivocada.

El fin del mundo de que hablan las homilías en el Breviario romano, no es el fin de la tierra, ni siquiera el fin de la humanidad, sino de la actual situación de las cosas políticas, económicas, sociales y también religiosas.

Es indudable que los santos Padres esperaban que el segundo advenimiento de Cristo se realizaría en una época muy próxima a ellos. En el sermón del Papa San León, sobre el ayuno, que se lee en el oficio del primer domingo de Adviento, del breviario, hallamos: «El día anunciado, aunque está oculto, no cabe duda que se avecina».

Tal aserto no era una definici6n de fe, no era un dogma, era una opinión particular, muy generalizada en los primeros siglos de la Iglesia, una creencia casi universal, que ni siquiera podemos argüir de errónea, porque mil años a los ojos de Dios, son corno el día de ayer; y siempre diremos, con absoluta verdad, que el día anunciado se avecina, aún cuando nos separen de él pocos o muchos milenios.

Los libros santos contienen impresionantes descripciones del fin del mundo, que no significan la inmediata destrucción de la tierra.

Se requiere un plazo indeterminado, tal vez muchos siglos, para el cumplimiento de las promesas sembradas como diamantes en las escrituras.

A algunos intérpretes les cuesta creer en una restauración tan completa del reino de Israel, que lo constituya en señor de todas las naciones; y prefieren interpretar las profecías de otro modo, sosteniendo que esas promesas se cumplieron, cuando concluyó la cautividad de Babilonia y que por lo tanto Dios y no está en deuda con ellos.

Tal explicación no satisface.

Son tantas y tan grandes las promesas del Deuteronornio, de Isaías, de Ezequiel, de Jeremías, de Daniel, de Miqueas, de Amos, etc., que su magnificencia desborda la efímera gloria de la restauración de los 50.000 judíos de las tribus de Judá y Benjamín y unos pocos de Leví, cautivos en Siria, a quienes Ciro permitió volver a su patria, reteniendo a las nueve tribus restantes.

«Romperé sus ataduras y no te dominarán más los extranjeros… Te sacaré de *ese* país remoto y a tus descendientes de la región en que se hayan cautivos...» (Jerem., 30, 8-10).

El padre Lacunza, con todo juicio, observa esto al respecto:

«O todas estas cosas, aplicadas a la vuelta de Babilonia como quieren los doctores, son exageraciones y mentiras, que la misma Escritura se encarga de contradecir, o el Espíritu Santo habla aquí no de la Babilonia de los Caldeos, sino de otra grande Babilonia de que nos hablan San Pedro y San Juan para los últimos tiempos»[10].

Estupendo destino el del pueblo de Israel, cuya supervivencia entre los pueblos modernos, es uno de los más resplandecientes milagros de la Providencia.

«El judaísmo ha triunfado contra la antigua y poderosa nación asiria. Ha sobrevivido 70 años a la disolución de su pueblo. Ha soportado los esfuerzos de Antíoco Epifanio y de sus sucesores. Ha sido el obstáculo contra el cual se ha estrellado el vasto y poderoso imperio de los seléucidas. Ha sobrevivido al imperio romano. Afronta impasible desde hace diez y ocho siglos el odio de todas das naciones.

«En contacto con todos los dogmas y todas las prácticas religiosas de todos los pueblos del universo, el elemento judaico permanece el mismo, sin alteración y sin mezcla. En medio de los católicos, de los protestantes, de los mahometanos, de los idólatras, el judío permanece siempre el mismo, tan alejado de los unos como de los otros.

«Las persecuciones por el hierro y el fuego y el desprecio no lo han cambiado. Desde lace uno o dos siglos, algunas naciones entre las cuales acampa, ya que no tiene patria en ninguna parte, lo han atraído, le han dado la libertad y los derechos cívicos, lo han admitido cerrando los ojos en el hogar doméstico. El ha aceptado todo y ha permanecido siendo el mismo, y cuando Lodo cambia para él, él no cambia.

«Esta indestructibilidad no está en la naturaleza de las cosas, puesto que la historia no ofrece otro ejemplo. Si ella no es milagro permanente, es el resultado de la continuación de los milagros que refiere la historia de este pueblo[11].

Los casos, que se observan, de algunos judíos que modifican sus costumbres y cambian su religión y hasta sus ideas y se asimilan a otros pueblos, no desvirtúan esta afirmación. Son fenómenos absolutamente individuales y más raros de lo que se piensa. La nación judía permanece indestructible e inasimilable.

---

10 Urzúa, R., "Las Doctrinas del Padre Lacunza" (Santiago de Chile, 1917), pág. 205.
11 Lecanu, Dicionnaire des Prophéties et des Miracles, tomo I página 22 (París, Migne, 1852).

Pero el impulso que agita sus elementos, dispersos en todos los climas, y de tiempo en tiempo los polariza y los concentra, cual si fuesen limaduras de hierro sobro un papel, debajo del cual se moviera un invisible imán, es la mano misma de la Providencia que lo rige aún contra su voluntad.

Aunque hostil el uno al otro, las dos impulsiones de que el pueblo judío es objeto o víctima, el sionismo, la fuerza interior que lo galvaniza, y el antisemitismo, la tendencia universal a perseguirlo, trabajan en un mismo sentido, que es la restauración del reino de Israel, conforme a las profecías.

El interés de la humanidad es que la vuelta de Israel a su patria, el fin de la «diáspora», se realice cuanto antes, porque será el comienzo del reinado sin fin de Cristo.

Los antisemitas, que violentamente hacen la vida imposible a los judíos en sus países; al igual que los sionistas que propugnan el retorno de Israel a la Palestina, colaboran sin saberlo, corno Nabucodonosor, como Giro, corno Trajano, en los ignorados planes de la Providencia.

«Cuando Inglaterra comience a sacudirse — decía proféticamente el padre Nectou, S.J., en el siglo pasado — el mundo estará en vísperas de grandes acontecimientos».

Esta cooperación involuntaria de los adversarios en los planes divinos, ha de enriquecerse con el esfuerzo de los católicos.

Porque conforme a la segunda epístola de San Pedro, 3. 12, la humanidad puede muy bien, por el trabajo y a oración, apresurar el gran día del Señor, que debe restablecer sobre la tierra la perfección primera, y acelerar el momento en que la justicia reine de nuevo aquí abajo. Dios exige para ese fin la cooperación de la humanidad. De la misma manera que del mundo anterior a la venida de Cristo exigió una suma determinada de acciones meritorias, para que el Señor viniera por la primera vez, exige también de la humanidad actual, después que el Señor se inmoló en la cruz, una suma igualmente determinada para apresurar su segunda venida, a fin de hacernos participar de los frutos completos de su Redención, por el restablecimiento del estado primitivo»[12].

Releamos algunas de esas profecías, que encierran oscuramente el porvenir. El día 24 del undécimo mes, en el segundo año del rey Darío, el Señor habló al profeta Zacarías con «palabras buenas, palabras de consuelo».

«Mis ciudades aun han de rebosar en bienes, y aun consolará el Señor a Sión, y de nuevo escogerá a Jerusalén.» (Zach., 1. 17).

12 Rohling, En route pour Sion, (Lethielleux, Paris, 1902), página xv.

«Esto dice el Señor de los ejércitos: Yo he. tenido grandes celos de Sión y mis celos por causa de ella,, me irritaron sobremanera.

«Esto dice el Señor de los ejércitos: Yo he vuelto a Sión y moraré en medio de Jerusalén; y Jerusalén será llamada ciudad de la verdad…

«Aún se verán ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén... y llenas estarán las calles de la ciudad de niños y niñas, que irán a jugar a sus plazas.

«Si lo que anuncio para aquel tiernpo parece difícil a los que han quedado de este pueblo ¿acaso será difícil para mí, dice el Señor de los ejércitos?

«Y sucederá que así corno vosotros los de la casa de Judá y los de la casa de Israel erais execración entre las naciones así yo os salvaré y seréis objeto de bendición no temáis, cobrad aliento…

«Y vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones poderosas a buscar al Señor de lo ejércitos y a orar en su presencia». (Ezech., 48. 35).

Esta restauración espiritual irá acompañada de extraordinaria influencia sobre el mundo.

Oigamos a Miqueas:

«En los últimos días el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán a él.

«Y vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob y él nos mostrará sus caminos y por sus sendas andaremos; porque de Sión Saldrá la ley de Jerusalén la palabra del Señor».

«Y él será juez supremo de gentes, y convencerá de error a muchos pueblos; los cuales de sus espadas forjarán rejas de arados y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán más en el arte de la guerra». (Mich., 4. 1, 3).

En otro profeta complétase el. cuadro de la prosperidad y de la paz laboriosa, con una imagen de radiante poesía:

«Yo haré brotar ríos en los más altos cerros y fuentes en medio de los campos». (Is., 41. 18).

«La región desierta e intransitables se alegrará y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio» (Is., 35, 1).

Pero no será una paz de ocio, ni de sola contemplación, sino de fecundos.

«Y de nuevo serán poseídos los campos de la tierra, de la cual decís vosotros que está desierta, por no haber quedado en ella no hombres, ni bestias.

«Compráranse por dinero los campos, formaránse escrituras de contrata, se imprimirá en ellas el sello, y asistirán los testigos, en la tierra de Benjamín, y en el territorio de Jerusalén, y en las ciudades de las montañas, y en las ciudades de las llanuras, y en las ciudades que están al Mediodía...»(Jerem., 32. 43-44).

«En aquel tiempo restauraré el tabernáculo de David, que está por tierra, y repararé los portillos de sus muros y reedificaré lo destruido.

«He aquí que vienen los tiempos, dice el Señor, en los cuales el que está aún arando verá ya detrás de si al cine siega; y aquel que pisa las uvas, verá detrás de sí al que siembra. Los montes destilarán delicias y serán cultivados todos los collados.

«Y sacaré de las esclavitud al pueblo mío de Israel y edificarán las ciudades abandonadas y las habitarán y plantarán viñas y beberán el vino de ellas y formarán huertas y comerán su fruto»(Amos., 9. 11-15).

El dominio que sobre muchos gobiernos ejercen hoy los financistas judíos, trata de disimularse; pero en aquella época, la influencia de Israel será pública.

Entonces Israel la ley del mundo y todos los pueblos del mundo acudirán a pedirle su inspiración.

«A tu luz caminarán las gentes», profetiza Isaías (60. 3) y «la nación y el reino que a ti no se sujetara perecerá»(60. 12).

«Yo el Señor haré súbitamente esto cuando llegare su tiempo» (Is., 60. 22).

Otra vez preguntamos: ¿cuándo será esto? ¿cuándo serán los tiempos de Cristo y de su reino?

Precisamente las palabras con que Jesús respondió a los judíos, que le preguntaban cuándo restauraría su reino, son la más categórica afirmación de esa restauración y de ése reino. Les dijo así:

«No toca a vosotros saber los tiempos o los momentos que puso el Padre en su propio poder» (Act., 1. 7).

En vez de negar que eso ocurrirá algún día, se limita a expresarles que a ellos no les puede interesar la fecha en que sucederá, y era así, realmente, pues faltaban muchísimos años; y no lo verían.

Pero, como arguye muy bien el padre Licunza Si la restitución del reino de Israel por el Mesías es una fábula y un error, como se asegura, luego no puede haber para ella tiempos, ni momentos... ¿Qué tiempos y momentos ha de haber en la mente de Dios para una cosa que no ha de existir?»[13].

Muchos intérpretes intentan desvanecer estas esperanzas, explicando espiritualmente las promesas, y para ello se fundan en las palabras de Jesús, cuando llevado ante Pilatos bajo la acusación de conspirador, y habiéndosele interrogado: «Eres tú el rey de los julios», Contestó: «Mi reino no es de este mundo» (Joan., 18. 36).

De donde infieren que no debemos esperar un mino real de Jesucristo sobre los hombres, en su segunda venida, Pues sólo reinará en forma espiritual.

Sin embargo, otros intérpretes, fundándose en el mismo pasaje del evangelio de San Juan, sostienen que su respuesta no significa sino que en aquel, de su primera venida, el reino de Cristo no era de este mundo; pero que un día llegaría, en que la humanidad estaría a sus pies, y lo reconocería como su Señor y su Dios Cristo-Rey.

Y nos invitan a leer el versículo entero para comprobar esta verdad.

«Respondió Jesús Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los Judíos; mas ahora mi reino no es de aquí» (Joan., 18. 36).

Seguimos la traducción de Scio San Miguel, hecha sobre la Vulgata, Porque conserva una palabra esencial, que otras versiones castellanas han omitido, y que está no sólo en la Vulgata, sino también en el original griego.

Esta palabra es «ahora»: «Mas *ahora* mi reino no es de aquí».

El abate Crampon, que ha hecho una traducción francesa célebre y acreditadísima directamente del original, traduce así: «*mais maintenant mon royaume n'est point d'ici bas*».

Cipriano de Valera traduce: «ahora pues, mi reino no es de aquí».

Versiones todas que coinciden con el tecto de nuestra Vulgata:

«Nunc autem regnun meum nos est hinc».

13 Urzúa, R., "Las Doctrinas del Padre Lacunza" (Santiago de Chile, 1917), pág. 356.

Sentimos la necesidad de esta nimia comparación de textos, para establecer que el adverbio *ahora* no debe ser suprimido.

La respuesta de Jesús, al negar que su reino fuera de este mundo, se refería al momento del interrogatorio, es decir, a su primera venida como Víctima y Redentor, no al por venir remoto, ni a su segunda venida.

Por consiguiente, la expresió: mi reino no es de este mundo, que suelen aducir para negar el futuro reino personal de Cristo, no es valedera, porque el dio: «Ahora mi reino no es de este mundo».

Muchos y autorizados teólogos católicos niega el reinado personal de Cristo, pero hay otros que, usando la libertad que les da el hecho de no existir definición de la Iglesia, lo afianzan y creen que el aceptar ese hecho, aclara muchos enigmas de la Biblia.

Un sabio y virtuoso sacerdote alemán, el canónigo Rohling, profesor de la Universidad de Praga, resume en las siguiente líneas su notable libro:

«Israel será el centro de la nueva tierra y Jerusalén su metrópoli, donde Jesucristo, sobre el trono de David, pero resplandeciente como antes en el Tabor, gobernará personal y visiblemente a la humanidad entera»[14].

Como la restauración de Israel será contemporánea de su conversión, interesa conjeturar la época del suceso.

La conversión de Jerusalén está profetizada para después de un gran terremoto que destruirá gran parte de la ciudad.

Ocurrirá cuando tenga lugar la predicación de 1260 días delos profetas Henoch y Elías, que serán martirizados por el Anticristo y cuyos cuerpos quedarán abandonados en las calles de la ciudad «donde el Señor de ellos fué crucificado» (Apoc., 11. 8).

«Y en aquella hora se sintió un gran terremoto con que se arruinó la décima parte de la cuidad y perecieron en el terremoto siete mil personas; y las demás entraron en miedo, y dieron gloria a Dios del cielo» (Apoc., 11. 13).

En este pasaje parece indicarse el momento de la conversión de los judíos, que es el martirio y asunción a los cielos de Enoch y Elías, osea en los últimos días del Anticristo, que no habrá reinado más que tres años y medio.

Pero la restauración de Jerusalén es la contrapartida de la ruina de Roma.

---

14 Rohling, En route pour Sion, (Lethielleux, Paris, 1902), página XVII,

Roma o Babilonia, como la llama San Pedro al final de su primera epístola, Babilonia la grande, según la designa el Apocalipsis en el capítulo 17, madre de las abominaciones de la tierra, habrá llegado a ser la capital del Anticristo.

En la visión de San Juan aparece como una mujer vestida de púrpura y cubierta de piedras preciosas.

Llega sentada en la Bestia color escarlata, que es el Anticristo, y tiene en la frente la palabra: Misterio, y viene ebria de sangre de los mártires de Cristo.

Cuando San Juan se asombra ante aquella aparición, el ángel le explica:

«¿De qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer y de la Bestia de siete cabezas y diez cuernos en que va montada.

«La Bestia que has visto fué y no es, perecerá pronto, ella ha de subir del abismo y vendrá a perecer…

«Aquí hay un sentido que está lleno de sabiduría. Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales la mujer tiene su asiento, y también son siete reyes...

«Dijome más: las aguas que viste donde está sentada la ramera, son pueblos y naciones y lenguas...» (Apoc., 17, 7-15).

Se trata, pues, de una ciudad fundada sobre siete montes capital de un dilatado imperio, donde se hablan multitud de idiomas.

De pronto el profeta escucha una voz del cielo, invitando a los buenos a huir de aquella ciudad perversa.

«Pueblo mío, escapad de ella, para no ser participantes de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas».

«Cayó, cayó Babilonia la grande, y está hecha morada de demonios y guarida de todo espíritu inmundo y albergue de todas las aves asquerosas y abominables…

«Aquí un ángel robusto alzó una piera como una gran rueda de molino, y arrojóla en el mar, diciendo: Con tal impetu será precipitada la ciudad grande, y ya no parecerá más. *Ultra iam non invenietur*» (Apoc., 18,21).

Pero antes de esta ruina la Iglesia ha escuchado la voz que la prevenía y ha abandonado la funesta Babilonia; fuga que se realiza en condiciones trágicas.

Así interpretan algunos aquel pasaje del capítulo 12 del Apocalipsis, en que se describe a una mujer, vestida de sol, (la Iglesia) que da luz a un hijo varón, «el

cual había de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y este hijo fué arrebatado para Dios y para su solio» (Apoc., 12. 5).

Puesto que en un salmo se aplica la misma imagen a N. S. Jesucristo, que regirá las naciones con cetro de hierro (Ps., 2. 9) y aquí el pasaje no puede referirse a Él, se debe entender de su Vicario en la tierra (el Papa), que apenas dado a la luz por la Iglesia (elegido) es arrebatado para el trono de Dios.

Un mártir más en la larga serie de los Papas no ha de asombrarnos, ni pondrá en peligro la perennidad del Pontificado. Los católicos, huyen de Roma, y el colegio cardenalicio se refugia en uno de los pocos lugares que en el mundo, dominado por el Anticristo, quedan todavía fieles al Señor, para elegir a un sucesor.

El Apocalipsis describe así esta fuga:

«Y la mujer huyó al desierto donde tenía un lugar preparado Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos sesenta días» (Apoc., 12. 6).

«La Iglesia se refugia en el desierto, dice el. padre Gallois, donde, donde no teniendo jefe visible, deberá ser guardada por Dios mismo durante mil doscientos sesenta días, es decir, los tres años y medio de la gran persecución. La soledad significa el abandono y la obligaci6n para la Iglesia de esconderse. Significa también él refugio de la Iglesia en las almas de los fieles, y creernos en las órdenes religiosas (vers. 14). La profecía alude así mismo a un lugar privilegiado, una nación que habrá permanecido fiel (vers. 16) donde la Iglesia encontrará un asilo» (Matth., 10. 23)[15].

Empero, en esos momentos angustiosos, la Iglesia casi extinguida, estará en vísperas de una de sus mejorar victorias: la conversión en masa del pueblo judío, victoria debida a la mediación del arcángel San Miguel.

Una visión profética que tuvo el Papa Pío X, durante una audiencia, en 1909, se coordina con esta interpretación, en lo que se refiere al abandono de Roma por la Santa Sede.

Mientras hablaba con los circunstantes, cayó en éxtasis, y al recobrarse exclamó lleno de ansiedad: «Lo que veo es aterrador. ¿Seré yo? ¿Será mi sucesor? Lo que es seguro es que el Papa abandonará Roma, y para salir del Vaticano tendrá que pasar sobre el cadáver de sus sacerdotes».

15 Gallois, L’Apocalypse de s. Jean ((Lethielleux, Paris, 1895), página 51,

IV

EL REINO DE MIL AÑOS

Es cosa que debe causarnos asombro el ver cómo ha ido desvaneciéndose entre los cristianos la noción del dogma principal, que contiene nuestro credo: la segunda venida del Señor, en sus dos aspectos: primeramente como Rey, y después como Juez.

No es que lo ignoran, puesto que al rezar su padrenuestro les es forzoso repetir mil veces la fórmula solemnísima:

«Y de allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos».

Pero la repiten sin prestarle mayor atención, y en muchísimos casos sin saber exactamente lo que significa, pues aún entre los que tienen noticias de la venida de Cristo, como Juez, para presidir, el tremendo Dies Irae, son muy pocos los que saben algo de que antes de ello habrá sido Rey de la tierra, y seguirá siéndolo por los siglos de los siglos, y hablando humanamente, ésa es la función que más satisface a Jesús. Él mismo lo ha dicho, con estas precisas palabras: «Porque no envió Dios su hijo al mundo, para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Joan., 3, 17). Y en otro pasaje: «Tú lo has dicho, yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo» (Joan., 18, 37).

En las primeras generaciones cristianas, fue general y vivísima la creencia de que el gran día del Señor estaba tan próximo que muchos de ellos alcanzarían vivos a presenciarlo.

Fué un error, que tuvo las más felices consecuencias, pues como ignoraban el día y la hora, si bien sabían que vendría «a la manera de un ladrón nocturno», vivieron una vida que les hacía dignos de recibir y acompañar al Redentor, y su mayor gozo nacía de saber que vendría a juzgar a los hombres, pero antes reinaría sobre ellos.

Es seguro que nosotros estamos diez y ocho o veinte siglos más próximos que ellos a la Parusía.

Y sin embargo la noción de este misterio se ha dio destiñendo en las almas, a tal punto que son poquísimos los que piensan en un acontecimiento que llenó de alegría y perfección los primeros siglos cristianos.

Y todavía peor, es que por una deformación de conceptos, han llegado muchos a considerar que debemos alejar nuestras mentes de estas ideas, cual si en vez de ser, lo que fueron en la primitiva iglesia, estímulos para una vida perfecta, fuesen tentación de desesperación y abatimiento.

¡Curiosísimo fenómeno! No faltan quienes, dentro del campo católico, creen que porque el Señor ha dicho: «en cuanto al día y a la hora en que vendrá el hijo del Hombre, nadie ni los ángeles del cielo lo saben, sino el Padre», ya nosotros no debemos preocuparnos de ello.

Hay en el nuevo Testamento dos respuestas de Jesús que se invocan para explicar esta posición, por no decir, justificar esta indiferencia.

Una es la respuesta que dió a sus discípulos, que le interrogaban cuándo restauraría el reino de Israel: «No os corresponde a vosotros saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su Poder» (Act., 1. 7).

Otra es la que dió a Pilatos: «Mi reino no es de este mundo» (Joan., 18. 36).

En otro lugar de este libro, nos explicamos acerca de estos puntos: sería inútil repetirlo aquí.

Entretanto, quienes saben física y astronomía, se entregan a los más alegres cálculos para demostrar que el mundo todavía está muy lejos de su fin, y sacan la más inesperada conclusión: Puesto que Cristo vendrá hacia el fin del mundo, probado que el mundo durará muchísimo, se deduce que la Parusía está inconmesurablemente lejana.

Como si la venia de Cristo fuese una consecuencia del fin del mundo, y Cristo tuviese obligación de esperar a que se acabasen las energías al universo, y se apagara el sol, y se congelara la tierra, para entonces presentarse a ocupar el trono del su padre David.

Quien intenta llamar la atención acerca del más fundamental de los dogmas católicos, es acogido como un intruso que penetra en un campo vedado; y muchas gentes apenas disimulan su prevención hacia estos temas, que les parecen inoportunos o ilícitos.

¿Por ventura será más conveniente ignorarlos, olvidándonos prácticamente del dogma, que debiera ser la lámpara encendida delante de nuestros pasos?

Acerca de ello, el sabio cardenal Billot, que perteneció a la Compañía de Jesús, dice lo siguiente:

«Basta, en efecto, hojear un poco el Evangelio para en el acto comprender que la Parusía es absolutamente el Alfa y el Omega, el comienzo y el fin, la primera y la

última palabra de la predicación de Jesús; que es la llave, el desenlace, la explicación, la razón de ser, la sanción, en una palabra, el supremo acontecimiento hacia el cual tiendo todo lo demás, y son el cual todo lo demás se desmorona y desaparece»[16].

Cualquiera que sea el número de años o de siglos o de milenios, que aún nos separen de la Parusía, la tradición de los primeros siglos, concordante con las vehementes exhortaciones de Jesús, son no sólo que debemos estar preparados, cual si fuera a ocurrir de un momento a otro, sino que debemos ansiar y rogar porque sea pronto: *adveniat regnum tuum*! Venga a nos el tu reino.

Porque la Parusía significará eso: el reinado de Cristo en la tierra, y el definitivo triunfo de la Iglesia: un solo rebaño y un solo pastor.

Y puesto que el segundo advenimiento de Cristo implica el fin del mundo,

Tal como ahora lo conocemos, el mandato de rogar por que sea pronto, está demostrado cuán poco cristiano es pensar que sea deseable que este mundo dure miríadas del siglos aún, y que no urgente el preocuparnos de estos problemas.

El *Catecismo Romano del Santo Concilio de Trento*, compuesto por orden del Papa San Pío V, contiene la más pura doctrina de la Iglesia.

En su capítulo VIII, al hablar del artículo 7° del credo: «de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, enseña lo siguiente:

«Por tanto, nuestro Señor y Salvador hablando del último día, declaró que habrá e algún tiempo juicio universal, y describió las señales de ir llegando ese tiempo, para que entendamos al verlas, que se acerca el fin del mundo. Y a más de esto, subiendo al Cielo, envió sus Ángeles a los Apóstoles que quedaban tristes por su ausencia, para consolarlos con estas palabras: «Este Señor que veis subir de vosotros al Cielo, vendrá del modo que lo visteis subir» (Act., 1. 11).

Con lo cual se prueba que el fijarnos en las enseñales del fin es preocupación perfectamente ortodoxa y no debe causarnos terror, ni inquietud, sino esperanza y alegría, porque se aproxima el Señor.

Recordemos, no más, aquel pasaje de la segunda epístola de San Pedro:

«¿Cuál no debe ser la santidad de vuestra conducta y vuestra piedad, esperando y apresurando el advenimiento del día del Dios, en el cual los cielos ardiendo se disolverán y los elementos inflamados se fundirán?» (II Petr., 3. 11,12).

La expresión «día del Señor», involucra todo: el reino de Cristo, el juicio universal y el fin del mundo.

16 Billot Louis, La Paroussie, en la revista Études, 5 de junio de 1917, tomo 151, página 545.

Igualmente San Pablo nos incita a apresurar con nuestros ruegos ese día, con estás palabras, que son un adiós:

Nada me resta sino aguardar la corono de justicia que mes está reservada y que me dará el Señor en aquel día como justo juez, y no sólo a mí, sino a los que ansían su venida» (*qui diligunt adventum ejus*) (II Tim., 4. 8).

En consecuencia según el Apóstol, el ansioso deseo del advenimiento, es una señal de elección. Tengámoslo presente.

¿Como, pues, explicar la extraña posición de la gran mayoría que ni piensa, ni desea acordarse de este asunto?

Vamos a apuntar un posible explicación: el dogma del reino de Dios está íntimamente relacionado con la doctrina del milenarismo.

Es notoria la aversión que tuvieron durante siglos casi todos los teólogos y exégetas, a esta doctrina, en tal forma que parecían temer, si tocaban el punto, despertar del secular olvido lo que para muchos fué una repugnante herejía.

La doctrina milenaria, explicada por el más genial de sus modernos propugnadores, el jesuíta Lacunza, consiste en lo siguiente:

Se da el nombre de Milenarismo o sistema milenario, a la opinión de que N. S. Jesucristo en su segunda venida, y antes de juicio universal, reinará aquí en la tierra con sus escogidos, ya resucitados, durante mil años de un modo real y efectivo.

«Esta opinión que los intérpretes llaman error, sueño, delirio, fábula, fué para mí nube tan pavorosa,que me hizo tomar muchas veces la resolución de abandonar el estudio de las Sagradas Escrituras. A cada paso encontraba en los comentadores palabras tan terminantes y decisivas como éstas:

este lugar no se pueden entender según la letra, porque fué el error de los Milenarios; ésta fué la herejía de Cerinto; ésta la fábula de los rabinos, etc., que me hacían comprender que cuanto se relaciona con los Milenarios debía mirarse como herejía o error evidente.

«Pero como este sistema o reino milenario con tanta claridad se lee expreso en la Sagrada Escritura, comencé a sospechar que en esa enorme montaña, compuesta de materiales tan diversos, debían encontrarse muchas verdades envueltas y confundidas con muchos errores, me determiné a estudiar todas su partes y componentes, teniendo a la vista la Sagrada Escritura, y concretando mi atención a los puntos siguientes:

Primero: Si la Iglesia ha decidido algo o ha dicho alguna palabra sobre el Milenarismo. Segundo: distinguir exactamente las diversas clases de Milenarios y estudiar lo que sobre ellos nos dicen los doctores. Tercero: examinar las explicaciones que se dan sobre el capítulo XX del Apocalipsis, origen según se dice, del error de los Milenarios»[17].

A fin de que el lector tenga aquí mismo el fundamento de la ruidosa cuestión promovida en los primeros siglos cristianos, vamos a reproducir algunos versículos del famoso capítulo XX del *Apocalipsis*.

«Y ví descender del cuelo un ángel que tenía la llave del abismo, y una grande cadena en su mano.

«Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, y Satanás, y lo ató por mil años;

«Y lo metió en el abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañe más a las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años; y después de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.

«Y vi sillas, y se sentaron sobre ellas, y les fué dado juicio; y las almas de los degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron a la bestia, ni a su imagen, ni recibieron su marca en su frentes, o en sus manos, y vivieron, y reinaron con Cristo mil años.

«Los otros muertos no entraron en vida, hasta que se cumplieron los mil años. Ésta es la primera resurrección.

«Bienaventurado y santo, el que tiene parte en la primera resurrección; en éstos no tiene poder la segunda muerte; antes serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

«Y cuando fueren acabados los mil años, será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel, y engañará las gentes, que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog; y los congregará para batalla, cuyo número es como las arenas del mar».

Para no errar en lo que deben sostener los católicos acerca de esto, hay dos reglas segurísimas: 1° Seguir las definiciones de la Iglesia; 2° No habiendo definición, seguir la tradición de los Padres de la Iglesia, cuando existe uniformidad, sobre un asunto de fe o norma de costumbres.

En lo que respecta al milenarismo la Iglesia no se ha pronunciado, ni ha definido lo que deben creer los católicos, ni en favor ni en contra.

17 Urzúa, R., “Las Doctrinas del Padre Lacunza” (Santiago de Chile, 1917), págs 36-37.

Tampoco existe una tradición unánime, que pueda invocarse, en favor ni en contra.

Hasta fines del siglo IV, fué creencia común universal de los cristianos que N. S. Jesucristo volvería a la tierra para reinar personalmente con sus escogidos, durante un largo e indeterminado período.

Después del siglo IV, a causa de los abusos que cometieron algunos teóricos de esta doctrina, haciendo consistir el reino de Cristo en una abominable sucesión de baquetes y francachelas, cayó en descrédito y fué ásperamente combatida y despreciada y casi del todo olvidada.

Fueron sus primeros defensores: San Papías, mártir, obispo de Hierápolis en Frigia, discípulo de San Juan Evangelista, de quien directamente recibió la doctrina; y después de él, en aquellos siglos, San Justino, San Irineo, Lactancio, Tertuliano, etc., y tuvo como adversarios a: San Dionisio, San Epifanio, San Basilio, etc.

Suelen citarse como que hubieran impugnado el milenarismo, a San Jerónimo y a San Agustín. Pero ninguno de estos dos grandes apologistas de la fe, ha tratado exprofeso de la materia, sino incidentalmente, ni su breve dictamente significa una categórica repulsa.

Veamos a San Jerónimo. Tomamos la cita de la muy interesante obra del presbítero Urzúa, *Las Doctrinas del P. Lacunza*, a quién extracta fielmente.

«Este santo doctor jamás trató de propósito la cuestión, sino de paso... Recuérdense sus palabras: «las cuales cosas, aunque no las sigamos, con todo no podemos reprobar, porque muchos varones eclesiásticos y mártires las siguen...»[18].

En cuanto a san Agustín, dice lo siguiente:

La cual opinión sería de algún modo tolerable, si se creyera que en aquel reinado gozarán los santos delicias espirituales por la presencia del Señor, pues yo también pensé en otro tiempo lo mismo...»[19].

Es decir, la opinión de los milenaristas herejes y carnales, como fueron Cerinto o Nepos, es reprobable. La otra la de los que piensan que el reino de Dios no consistirá en banquetes, ni placeres materiales, ésa no lo es.

Y bien, ésa es la de San Papías, San Justino y especialmente San Irineo, y en nuestros tiempos la de muchísimos teólogos y exégetas eminentes y ortodoxos.

---

18 Urzúa, R., "Las Doctrinas del Padre Lacunza" (Santiago de Chile, 1917), pág. 44.
19 Urzúa, R., "Las Doctrinas del Padre Lacunza" (Santiago de Chile, 1917), pág. 44.

Esa es también la opinión de una congregación de piadosas mujeres, las Vírgenes de la Expectación, que se fundó en Sicilia para rogar por el pronto advenimiento de Cristo[20].

Aunque ningún documento de la Iglesia haya condenado el milenarismo, no pocos teólogos habían llegado a tenerla, si acaso no por formal herejía, a lo menos por doctrina vitanda.

La situación en los últimos años ha variado, especialmente desde que Benedicto XV, dió carácter universal a la fiesta de San Irineo, que desde muy antiguo celebraban en Lyon.

San Irineo, obispo y mártir, y gran apologista del sigo II, fué uno de los Padres de la Iglesia que sostuvieron con mayor ciencia y piedad el milenarismo.

El Papa, al renovar su memoria entre los fieles, disponiendo que todos los sacerdotes celebren sus virtudes una vez al año, ha rendido un testimonio que implica una desaprobación a los que pretendieran tacharlo de hereje.

Esta categórica actitud de la Iglesia, llenó de alborozo y — ¿por qué no decirlo? — tranquilizó a conciencia de los muy raleados partidarios de sus sistema.

Son dignos de toda atención los textos elegidos para la misa de San Irineo. La liturgia no pretende fijar un interpretación de los textos al emplearlos en sus ceremonias, y a menudo los aplica con sentido acomodaticio; pero es indudable que la Iglesia no haría tan claro elogio de las doctrinas del santo, si en parte mínima siquiera fuesen sospechosas.

En el *Introito* de la misa leemos un versículo del profeta Malaquías:

«No se ha hallado rastro de iniquidad sobre sus labios»; y otro el salmo 77: «Pueblo mío… inclina vuestro oído a las palabras de mi boca».

En la *Epístola*, un trozo de la primera de San Pablo a Timoteo, que dice: «Amado mío, persiste en lo que has aprendido y de lo cual tienes la certeza… Te conjuro delante de Dios y delante de Cristo Jesús, que debe juzgar a los vivos y a los muertos, y en nombre de su advenimiento y de su reino, que prediques la palabra, e insistas en tiempo y fuera de tiempo, reprendas, censures, exhortes, con una paciencia inalterable y doctrina».

¿Cual fué la mas característica de las doctrinas de este gran apologista de la fe? Precisamente la del reino temporal de Cristo, que es lo que llaman el milenio.

---

20 Una breve noticia sobre las reglas de esta congregación, fundada en Mazara (Sicilia) en 1897, por el canónigo Antonio Castiglione y aprobada por el obispo de Mazara monseñor Qualtrochi y recomendada por el cardenal Celesia, se halla en el apéndice de la obra de Röhling, *En route pour Sion*, Lethielleux, París, 1902.

«El gran obispo de Lyon — dice M. Ermoni, resuelto adversario del milenarismo —, cree qque cuando el imperio romano haya sido destruído y reinado el Anticristo durante tres años y medio, el Señor inaugurará, con todos los mártires y los confesores que le hayan permanecido fieles, un reino de felicidad terrestre y hará reconstruir Jerusalén para reinar desde allí sobre todos los pueblos de la tierra.

«Habrá abundancia en todas partes: los frutos prosperarán a maravilla, y las bestias salvajes domesticadas obedecerán dócilmente al hombre.

«Al fin de este reinado, Satanás intentará de nuevo sublevar los pueblos conquistados por Jesucristo y por los justos; guerreará contra Jerusalén, pero será derrotado y reducido a la impotencia. Sólo entonces vendrá el fin del mundo, la segunda resurrección y el juicio universal…

«Pero es necesario hacer notar que el Milenarismo del obispo de Lyon presenta dos caracteres distintivos: 1° se aleja del de Cerinto en el sentido de que no admite placeres y voluptuosidades carnales; 2°no determina nada en cuanto se refiere a la duración del reinado»[21].

Otro Padre de la Iglesia, San Justino, afirmó enérgicamente la misma doctrina.

«Si encontráis personas — dice — que llamándose cristianos, no creen en esto, pero blasfeman del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, sosteniendo que no hay resurrección y que las almas van al cielo en seguida después de la muerte, no los tengáis por verdaderos cristianos… En cuanto a mí y las cristianos enteramente ortodoxos, nosotros sabemos que habrá una resurrección de la carne y un reino de mil años en una Jerusalén reconstruída, embellecida y agrandad, tal como anuncian el profeta Exequiel, Isaías y otros»[22].

Los adversarios de la interpretación milenarista del *Apocalipsis*, sostienen que el reino de Cristo debe entenderse de modo alegórico, y que ya se está realizando en la tierra, por medio de la Iglesia militante, y en el cielo por la Iglesia triunfante.

El Demonio, según esa opinión, está encadenado en el abismo, desde la venida de Cristo, o a más tardar desde la conversión del emperador Constantino, que inició el reinado de la Iglesia. Ese reinado espiritual durará todavía una larga serie de siglos, que son los que el Apocalipsis llama mil años. Al final por poco tiempo tres años y tres meses, y el Anticristo dominará el mundo.

Pero la Iglesia triunfará en seguida y para siempre.

---

21 V. Ermoni, Les Phases successives de l'erreour millenariste, en Revue des Questions Historiques (1901), tomo 70, página 367.

22 Dial. cum Tryph. 80 P. G., t. VI, col. 664-668, cf. Ermont, op. cit,. página 366.

El Apocalipsis, en el capítulo 20, habla de una primera resurrección, que es la de los justos; y luego implícitamente de otra resurrección, que es la de los réprobos, que «no entraron en ida hasta que se cumplieron mil años» (Apoc., 20. 5).
Estos pasajes, que los milenaristas entienden como si trataran de dos resurrecciones, una para los justos, antes del reino de Cristo, otra para los réprobos, después del reino, en el momento del juicio final, son interpretados de distinta manera por sus adversarios.

La primera resurrección — dicen — no es una resurrección de los cuerpos, sino de las almas de los justos, y consiste en que después de su muerte fueron ya recibidos en el cielo, desde donde ejercen su juicio sobre los hombres.

La segunda resurrección es la delos cuerpos de todos — justos y réprobos —, y tendrá lugar en el día del juicio universal.

Por su parte los milenaristas se niegan a aceptar estas explicaciones alegóricas. No comprenden que pueda ser considerado reino de Cristo en la tierra, el período que se inicia en el Calvario.

Sostienen que los veinte siglos de crímenes guerras, pecados, herejías y persecuciones que sufren la humanidad y la Iglesia, desde entonces, no se parecen en nada a la edad de fe, de paz y de prosperidad prometida en los libros santos, ni hay en ellos vislumbre de la restauración del reino de Israel, con un rey de la casa de David. Más que reino de Cristo en la tierra, estos veinte siglos parecen el desesperado esfuerzo de Satanás por arrebatarle el imperio del mundo, y la mejor preparación para allanar las vías del Anticristo.

¿Hay, acaso, indicios de que el demonio esté encadenado?

Recordemos el texto sagrado:

«Y agarró al Dragón, a aquella serpiente antigua que es el Diablo y Satanás y la encadenó mil años.

«Y metiólo en el abismo, y lo encerró y puso sello sobre él, para que no ande más engañando a las gentes, hasta que se cumplan los mil años, después de los cuales ha de ser soltado por un poco de tiempo» (Apoc., 20. 2, 3).

Si en alguna época de los tiempos antiguos, hubo tanta fe y piedad en lso pueblos, y tanta concordia entre los príncipes, que pudieron creerse en el Milenio, tal felicidad no fué duradera y se redujo a ciertas regiones de Europa.

El resto del mundo, Asia, África, la virgen e ignorada América, continuaban sumergidas en el paganismo y la idolatría y sus habitantes eran fácil presa del Demonio, que los engañaba por boca de sus fetiches y de sus hechiceros.

¿Y qué diremos de la época actual?

Por más que nos halague el número creciente de conversiones en los pueblos civilizados y en las naciones paganas, nadie, sin excesiva ingenuidad, puede afirmar que Satanás se halla encadenado e impotente para engañar a los hombres.

Que no es así lo demuestran los siguientes indicios:

Primeramente, el conocido pasaje de la primera epístola de San Pedro, en que se nos exhorta a ser sobrios y a velar porque: «el Diablo, vuestro adversario, anda como león rugiente alrededor de vosotros buscando a quien devorar» (I Petr., 5, 8).

Aquí San Pedro, que escribió después de la muerte de N. S. n dice que el Diablo *andaba*, antes de este pretendido milenio, ni que *andará*, después que se cumplan los mil años, sino que *anda* actualmente, buscando manera de perder a los hombres.

La segunda prueba de que el Diablo anda suelto, y con el todos los demonios y espíritus malignos, nos la ofrecen las oraciones del sacerdote al fin de la misa, oraciones modernas, como que fueron ordenadas por el Papa León XIII.

En la invocación a San Miguel Arcángel, el sacerdote le dice: «Tú, jefe de la milicia celeste, rechaza al infierno, por la virtud divina, a Satanás y a los otros espíritus malignos, que merodean por el mundo, para perder a las almas».

Si la Iglesia creyera que el Diablo está encadenado, no habría dispuesto estas oraciones.

Finalmente ¿cómo se concibe que haya almas prisioneras del Demonio, (lo cual reconoce la Iglesia, puesto que existen rituales de exorcismos) si él mismo está prisionero e imposibilitado de dañarlas?

Por otra parte, algunos santos, como el Cura de Ars, según se lee en sus vidas, fueron perseguidos y atormentados materialmente por el Diablo. Nada de eso podría hacer si estuviera encadenado.

De donde es forzoso deducir que el Diablo está suelto, o lo que es lo mismo, que el mundo no ha entrado en el Milenio.

V

ESTE REINO NO ES UNA ALEGORÍA

Supongamos que el espíritu Santo quisiera comunicar a los hombres lo siguiente:

1° Hacia el fin de los tiempos, los que murieron por Cristo o no adoraron al Diablo, ni a su imagen, reinarán con Cristo mil años.

2° No habrá más guerras, y los hombres transformarán sus armas en azadones y rejas de arados.

3° Con esas herramientas pacíficas cultivarán la tierra hasta los montes, hasta los collados, y aún la aridez de los desiertos florecerá como un lirio; y los valles se llenarán de ganados, como si fuese un redil.

4° Las fieras se amansarán; los leones y los lobos alternarán con los corderos y los bueyes; las mismas víboras, para no hacer daño a los seres vivos se alimentarán de la tierra; y ningún animal matará a otro.

5° Jerusalén será la metrópoli universal; desde allí se dictarán las leyes para el mundo y éste las acatará como si fuesen palabra de Dios.

6° Su rey recibirá el trono de David de manos de Dios mismo y será el Hijo de la Virgen María.

7° Sus habitantes vivirán muchísimos años, Ningún niño morirá.

8° Todos los judíos que ahora están dispersos en el mundo, se reunirán, por fin, viniendo desde el Norte, y hasta de los más remotos confines de la tierra, viejos, mujeres, niños; no quedarán fuera ni los inválidos, ni las mujeres encinta, ni las que acaban de dar a luz.

9° Y durante mil años que esa dicha durará, el Demonio no podrá engañar a los hombres, porque estará encadenado y sellado en el abismo.

Aceptemos, pues, que el Espíritu Santo quisiera comunicar estas cosas a los hombres, ¿como lo haría? ¿de quién se valdría? ¿que palabras emplearía?

Se valdría de los profetas, ya que según el credo católico, el Señor habla a los hombres por boca de ellos: *qui locutus est per Prophetas.* O se valdría de un ángel, como lo ha hecho tantas veces en las Escrituras.

Y sus voceros usarían de palabras claras, que no se prestasen a equívocos. Llamarían pan al pan, y vino al vino.

Pues bien, todas esas promesas se han formulado:

La 1ª se anunció en esta forma: «Y los que no adoraron la Bestia ni su imagen… vivieron y reinaron con Cristo 1000 años» (*Apoc.*, 20. 4).

La 2ª en esta manera: «En los últimos tiempos… naciones poderosas convertirán sus espadas en rejas de arados y sus lanzas en azadones» (*Miqueas*, 4. 3).

La 3ª así: «La región intransitable y desierta se alegrará; y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio» (*Is.*, 35. 1). «… En aquel día sucederá que los montes destilarán miel y manarán leche los collados… Egipto será abandonado a la desolación y al Idumea convertida en un hórrido desierto… Para siempre será poblada Jerusalén» (*Joel.*, 3. 18-20).

La 4ª de este modo: «Habitará el lobo juntamente con el cordero; y el tigre estará echado junto al cabrito; el becerro, el león y la oveja andarán juntos y un niño pequeño será su pastor» (*Is.*, 11. 6). «El alimento de la serpiente será el polvo; no habrá quien haga daño ni cause muerte…» (*Is.*, 65. 25).

La 5ª así: «Y colocaré mis delicias en Jerusalén» (*Is.*, 65. 19). «Y vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor… porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señor» (*Is.*, 2. 3).

La 6ª con el anuncio del ángel Gabriel a la Virgen María: «El Señor Dios le dará un trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente» (*Lucas*, 1. 32).

La 7ª con estas palabras: «No habrá más allí un niño que viva pocos años, ni anciano que no cumpla el tiempo de su vida; pues el que morirá más niño tendrá cien años» (Is., 65. 20). «No se fatigarán en vano, ni tendrán hijos que mueran súbitamente, porque serán una raza de benditos del Señor, y con ellos sus nietos» (*Is.*, 65. 23).

La 8ª tal como lo expresa Jeremías: «Sabed que yo los congregaré de las tierras del Norte, y los recogeré de los extremos de la tierra: entre ellos vendrán juntamente el ciego y el cojo, la preñada y la parida, grande será la muchedumbre de los que volverán acá» (*Jerem.*,31. 8).

La 9ª está en el Apocalipsis: «Y prendió al Dragón, la serpiente antigua que es el Diablo y Satanás y lo ató por mil años; Y lo metió en el abismo, y lo encerró y puso sello sobre él, para que no engañe más a las gentes» (*Apoc.*, 20. 2-3).

Los que no admiten la esperanza de este reino temporal de Cristo, pero no pueden olvidar que todo eso está profetizado, aducen que ya se ha cumplido en la tierra la mayoría de las promesas, y las que faltan se están cumpliendo en el cielo.

Diremos que en la tierra la historia no nos ofrece cuadros tan magníficos de prosperidad y de paz; y en lo que atañe al cielo ¿cómo pueden cumplirse estas cosas allí, donde no hay hijos, ni hay nietos, ni serpientes,, ni vacas, ni leones, ni mujeres en cinta, ni ciegos, ni cojos?

Supongamos todavía más: que un día Cristo en persona, sentado a la mesa con sus apóstoles, hubiese querido comunicarles lo siguiente: que esa sería la última vez que comerían juntos, antes de su muerte; pero que más adelante, en otros tiempos, volvería a comer cordero con ellos; y a bebes vino en su compañía; y que eso ocurriría cundo se realizara el reino de Dios, ¿cómo tendría que decírselo para que lo comprendiesen?

Pues les diría así (Torres Amat):

«Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión.

«Porque yo oso digo, que ya no lo comeré otra vez, hasta que tenga cumplimiento en el reino de Dios.

«Y tomando el caliz dió gracias y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros.

«Porque os aseguro que yo no beberé del zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios» (*Luc*., 22, 15.18).

Supongamos que los discípulos se empeñasen en decir que no hay que entender estas palabras en su sentido literal y obvio, sino como anuncio de bienes espirituales y que el reino de Dios es la beatitud celestial y que el cordero que comerá con ellos es una metáfora; y que el vino que beberá con ellos, es otra metáfora; y que la frase: «hasta que llegue el reino de Dios», aunque parece referirse a algo futuro, algo no realizado todavía, hay que entenderla como de algo que no tiene que llegar porque llegó desde toda la eternidad, pues se trata del cielo, verdadero reino de Dios.

¿Qué diríamos, pues de esta incredulidad en las promesas de Dios?

Diríamos que si estos textos, tan claros siempre debieran interpretarse alegóricamente, entoncws el Espíritu Santo no tendría modo de comunicar a los hombres el suceso del Reino temporal de Cristo, que no es imposible ni contra la fe.

Bien sabemos que algunos intérpretes declaran que el anuncio de Jesús de que volvería a beber vino y a comer el cordero pascual con sus discípulos «cuando llegue el reino de Dios», se cumplió durante los cuarenta día que pasó con ellos después de la resurrección. Pero no hay dato ninguno en las Escrituras de que en ese tiempo comiera cordero, ni bebiera vino, ni hubo ocasión de pascua; ni puede decirse que esos pocos días, vividos en estrechez y oscuridad, fuesen el resplandeciente reino de Dios anunciado por los profetas, como que no tendría fin.

La promesa del Mesías y el anuncio del reino universal, son los dos polos alrededor de los cuales gira el inmenso mundo de las Sagradas Escrituras, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*.

El mesías vino, los judíos no creyeron y lo crucificaron y hoy los cristianos se asombran de aquella incredulidad. Los judíos, a pesar de haber visto cumplirse las profecías, se negaron a creer, porque se imaginaban que Cristo vendría no a padecer sino a reinar.

Su obstinación de veinte siglos ha concluido en el abandono de las esperanzas mesiánicas y prácticamente en el ateísmo. La gran masa de los judíos ya no esperan al Mesías. Siguen leyendo y venerando sus libros santos, mas para librarse del asedio de tantas promesas, como cantaron los labios de los profeta, las interpretan alegóricamente o en sentido espiritual.

¿Se no imputará algún día a nosotros incredulidad equivalente, pero a la inversa?

Ellos, que esperaban un rey omnipotente, no creyeron en quien se acompañaba de pescadores y comía con publicanos. Nosotros que hemos recibido promesas espirituales y también promesas temporales, nos empeñamos en dar a éstas un sentido alegórico.

¡Nada nuevo bajo el sol! Ya de esta incredulidad se quejaba Jesús a sus discípulos:

«Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis ¿cómo me creéreis si os hablo de cosas del cielo? » (*Joan*., 3, 12).

El tiempo de las figuras fué el del Antiguo Testamento; ahora es el tiempo de las realidades.

Después de releer algunos de los muchísimos textos de las Sagradas Escrituras, anunciadores del reino de Cristo en la tierra, propongámonos ésta sencilla cuestión: puesto que estas pinturas realistas no son más que figuras ¿ qué palabras debió usar el Espíritu Santo, para que las entendiese lo que allí parece dicho, pero que no debe entenderse tal sino de otra manera?

Como dice San Pablo: «el reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (*Rom*., 14, 17).

Pero esto lo dice refiriéndose a los cristianos sin caridad, que disputan con sus hermanos «por causa de la comida»; y no significa de ninguna manera, que el reino de Cristo sea una simple alegoría.

Allí gentes harán una vida libre de concupiscencias, pero completamente natural, conforme a esta promesa de Jesús a sus discípulos:

«Por eso yo os preparo el reino como mi padre me lo preparó a mí;

«Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (*Luc.*, 22, 29-30).

Si no creemos que no hay en las Escrituras hay palabras inútiles o vacías y que todas las promesas que no fueron condicionales, se han de cumplir, encontraremos que una de las más solemnes hecha a Abraham está muy lejos de haberse realizado, pero que un día se realizará, y no podrá serlo en el cielo sino en la tierra.

Veamos cuál fué.

Abraham se queja a Dios de no tener hijos, y de verse reducido a extinguirse en su generación, porque Sara su mujer ha llegado estéril a los noventa años y él anda ya cerca de los cien.

El Señor lo saca fuera de su asa una noche y le muestra el cielo y le dice:

«Cuenta, si puedes las estrellas: pues así será tu descendencia» (*Gén.*, 15, 5).

El profeta Jeremías, recoge la promesa y anuncia para los tiempos futuros no solamente una gran muchedumbre de habitantes, sino que habrá entre ellos muchísimos sacerdotes.

«Así como no pueden contarse las estrellas del cielo, ni numerarse las arenas del mar, así yo multiplicaré sin cuento los descendientes de mi siervo David y los levitas mis ministros» (*Jerem.*, 33, 22).

¿Podemos, acaso, afirmar que los judíos han llegado a ser tan numerosos como las estrellas? ¿y que den a la Iglesia de Cristo levitas sin cuento?

Los cálculos más recientes sobre este asunto, permiten afirmar que el número de todos los judíos desparramados en todo el mundo es alrededor de 15 millones.

Los pueblos de raza latina, los eslavos, los sajones, aun los descendientes de Ismael, el hijo de la esclava de Abraham, los mongoles, los hindúes, cualesquiera de ellos son incomparablemente más numerosos que el pueblo de Israel.

San Pablo afianzó la promesa todavía más:

«Por lo cual, de uno solo que estaba amortiguado, salió una muchedumbre sin cuento, así como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar» (*Hebr.*, 11, 12).

El verbo es pretérito «salió», explica la acción en futuro, como suele ser uso frecuente: «saldrá».

En el salmo 71 se hace la pintura del reino mesiánico. Bien sabemos que se ha interpretado como un elogio del rey Salomón, pero resultan así incomprensibles algunos versículos:

«El (el rey) hará justicia a los pobres de pueblo…

«Y permanecerá como el sol y la luna de generación en generación» (*Ps.*, 71, 3-5).

Lo cual no es aplicable a Salomón, que murió en prematura vejez; ni tampoco a un reino celestial. En el cielo no hay sucesión de generaciones.

«Y dominará de un mar a otro, y desde el rio hasta del extremo del orbe de la tierra.

«Postraránse a sus pies los Etíopes y lamerán el suelo de sus enemigos…

«Los reyes de Tarsis y los de las islas ofrecerán regalos; traeránle presentes los reyes de Arabia...

«Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le rendirán homenaje…

«Bendito sea su nombre por los siglos de los siglos: noombre que existe antes que el sol» (*Ps.*, 71, 8-17).

¿Puede por ventura, decirse esto de otro que de Cristo, y de Cristo reinante no en el cielo, sin en una tierra que tiene ríos y confines materiales y en la cual se usan el oro y los regalos?

He aquí otras promesas que pueden cumplirse en el cielo sino en la tierra:

«Pon tu esperanza en el Señor y haz obras buenas y habitarás en la tierra y gozarás de sus riquezas» (*Ps.*, 36, 3).

«Los que esperan en el Señor, ésos heredarán la tierra» (*Ps.*, 36, 9).

Jamás en las Escrituras se usa la expresión «tierra» como sinónimo de cielo.

«Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra» (*Matth*., 5, 4).

Pero ¿cuando será eso?

La experiencia nos demuestra que rarísima vez el hombre virtuoso llega a «poseer la tierra», y como esta promesa no puede cumplirse en el cielo, donde no hay posesión de cosas materiales, se deduce que habrá una época en que los que hayan sido justos durante su vida, resucitarán y recibirán lo que se les había prometido, poseerán la tierra, compartiendo con Cristo el honor de juzgar a los otros hombres.

Esta tierra no será una estrella, ni otro mundo; será la nuestra, pero transformada como la masa de harina en que ha fermentado ya la levadura (*Luc*., 13, 20).

Y si releemos Daniel todavía se refuerza la convicción de que el reino de Cristo no será e el cielo, sino en la tierra.

Cuando en el capítulo 7 aparece el Hijo del hombre, delante de su Padre, que acaba de abrir los libros procesales del mundo, la cuarta bestia, el Anticristo, es arrojada al infierno, y las otras tres bestias despojadas de su poder; y todo ese poder que tenían las cuatro bestias es entregado a Cristo: «el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas lo servirán» (*Dan*., 7, 12, 14).

Puesto que el reino del Anticristo y de las otras bestias, fué en la tierra y no en el cielo, se deduce claramente que Cristo, al recibirlo todo, no recibe un reino celestial sino terrenal.

Y para que no haya duda acerca de la posición de este reino, el texto sagrado añade esta preciosa indicación: «cuánto hay debajo del todo el cielo (*Quae est subter omne coelum*) (*Dan*., 7, 27).

Se nos argüirá:

No es así como se lee la Biblia. Los textos de las Sagradas Escrituras no deben entenderse en su sentido obvio y literal, sino en sentido alegórico o espiritual: no mirar lo que dicen sino lo que quieren decir.

Dejemos la respuesta a a Iglesia infalible. Van a responder dos grandes Papas de nuestros tiempos:

León XIII, en su carta encíclica *Providentissimus Deus* (18 de noviembre de 1883), al encomiar los estudios de las Sagradas Escrituras, y dar las reglas a que deben atenerse quienes las interpreten, establece dos normas fundamentales:

1ª La definición o declaración de la Iglesia, que ha interpretado algunos puntos de ellas.

2ª La tradición de los Santos Padres, que «tienen autoridad soberana, cuando un texto se refiere a la fe o a las costumbres, *y haya sido explicado por todos ellos de una sola y única manera*».

Si acerca de un punto no existe ni definición de la Iglesia, ni tradición unánime de los Padres, el intérprete es libre de preferir cualquiera de las opiniones de ellos, y aun le es permitido: «con justo motivo llevar más adelante sus investigaciones… con tal que se atega religiosamente a esta sabia regla propuesta por San Agustín, *de no apartarse en nada del sentido literal y por decirlo así obvio*, a menos que alguna razón impida mantenerlo y obligue a abandonarlo».

Escuchemos ahora a Benedicto XV, en su admirable encíclica *Spitirus Paraclitus*, sobre la lectura frecuente de la Sagrada Biblia, en ocasión del XV centenario de la muerte de San Jerónimo (15 de noviembre de 1920).

Después de rememorar los trabajos del máximo Doctor de la Iglesia, y de exhortar a los católicos a hacer de la Biblia el libro de cuotidiana lectura, da las reglas de su interpretación.

En esta búsqueda del sentido — dice el Santo Padre —, Nos lo reconocemos sin dificultad, San Jerónimo, a ejemplo de los doctores latinos y de algunos doctores griegos del período anterior, rindió al principio culto tal vea exagerado a las interpretaciones alegóricas. Pero su amor a los Libros Santos, sus esfuerzos perseverantes para identificarlos y penetrarlos a fondo, le permitieron hacer cada día un nuevo progreso en la justa apreciación del sentido literal y formular sobre este punto sólidos principios.

Ante todo debemos aplicar nuestro espíritu a descubrir el sentido literal o histórico. «Doy siempre al lector prudente (dice San Jerónimo) el consejo de no aceptar interpretaciones supersticiosas y que aíslan trozos del texto, siguiendo el capricho de la imaginación, sino examinar lo que precede, lo que acompaña y lo que sigue y establecer una unión para todo el pasaje en cuestión.

«Una vez establecido con certeza el sentido literal o histórico, San Jerónimo busca sentidos menos obvios y más profundos para alimentar su espíritu con un manjar más escogido».

Y aquí, tras una breve reflexión acerca de la parquedad con que debe apelarse a ese sentido oculto o espiritual, el Papa trae una cita del Santo Doctor, que mejor no podría venir para nuestro caso. Dice así Benedicto XV:

«San Jerónimo hace observar, sin embargo, que si se trata de descubrir ese sentido oculto, conviene usar cierta discreción, «no sea que el deseo de las riquezas del sentido espiritual, nos haga aparecer desdeñando la pobreza del sentido histórico». Por eso es que reprocha a muchos autores antiguos de interpretaciones místicas de descuidar completamente el apoyarse en el sentido literal.

«Juiciosamente observa a este respecto que no hay que apartarse de Cristo y de los Apóstoles, pues bien que el Antiguo Testamento no haya sido para ellos sino la preparación y la sombra de la Nueva Alianza y bien que interpreten, por consiguiente, en sentido figurado gran número de sus pasajes, no por eso reducen a figuras todo el conjunto de las antiguas escrituras».

Adoptamos aquí la única y excelente versión que existe en castellano de la Encíclica *Spiritus Paraclitus, e*ditada en Buenos Aires con laudable empeño por la sociedad San Vicente de Paul y justamente dedicada a su Eminencia Reverendísima Cardenal Copello, que se honra con ser del título de San Jerónimo, y que lleva en su escudo de armas el precioso lema con que San Juan clausura las visiones del Apocalipsis: *Veni, Domine Jesu:* Ven Señor Jesús (*Apoc.,* 22, 20).

Como resumen de esta doctrina, citemos las siguientes palabras de Cornely y Merk, doctísimos exégetas jesuítas, que al explicar cómo se deben interpretar las Escrituras, dicen:

«Echaríamos por tierra las Escrituras y jamás podríamos extraer de ellas un argumento seguro, si nos permitiéramos discutir si es necesario o no comprender las palabras de las Escrituras en sentido literal.

«Así podríamos llegar hasta negarnos a reconocer el sentido literal que nos disgustase, pretendiendo que es un sentido absurdo o imposible. Ahora bien, según la opinión común de los Padres, el sentido espiritual se funda en el sendido literal y de él procede»[23].

En síntesis:

El reino de Dios no es otra cosa que el establecimiento de un paraíso terrenal en compañía de Cristo Rey, cuando se cumpla el anuncio de Gabriel a María: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre»; y las palabras del propio Jesús: Yo para esto nací y para esto vine al mundo» (*Joan*., 18. 37).

Si no nos choca la idea del paraíso terrenal, ni la vida que en él habrían hecho los hombres y los animales, de no ocurrir la tentación y la caída original ¿por qué nos ha de chocar que hacia el fin de los tiempos vuelva la humanidad a vivir en parecidas o en las mismas dichosas condiciones?

El que no comprendamos por qué ha de ser así y no de otra manera, ni cómo, ni cuándo será, no nos autoriza a negar lo que está profetizado solemnemente.

La creencia en un reino temporal de Dios, tal como suena en innumerables pasajes de las Escrituras, es la clave de la inteligencia de libros enteros, que se

23 Cornely ET Merk, *Manuel d’Introduction a toutes les Saintes Ecritures* (Lethielleux, Paris, 1930), tomo I, página 290.

tornan confusos y a veces contradictorios, cuando nos empeñamos en considerarlos como alegorías o como parábolas.

Pero ¿por qué? ¿Qué dificultad hay en creer lo que está escrito, tal como está escrito, en su sentido, obvio y literal, conforme lo manda la Iglesia?

La interpretación alegórica de las Escrituras no puede ser sino excepcional, para ciertos pasajes que evidentemente no pueden entenderse en el sentido literal; porque si no la interpretación alegórica es la muerte de la Revelación. Sin negar abiertamente la veracidad de las Escrituras, se las desnaturaliza, si se las interpreta en forma que su significado real, que no puede ser sino uno, sea reemplazado por diversos sentidos figurativos.

Un mismo pasaje se presta a variadas interpretaciones, tan acomodaticias, que ni siquiera intentan excluirse las unas a las otras; todas caben, todas conviven juntas. Y como aun pudieran discurrirse otras interpretaciones, nunca estaremos seguros de cuál es la verdadera.

Este modo de leer las Sagradas Escrituras, ha engendrado casi todas las herejías, y muy especialmente el modernismo.

S. S. el Papa Pío X, al levantar su voz condenatoria contra esa que el llama enérgicamente «la síntesis de todas las herejías», descarga su golpe sobre escritores católicos que inspiraban confianza o gozaban de autoridad, y que pretendieron limitar la inspiración de la Escrituras al sentido religioso y moral., enervándola en lo que encierran de histórico o científico.

«Según ellos (nos habla el Papa) en las Sagradas Escrituras hay muchísimos errores en materia científica e histórica. Pero dicen, no son libros de ciencia, ni de historia, sino de religión y de moral, en los cuales la ciencia y a historia son envoltura con que se cubren las experiencias religiosas y morales para mejor propagarlas en el público, que no las entendería en otra forma...»

De lo cual se infiere que los errores de la Biblia son a veces calculados, para que resulten más provechosas lecciones.

El Santo Padre protesta acerbamente contra semejante criterio.

«Nosotros, Venerables hermanos, como que creemos que la verdad es una y única, y consideramos que los sagrados libros escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo tienen por autor a Dios, afirmamos que eso equivale a atribuir a Dios la mentira de utilidad u oficiosa, y con las palabras de San Agustín denunciamos que: «Admitida una vez en tan altísima autoridad cualquier mentira oficiosa, no se librara ni una sola parcela de aquellos libros... Cada cual creerá o que se le antoje, y desechará lo que se le ocurra. Pero los modernistas no se apenan por eso. Y llegan a encontrar que hay en los libros santos pasajes en que

se sostienen ciertas doctrinas, que carecen de fundamente razonable, como son aquellas que se basan en las profecías ».

La Iglesia nada ha definido en lo que atañe al punto expreso que hemos tocado, el reino de Dios. Pero ha dado normas precisas, en solemnísimos documentos pontificios, acerca de cómo se deben leer las Sagradas Escrituras.

Y con igual vehemencia desecha la afirmación de sus pretendidos errores científicos o históricos; como la tendencia a interpretar alegóricamente todo pasaje que no se conforme con nuestras opiniones.

Sobre lo primero, dice el padre Lagrange:

«Suponer que Dios ilumine la inteligencia de un hombre y mueva su voluntad para inspirarle un pensamiento que ha de inducir en error a los hombres sobre un punto cualquiera, es un concepto que ningún teólogo, que ningún hombre de buen sentido admitirá jamás...»[24].

Sobre los segudo, citemos otro pasaje de San Jerónimo, que nos trae la magnífica encíclica de Benedicto XV, *Spiritu Paraclitus*, que acabamos de mencionar.

«No es posible que tantas promesas como cantaron en el sentido literal, los labios de los santos profetas, queden reducidas a no ser ya otra cosa que fórmulas vacías, y términos materiales de una simple figura retórica; ellas deben, al contrario, descansar en un terreno firme y sólo cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico»[25].

---

24 Lagrange, M. J., *A propos de l'Encyclique Providentissimus, en Revue Biblique Internationale*, 1895, página 50.

25 Encíclica *Spiritus Paraclitus*

VI

UNA TIERRA NUEVA

Nos hemos olvidado, pues del dogma fundamental de nuestro credo: la segunda venida de Cristo.

Y si, por ventura, no lo hemos olvidado y de tiempo en tiempo se nos viene a la mente, debemos confesar que apenas conservamos de él una fría noción, puramente intelectual. Sabemos eso, pero no lo sentimos; ni podríamos jurar que nos alegra, y que al rememorarlo, palpita nuestro corazón, como palpitaba el de los hebreos, que aguardaron cuarenta siglos la primera venida,o el de los primeros cristianos que aguardaban la segunda.

Ya no son los tiempos de San Pablo, en que los tesalónicos, que creían inminente la vuelta del Señor, no tenían otra ansiedad que la de que ocurriese pronto esa inmensa alegría; y se entristecían cuando moría algún pariente o amigo porque ése no lo vería.

San Pablo los consolaba, dándoles detalles de la forma en que ocurriría los sucesos, y mostrándoles que también los muertos en el Señor asistirían resucitados.

Todo esto se halla tan borrado en las almas de los actuales cristianos, que los más pasan días y meses y años, tal vez la vida entera, sin acordarse del dogma, y lo que es peor, sin desear el advenimiento ni tratar de apresurarlo con sus oraciones.

Si se nos apareciese un ángel y nos, dijera: «Mañana vendrá el Señor», causaría tanta sorpresa, que no sabríamos al punto si alegrarnos o entristecernos.

Hemos llegado a creer, como en un axioma, que ni nosotros, ni nuestros hijos, ni el mundo en millares de años presenciará la Parusia.

Y eso es absolutamente un error, un funesto error. Nadie sabe los tiempos y momentos que el Padre ha dispuesto en su providencia.

No nos atreveríamos a afirmar que la fe de los hombres en la segunda venida de Cristo sea tan grande como para responderle que sí. Y es precisamente este espíritu escéptico acerca de la segunda venida de Cristo, una de las señales del fin del mundo, según el Apóstol Si Pedro.

«En los últimos tiempos — dice — vendrán impostores artificiosos, que «darán según sus propias concupiscencias;

«Diciendo: ¿Dónde está la promesa o venida de Él?

«Porque desde que los padres durmieron, todo permanece así, como el principio de la creación.» (*II Petr.*, 3. 3, 4).

¿Quién no ha esperado alguna vez en su vida a una persona muy amada?

Nuestro padre, nuestra madre, un hijo, un hermano, un amigo a quien queremos entrañablemente, nos anuncia que va a venir.

La sola promesa, ya es para nosotros un éxtasis. Y por más que la espera nos fastidie, vivimos horas de inquietud inefable. Dentro de una semana, dentro de un día, dentro de una hora... ¡vendrá! ¡Estamos seguros de que vendrá! ¡Oh, si pudiéramos salirle al encuentro para acortar esa semana, ese día, esa hora!

Y bien; pongámonos la mano sobre el pecho y contestemos sincera y sencillamente a esta pregunta: Nosotros, que creemos que Cristo vendrá a la tierra otra vez, ¿nos acordamos de su venida la deseamos con esa misma alucinadora impaciencia? ¿nos pasamos los días contando las horas?

No, ciertamente. ¿Y por qué?

La razón es muy clara: no creemos que esa venida ocurrirá viviendo nosotros. Nos hemos desentendido de ella, porque nos han convencido sin ningún argumento, de que faltan millones millones de años.

Y además hemos llegado a hacer la segunda venida de Cristo un suceso temible, en el que preferimos no pensar porque lo envolvemos con los truenos relámpagos del Apocalipsis y las angustias del juicio final.

¡Hemos perdido de vista el reino en la tierra, que la solicitud amorosísima de Jesús nos ha preparado, para que nos sentemos a la mesa con él! Y al declarar que ese reino es una alegoría del reino celestial, le hemos infligido un amargo desaire.

Si nosotros, un día, ansiosos de agasajar a un amigo, le preparásemos una casa y un banquete para inaugurarla, y se lo comunicáramos muchas veces, por diversos mensajeros, y él se olvidara y para excusarse nos dijera: No he pensado más en

vuestra invitación, porque me imaginé que fuese alegoría de un banquete espiritual, ¿qué pensaríamos nosotros de esa disculpa?

Pues así procedemos nosotros mismos con aquel que al despedirse, en la última cena, nos dijo:

«Por eso yo os preparo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí;

«Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos" para juzgar a las doce tribus de Israel» (*Luc.*, 22. 29-3o).

Citamos aquí la versión del ilustrísimo señor Torres Amat (hecha sobre la Vulgata), pero hemos suprimido de ella una palabra: el adjetivo celestial, que él agregó después del sustantivo reino, como si Jesús hubiera dicho: «Yo os preparo el reino celestial». Ese adjetivo no figura ni en la versión latina de San Jerónimo (*Vulgata*), ni en las castellanas de Scio de San Miguel, de Valera; ni en las francesas de o de Crampon, porque tampoco en el original griego.

Leamos de nuevo el pasaje, y consideremos esta cuestión: ¿dónde se descubre que Jesús haya querido referirse al reino celestial? ¿En el cielo no se come ni se bebe, ni juzgarán los justos a las doce tribus, es decir a toda la humanidad, que estará ya juzgada por Supremo Juez.

El juicio a que este pasaje se rollo es aquel del que participarán los justos muy antes del juicio final ; como qn será el primer acto de Cristo al tornar posesión de su reino en la tierra, lo cual se prueba con otros pasajes concordantes, como el siguiente:

«Y Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del hombre en el trono de su majestad, Os sentaréis también vosotros doce sillas para juzgar a las doce tribus de Israel» (*Matth.*, 19. 28).

Qué es la regeneración (término que Torres Amat traduce: resurrección universal)?

Es la renovación de todas las cosas, la destrucción sino el cambio de sus cualidades, antes del juicio universal, a fin de que sean aptas para el reino que el Padre ha preparado al Hijo. Es la reconstrucción de la Jerusalén nueva, reino o ciudad de Dios, no en el cielo, sino, en la tierra, como lo expresa San Juan:

«Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva... Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la Jerusalén nueva que de parte de Dios descendía del cielo y estaba aderezada como una esposa ataviada para su esposo» (*Apoc.*, 2I. 1, 2).

Según estas palabras de dónde bajaba esa nueva Jerusalén? Del cielo a la tierra. Estará, pues, en la tierra.

Que esta Jerusalén será la capital reino terrenal de Cristo, no hay duda pues así está anunciado: «Jerusalén, la cual se va edificando como una ciudad cuyas partes están en perfecta y mutua unión.

«Allá subirán las tribus, todas Ias tribus del Señor...

«Allí se establecerán los tribunales para ejercerse la justicia, el trono para la casa de David» (*Ps*. 121. 3, 5).

En estos juicios, que no serán de almas solamente, sino de pueblos y naciones Cristo juzgará, y la participación corresponderá a los santos será ejecutar las sentencias, pues como lo expresan los salmos: «vibrarán en sus manos espadas de dos filos; para ejecutar lo venganza en las naciones y castigar a sus pueblos; para aprisionar con grillos a sus reyes y con esposas de hierro a sus magnates;

«para ejecutar en ellos el juicio debido: gloria es ésta que está reservada para todos sus santos» (*Ps*. 149. 6.9)

«Por qué hemos de empeñarnos en que todas estas promesas sean simples metáforas? ¿qué dificultad hay en creer que non realidades?

Tal es el reino que el Padre ha preparado para su Hijo, y que el Hijo quiere compartir con aquellos que le siguieron, a los cuales invitará a su mesa. No es la gloria eterna, porque de ésta no puede, decirse que sea un reino preparado por el Padre para el Hijo, puesto que el Hijo, siendo Dios, la posee desde toda la eternidad, al igual que el Padre.

Tan importante es este dogma del reino de Dios, que San Pablo se pasó tres meses en Efeso explicándolo en la sinagoga y discutiendo con los Judíos.

A los epicúreos y estoicos de Atenas les chocaba especialmente la divinidad de Jesús y el dogma, de la resurrección: «y unos decían ¿qué quiere decir este charlatán? Y otros: Este parece que viene a anunciarnos nuevos dioses, porque les hablaba de Jesús y de la resurrección» (*Act*., 17. 18).

El que no comprendamos ni qué objeto tiene, ni cómo ha de ser, en todos sus detalles, el reino de Dios, no nos autoriza a negarlo, ni a interpretarlo como una alegoría. Desde el paraíso terrenal, cuando la culpa introdujo el desequilibrio en la naturaleza, la humanidad vive en una atmósfera de milagro y de misterio, herramientas preciosas y delicadas con que Dios allana o sortea los escollos de que el libre albedrío del hombre siembra los caminos de su Providencia.

Ignoramos qué transformación experimentarán nuestros cuerpos, sin perder su naturaleza, para vivir en ese reino, en condiciones materiales, pero distintas de las que ahora conocemos.

Si a una oruga le anunciaran que un día se transformará y brillará como una llama o una estrella, y volará como un pájaro, y tendrá los colores de una flor, pero no será ni flor, ni pájaro, ni estrella, ni dejará de ser insecto, no lo comprendería. Si, por su dicha, fuese una oruga humilde lo creería sin ponerse a cavilar; pero si fuese una oruga muy inteligente y cavilosa, se pondría a buscarle sentidos alegóricos al anuncio, que le costaría creer, porque no alcanzaría a comprenderlo. « Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas », díjoles Jesús a los judíos quejándose de su escepticismo (*Luc*., 24. 25).

No acabamos de convencernos de que vivimos en una atmósfera de milagros y de misterios.

Todos los días, aunque las orugas no lo comprendan, ni puedan explcarlo los naturalistas, las crisálidas se vierten en mariposas.

Todos los días los mismos jugos la misma tierra, según atraviesen misteriosos canales de la raíz de una planta o de otra planta, se transforman en cosas tan distintas, que uno no creería si no lo viese, y que aún viéndolo no acierta a comprenderlo.

¿Qué tienen de parecido una rosa y una mata de berros, una orquídea y una zanahoria?

Los mismos elementos, al pasar el ingenioso alambique de un ser u otro, son perfume en la flor, hediondez en el zorrino, veneno en la serpiente, hermosura o fealdad, ferocidad o gracia, y aunque no lo entendamos, no podemos negarlo.

No tenemos que pensar que la implantación del reino de Dios en la tierra, signifique la destrucción de la naturaleza para dar sitio a lo sobrenatural. Nada de eso. Pero será, sí, una transformación extraordinaria, de la que podemos encontrar alguna analogía en la metamorfosis de los insectos.

Explicando estas cosas altas y sublimes a aquellos judíos que se resistían creerlas, les dice el Señor:

«¿A qué es semejante el reino de Dios y a qué lo compararé?

«Semejante es al grano de la mostaza, que lo tomó un hombre y lo sembró un su huerto; y creció y se hizo grande árbol; y las aves del cielo reposaron en sus ramas» (*Luc*., 13. 19).

La primera idea que esta comparación suscita es la del enorme crecimiento de una cosa pequeña; y ése es el sentido que suele dársele.

Pero hay otro punto de vista, tal vez sea el más importante: el reino de Dios implica la transformación los accidentes, sin modificación de esencias.

En la semilla estaba potencialmente el árbol, pero el árbol en nada se parece a la semilla: es otra cosa, sin deja de ser la misma.

A corta distancia de este versículo vuelve Jesús a preguntarse: «A qué diré que, el reino de Dios es semejante?

«Semejante es a la levadura que tomó una mujer y la escondió en tres medidas de harina hasta que todo quedase fermentado» (*Luc*., 13. 21).

Se advierte que no se trata aquí del engrandecerse de algo, sino del transformarse.

«He aquí que yo renuevo todas las cosas» (*Apoc*., 21. 5) o para emplear el término de San Pablo: «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva; acabóse lo que era viejo y todo viene a ser nuevo» (*II Cor*., 5. 17).

Lo cual San Pedro expresa de esta manera: «Esperamos conforme a sus promesas, nuevos Cielos y nueva tierra, donde habitará la justicia» (*II Petr*., 3. 13).

¿Qué sentido tendría el, esperar una tierra nueva, o renovada, donde impere la justicia, si no hubiéramos de vivir en ella, pues seríamos espíritus habitantes del cielo?

Alguna vez hemos oído preguntar a manera de objeción contra el reino de Dios en la tierra, cuál sería su objeto, pues aunque lo imaginemos como un lugar de delicias, siempre será infinitamente inferior a la beatitud celestial, en que los justos contemplarán la esencia de Dios.

La objeción tiene un aspecto espiritual que seduce a las almas místicas. No pueden aceptar éstas sin amargura o repugnancia, el que se les demore o dilate la posesión del bien supremo, aunque se las haga vivir en un mundo maravilloso, pero terrenal.

Esta objeción sólo tiene fuerza porque ignoramos lo que eso será y nos empeñamos en que Dios hará las cosas conforme se nos ocurre a nosotros, y no conforme a sus inexcrutables designios.

De antemano esos espíritus piadosos renuncian al reino que se les ha prometido, simplemente porque no saben en qué consiste y se imaginan que demorará la

suprema, dicha a que tienden con todas las fuerzas de su corazón. Les parece que sería de parte de Dios, algo así mano una defraudación a sus esperanzas.

Les ocurre a esas almas al revés de que a otras, menos sublimes, pero también piadosas, que esperan el cielo con evidente frialdad; porque no pueden imaginarse qué delicias puramente rituales puedan satisfacerlas durante toda una eternidad. ¿No será la gloria, para un temperamento inquieto, un lugar estático y aburrido? Para quien es todo acción, ¿no resultará demasiado monótona la eterna contemplación?

Unas y otras han de estar equivocadas, y nada le cuesta a Dios llenar de felicidad a una pobre alma humana, por los medios más incomprensibles para esa misma alma, que no elegiría un caminos de Dios, si le dieran a elegir, sino los suyos propios.

Nuestro papel en este asunto sólo debe ser aceptar lo que se nos ha prometido en la Sagrada Escritura y crea lo que es de fe, sin ponernos a cavilar de qué manera se realizará.

Tratando de las circunstancias del paraíso terrenal, que antiguos expositores quisieron explicar también corno una alegoría, en la que el paraíso era la vida de los bienaventurados, los cuatro ríos, las cuatro virtudes cardinales, etc., declara San Agustín que en «estas explicaciones alegóricas del paraíso y otras semejantes son muy buenas, con tal que se crea al mismo tiempo que todo aquello tuvo lugar, tal como lo refiere la Escritura»[26].

Según Santo Tomás: «Lo que la Escritura nos dice del paraíso terrenal, ella nos lo cuenta bajo la forma de un relato histórico. Ahora bien, con respecto a todo lo que la Escritura expone de esta manera, es necesario primeramente tomar por base la verdad histórica, sin perjuicio de agregar en seguida el sentido espiritual que podemos ingeniarnos en descubrir»[27].

Por analogía, se puede extender a las descripciones del reino de Dios que hace la Escritura, la misma regla de interpretación aplicable al paraíso terrenal.

En cuanto a nosotros, confesamos que no nos cuesta ningún trabajo imaginarnos el restablecimiento del paraíso terrenal, en las mismas o parecidas condiciones en que ya existió.

Dios lo había creado para delicia la humanidad; pero desde la primera pareja humana, por sugestión de la serpiente, que explotó el libre albedrío hombre, se introdujo en el mundo la culpa y la muerte, que nosotros hemos heredado.

26 San Agustín, La Cité de Dieu (Paris, A. Pralard, 16g3) Livre, XIII, Ch. XXI, torno II, página 35.

27 Santo Tomás, Somme Théologique, trad. Drioux. (Paris, Berche et Tralin, 1869), la Sud. de la 2 Part. Quest. CII, torno II, -página 235.

Podríamos decir, hablando humanamente, que los planes de Dios habían fracasado, pues en aquella primera batalla librada entre el bien y el mal en el corazón de nuestros primeros padres resultó vencedor el Demonio.

Apenas inaugurado, el paraíso, mano de un Arcángel clausuraba sus puertas detrás de la primera pareja humana.

Sobre ese episodio de la gran historia del mundo han pasado seis milenios. Vamos a penetrar en el séptimo.

Qué tiene, no ya de imposible, pero ni siquiera de inconveniente el que, habiendo Dios arrojado en un platillo la balanza de su justicia la sangre de su Hijo, para compensar toda la malicia de la serpiente, y no sólo restablecer el equilibrio, sino superabundar en gracias, de tal modo que nunca más pueda alterarse, ¿qué tiene de imposible o de inconveniente el que se restablezca también aquel primer campo de batalla, que presenció la derrota del bien, para que ahora sea testigo del triunfo de Cristo, ese paraíso terrenal, que volvería a abrir sus puertas, para abrigo de esta humanidad redimida y santificada?

Hasta encontramos que la victoria de Cristo, en el cielo, sin un reino de Cristo en la tierra, donde fue ofendido, humillado y traicionado, parece incompleta; y daría pie al Demonio, eterno ironista, para arrojarle este sarcasmo: — Tú reinarás en el cielo, donde tus criaturas no pueden pecar; pero yo reinaré en la tierra, mientras exista el libre albedrío.

Por tanto, nos parece que el restablecimiento en la tierra de las condiciones del paraíso, está dentro de esa lógica de la historia, que alguna vez se ha visto, y nos gustaría ver siempre, pues un día u otro restaura la justicia violada, en el propio terreno y aparentemente en las mismas condiciones en que se produjo la violencia y la injusticia.

El fin del mundo, o sea el juicio universal, no se producirá sino después que Cristo, descendiente de David, haya reinado con sus santos en la tierra, habiendo subyugado y aniquilado a todos sus enemigos, para entregar su reino a su Padre.

Nunca ese fin del mundo será antes de esta victoria sobre el mundo, que ha presenciado tantas aparentes derrotas de Cristo.

Tal como lo anuncia San Pablo, así ocurrirá, y no puede ocurrir en otra forma:

«Luego será el fin, cuando hubiere entregado el reino a Dios y al Padre, cuando hubiere destruído todo principado y potestad y virtud.

«Porque es necesario que el Él reine hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies.

«Y la enemiga muerte será destruida la postrera...» (*I Cor.*, 15. 24-26).

Como la muerte no existe en el cielo, se deduce lógicamente, que esta batalla para destruirla no se realizará en el cielo, sino en la tierra.

VII

LA VISIÓN DE DANIEL Y LA PROMESA A LA VIRGEN

En el capítulo 7 del profeta Daniel es o piélago insondable, en que se nos presentan sobre un solo plano, sucesos portentosos que deberán ocurrir hacia el fin de los tiempos y en siglos de siglos.

Apliquémonos a descubrir el sentido de algunos pasajes, sin alejarnos de la pura tradición católica y sin pretender enfáticamente haber alcanzado la verdad.

En la economía de su providencia, Dios reserva la clave de estos misterios para el tiempo del fin, como lo dice un ángel a Daniel. La humanidad no los comprenderá, hasta que la proa de su barca esté tocando el borde de las postrimerías.

Pero ¿quién nos asegura que esa orilla esté tan lejana, y que nuestra barca no flote ya en la misteriosa plenitud los tiempos?

Comprendemos y hasta participa en alguna forma de la inquietud de aquellos que ven cómo se explotan lo misterios de los diversos apocalipsis para satisfacer el ansia innata en el hombre de conocer su destino y cómo se deforman para dar sustento a las divagaciones de los charlatanes.

Pero este mal no se conjura con abandonar el campo de la exégesis a los que desde tierras extranjeras han inundado nuestras bibliotecas y hasta nuestras casas, de infinitas publicaciones, libros, folletos, periódicos, impresos con lujo y distribuídos gratis, cuyos gastos Dios sabe quién costea, y cuyo fin, en algunos de ellos es preparar las vías del Anticristo.

Por el contrario, creemos más oportuno que nunca el tratar de estos asuntos, antes que se extravíe del todo el criterio y la doctrina de nuestro pueblo.

No nos desaliente lo arduo de los estudios y mucho menos desalentemos a nadie, presentándole ciertos libros de la biblia como inadecuados para la lectura de los indoctos, por la dificultad de su inteligencia. El doctor José Ignacio Olmedo, en una excelente obrita de maciza erudición y limpio estilo, comenta el desvarío de algunos que en siglos pasados, por cerrar la puerta a las doctrinas del milenarismo, llegaron a poner en duda la inspiración del Apocalipsis, negando que fuese obra de San Juan. «En nuestros días — dice el doctor Olmedo —, no se ha osado incurrir en esta aberración terrible, pero no faltan quienes al desechar el

milenarismo miran al Apocalipsis como un rompecabezas, afirmando que su lectura e interpretación consiguiente supone o acarrea la locura... Es decir, que tal infortunio significa un absoluto mentís al mismo Apocalipsis, que así reza: «Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía y observa las cosas escritas en ella, pues el tiempo está cerca». (*Apoc.*, 1. 3)[28].

Con humildad, pero con confianza, debemos aproximarnos a estos libros, y aunque nuestros juicios no pasen de ser glosas y conjeturas, nunca será tiempo perdido el que empleemos en escuchar la, a menudo, inexcrutable palabra de Dios.

Cualesquiera que sean los misterios que la Providencia del Señor ha querido envolver el día y la hora en que volverá, no podemos dudar que es muy provechoso el tener un exacto conocimiento de lo que significa esta segunda venida suya, en gloria y majestad; y el no vivir distraídos y adormecidos por quiméricas seguridades, no sea que nos sorprenda como a las vírgenes locas, un la lámpara apagada.

Pues si a algunos les hace sonreír el que se diga que nosotros, los que ahora vivimos, tal vez alcancemos a ver a Cristo en su segunda venida, a otros les hace sonreír aquella sonrisa, pues ¿cómo saben ellos ni nadie, si faltan diez años o diez millones de años?

En todo caso, no puede afirmarse que en el loco y trágico mundo falten señales de la Parusia; ni menos puede decirse que un católico deba alegrarse de que se demore todavía.

De las visiones de Daniel, se le dice al profeta:

«Anda Daniel, que éstas son o recónditas y selladas hasta el tiempo determinado». (Dan., 12. 9).

Y en otro lugar, a propósito del libro que las contiene:

« Muchos lo recorrerán y sacarán él mucha doctrina». (12. 4).

Entretanto, escuchemos su profecía.

En el año primero de Baltasar, de Babilonia, estando Daniel en su lecho, tuvo una visión. Se levantó a escribirla y era así:

Vió cuatro grandes bestias que salían del mar.

La primera como una leona con alas de águila. Cortáronle las alas y se irguió sobre dos pies al modo de un hombre, y se le dió corazón de hombre.

28 OLMEDO, J. I., Restauración del reino de Israel. (U. O. A. I. Buenos Aires), página 16.

La segunda bestia, semejante a un oso, tenía tres filas de dientes y comía carnes en abundancia. Se colocó a la par de la primera bestia, que se había humanizado.

La tercera semejaba un leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas. A ésta, dice el texto sagrado, se le dió el poder.

La cuarta era terrible y prodigiosa. Tenía grandes dientes de hierro; despedazaba, comía y hollaba con los pies las sobras de lo que no había podido devorar. No se asemejaba a ninguna de las otras bestias.

Poseía diez cuernos, de entre los cuales Daniel vio brotar un undécimo pequeñito, que no tardó en sojuzgar a los otros. Se engrandeció, tuvo ojos de hombre y una boca que profería palabras arrogantes.

En esto aparece un anciano majestuoso, vestido de blanco, sobre un trono de fuego, del cual surge un río también de fuego. Le sirven millares de millares de personas; y son mil millones las que asisten.

A su llegada se abren los libros procesales del mundo.

Va a comenzar el juicio.

El profeta, que estaba atónito oyendo las palabras arrogantes del cuerno observa de pronto que la bestia sobre cual brotara, había sido muerta y el cuerpo echado al fuego.

Y que a las otras tres bestias se les había quitado el poder y fijado el espacio de su vida por un tiempo y otro tiempo.

Encontramos tan sugestivo este pasaje relativo a las tres bestias, que deseamos transcribirlo, llamando la atención del lector:

«Estaba yo en espectación, a causa del ruido de las palabras grandiosas que salían de aquella asta: pero reparé que la bestia había sido muerta, y que su cuerpo había sido echado a arder en el ruego;

«Y que a las otras bestias se les había también quitado el poder, y fijado el espacio de su vida hasta un tiempo y otro tiempo». (*Dan.*, 7. I 1, 12).

A éstas, pues, no se las había muerto, sino se las dejaba vivas, por cierto período de tiempo.

Con esto entra en escena un personaje principalísimo: N. S. Jesucristo.

Es, pues, el momento en que se cumple su promesa de volver al mundo en gloria y majestad: la Parusia.

«Y he aquí que venía entre las nubes del cielo, un personaje que parecía Hijo de hombre; quien se adelantó hacia el anciano de días y le presentaron ante él.

«Y dióle éste la potestad, el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán a él; la potestad suya es potestad eterna que no le será quitada y su reino es indestructible». (*Dan*., 7. 13, 14).

Observemos esta aparición Hijo del hombre en el momento en Anciano de días (el Eterno) va a comenzar el proceso del mundo. Las tres primeras bestias han perdido su poder pero quedan vivas por un tiempo y otro tiempo.

La cuarta bestia, donde ha nacido Anticristo, ha sido muerta y arrojada fuego.

«Apoderóse de mí el terror, dice el profeta: yo, Daniel, quedé atónito con tales cosas...

« Lleguéme a uno de los asistentes y pedíle el verdadero significado de aquellas visiones, y me dió la interpretación de ellas y me instruyó (*Dan*., 7. 15, 16).

Las cuatro bestias son cuatro reinos me constituirán en la tierra hacia el fin los tiempos. Y los diez cuernos de la cuarta bestia, diez reyes o reinos, de los cuales son destruídos no bien aparece el undécimo, el cuernito que profería palabras arrogantes.

Los intérpretes lo consideran prefigura del Anticristo, nacido en la cabeza de la Sinagoga, que en aquellos tiempos dominará sobre la tierra.

Pero este reino que se les quita a las cuatro bestias, de las cuales quedan vivas tres, y se entrega al Hijo del hombre y a sus santos, ¿es ya el reino celestial, o es un reino temporal, maravilloso y perfecto, que se prolongará hasta el borde mismo de la eternidad, después de una postrera batalla con Gog y Magog?

¿Es éste el Milenio? No sabríamos decirlo.

Empero, no pasemos por alto espacio de vida por un tiempo y tiempo, que se da a las tres bestias, después de haber arrojado la cuarta al fuego.

Estas tres bestias que son tres naciones, no parecen pertenecer al cuerpo místico de la Iglesia, ni sus habitantes formar en el número de los santos tendrán el reino del mundo. Pero no son muertos, y la vida que se les deja debe tener un sentido temporal, lo cual significa que no hemos entrado aún en la eternidad.

Sabemos, por de pronto, que se convertirá la plenitud de las naciones (plenitud de carácter moral, no material, pues, como luego se verá, seguirá habiendo incrédulos).

Esta conversión es creencia de fe, y está claramente expresada en numerosísimos textos de las Escrituras:

«Las naciones que no os conocen, correrán hacia ti» (*Is.*, 55. 5).

«Todos los pueblos se reunirán al rededor de Jerusalén» (*Jer.* 3. 17).

«Se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra». (*Ps.*, 21. 28).

«De la raíz de Jessé saldrá el que debe reinar sobre las naciones y todas pondrán en Él su esperanza» (*Rorn.*, 15. 12).

«Tengo otras ovejas que no son de este aprisco. Es necesario que las traiga y escucharán mi voz; y entonces habrá un solo rebaño y un solo pastor » (*Joan.*, lo. 16).

Guárdenos Dios de suponer que este dominio universal de Cristo, anunciado en las profecías, pueda no ser más que una deslumbrante alegoría. La cuestión se limita, pues, a saber cuándo ocurrirá esa mística peregrinación de todas las gentes a los pies de Cristo: ¿antes o después de su segundo advenimiento?

Aquellas palabras de Jesús: «cuando viniere el Hijo del hombre creéis encontrará fe en la tierra?», parecen indicar que hallará un mundo espiritualmente yermo, poblado por miles millones de almas indiferentes o ateas cuando no entregadas al culto satánico. Por lo tanto, si esas palabras deben interpretarse así, la conversión no se habrá realizado todavía cuando venga. Pero de otros pasajes parecería desprenderse que Cristo vendrá en una época triunfal para el catolicismo.

Aquí hay un misterio, que nosotros somos incapaces de develar.

Sea como fuere, lo que importa es precisar que esta inmensa transformación del corazón de la humanidad será, a nuestro parecer, un hecho posterior al Anticristo y muy alejado aún del juicio final.

«Y acerca de los tiempos y de los momentos, advierte San Pablo, no habéis menester, hermanos, que os escribamos;

«Porque vosotros mismos sabéis bien que el día del Señor vendrá, como un ladrón de noche» (*I Thess.*, 5. 1, 2).

En esta época, de longitud indeterminada, que va desde la muerte del Anticristo al juicio final, y dentro de la cual ocurren la conversión de las naciones y la venida del Señor, conviene colocar el Milenio, o sea el tiempo en que habiendo sido encadenado el Demonio, por mil años, habrá una larga era de paz y de fe y Cristo reinará sobre los hombres.

«Los últimos días — dice el padre Gallois —, no serán breves. Leed a Isaías (2. 2) y comprenderéis que este estado de prosperidad debe ser una época larga»[29].

Ese reino tendrá por capital a Jerusalén, centro religioso del Mundo, pues ha de cumplirse lo de Isaías: «De Jerusalén saldrá la palabra Dios».

La palabra de Dios en la doble forma de doctrina y de mandato político, porque allí se instalará un rey que será a la vez el Sumo Sacerdote.

«Esto dice el Señor Dios: He a que yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío... «He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones... y los conduciré a su tierra. Y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel... Y mi siervo David será rey sobre ellos» (*Ezech*., 37. 12 al 23).

Lo cual puede entenderse de dos maneras: o bien, el rey David, sacado de su sepulcro, reinará de nuevo, desde Jerusalén; o bien, se personificará en un príncipe de su estirpe, que ocupará su trono.

Nos inclinarnos por esta interpretación.

Las palabras de Jesús a Pilatos: «Yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo» (*Joan*., 18. 37), no se han cumplido aún, pues no ha logrado reinar ni sobre todo el mundo, ni sobre todas las almas.

Pero aún aceptando que en este pasaje no se tratara más que de un reinado espiritual, que se realizará el día de la conversión universal, existe otro, que es una promesa incumplida, la más solemne de las promesas bíblicas hecha por Dios a su criatura predilecta. La más solemne, porque tuvo la forma de un contrato, pues si hubo propuesta de una parte, hubo aceptación de otra.

En efecto, el ángel Gabriel, al anunciar a la Virgen María la concepción Jesús, para sostener el corazón de la pobre niña aplastada por el infinito misterio, le anuncia también el regio destino de su Hijo: no le habla de la Cruz, si del trono.

«Sábete que has de concebir en seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.

«Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin».

Una hebrea de aquellos tiempos, a quien se le habla del trono de David, comprende sin ningún equívoco el sentido literal de la promesa.

---

29 GALLOIS, L'Apocalypse de S. Jean, en Revue Biblique, 1894, página 72.

María acepta el sublime contrato y responde: «Hágase en mí según tu palabra» (*Luc*., 1. 31, 33).

¿Quién se atreverá a decir que la palabra del ángel, que era la palabra de Dios no se va a cumplir?

Nadie, ciertamente. Pero aquí muchos son los que hacen una distinción curiosísima, y en nuestra modesta opinión, injustificada. He aquí la distinción:

Dividen la solemne promesa del ángel a la Virgen María en dos partes. La primera parte, la más difícil de entender, la interpretan literalmente: concebirás y darás a luz, siendo virgen. La segunda parte, la que se refiere al reino de Jesús, la interpretan como si se tratara de un reino espiritual, aunque el ángel no habló de un trono espiritual sino del trono de David, que fué material y de este mundo.

¿En qué se fundan para interpretar literalmente una mitad de la profecía y alegóricamente la otra mitad?

Si hemos de entender la promesa ángel en su sentido literal y obvio, como lo debió entender la joven hebrea, conforme a la regla de interpretación recomendada por las encíclicas de León XIII y Benedicto XV, ese reino no puede ser en el cielo, sino en la tierra, porque el trono de David no estuvo en el cielo sino en Jerusalén.

Y cuando en el Apocalipsis el séptimo ángel, con su trompeta da un toque de atención para que el universo que ha presenciado la destrucción del Anticristo, escuche lo que acaba de suceder, las voces que se oyen no nos cuentan que Cristo. acaba de ser constituido en Rey del cielo, sino todo lo contrario, en Rey de la tierra.

«El séptimo ángel sonó la trompeta y se sintieron voces grandes en el cielo, que decían: El reino de este mundo ha venido a ser *reino* de nuestro Señor y de su Cristo, y reinará por los siglos de siglos» (*Apoc*., 11. 15).

Lo cual concuerda no sólo con la promesa del ángel, sino también, con lo profecía de Daniel, que después de pintar la muerte de la cuarta bestia, el Anticristo, declara que su reino, y su potestad son entregados inmediatamente al Hijo del hombre, a quien «todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán... y su reino es indestructible » (*Dan*., 7. 14).

Como el reino del Anticristo no fué en el cielo, sino en la tierra, se deduce que lo entregado al Hijo del hombre, no fué el reino de los cielos, sino el de este mundo: regnum hujus mundi.

Y ese reino de la tierra se prolongará hasta los umbrales de la eternidad, donde penetrará como una rampa misteriosa o como la escala de Jacob, que se apoyaba

en el suelo, pero ascendía hasta el trono del Altísimo, y por la subían y bajaban los ángeles. Y así se dice que será indestructible y por los siglos de los siglos.

¿Cómo se realizará esta fusión de cosas temporales con las cosas eternas? ¿Subsistirá siempre el reino de Dios en la tierra, a la manera de un paraíso preparatorio de la beatitud eterna? Lo ignoramos, pero podemos saludarlo con los radiantes versos del Pontífice poeta, S. S. León XIII, que al describir el reino de Dios lo imagina en la tierra:

Quiero ante vuestros ojos, descubrir el Futuro;
Los relámpagos surcan la nube;
El mundo despavorido se siente morir,
Bajo la angustia suspendida sobre él.
Los demonios del infierno sorprendidos y fulminados,
Son de repente vueltos al abismo
De inmenso dolor, del cual salieran
Para sembrar el crimen por todas partes.

Veo el retorno feliz de la fidelidad,
Que languidecía en el destierro.
De la antigua virtud vuelve a florecer la belleza,

Demasiado tiempo despreciada y marchita.

El olivo de la paz plantado de nuevo
Siembra las artes con generosidad,
Y brota del terreno fértil
La amable y fecunda riqueza.

No perdamos el sentido de las realidades; y recordemos con frecuencia aquel episodio que se cuenta en los *Hechos de los Apóstoles*.

Jesús, que hacía cuarenta días, después de resucitado, vivía con sus discípulos, les dirige sus últimas palabras luego asciende y se pierde de vista entre las nubes.

Sus discípulos, mustios, se quedan con los ojos en alto, espiando los postreros fulgores de la divina presencia cuando se les aparecen dos varones con vestiduras blancas, y les dicen esto, que no carece de ironía:

«¡Hombres de Galilea ! qué os estáis mirando al cielo? Este Jesús que de vuestra vista se ha subido vendrá de la misma manera que lo habéis visto subir allá» (*Act.*, 1, 11).

Que era como decirles : Bajad la vista y creed lo que Él os ha prometido, aunque sus promesas os parezcan demasiado sencillas y terrenales. Porque Él sabe lo que os conviene, mejor que vosotros mismos.

Prosigamos escuchando al profeta y sabremos a dónde va a parar ese imperio del Anticristo. Acaba de vencer a los otros cuernos; ha destruido a tres; ha minado a los siete; y se vuelve contra los santos y prevalece sobre ellos. Atropella al Altísimo, y se considera con facultad de mudar los tiempos y las leyes. Es decir, según los intérpretes, cambia hasta el calendario, a fin de que los años de la cristiandad no se cuenten más desde la venida de Cristo.

Y esto sucede hasta que aparece el Anciano de días, que es Dios mismo, quien se sienta en su trono resplandeciente, abre el proceso del enemigo de Cristo «y sentenció en favor de los santos del Altísimo y vino el tiempo y los santos obtuvieron el reino» (*Dan*., 7. 22).

He aquí expresado en la Sagrada Escritura el objeto de ese inapelable proceso:

«Se celebrará juicio a fin de que se le quite poder, y sea destruído y perezca para siempre.

«Y para que el reino, y la potestad y la magnificencia del reino, cuanta hay debajo de todo el cielo, sea dada al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino sempiterno y a él le ser rán y obedecerán los reyes todos» (Dan, 7. 26, 27).

Esta magnificencia que se le quita Anticristo, para entregársela a los santos, y que se halla, como dice el texto, debajo de todo el cielo», no puede ser el cielo, es la tierra, evidentemente.

A los que aún sostienen que aquí se trata de un reino espiritual, la beatitud celestial, les preguntaríamos lo siguiente: si el Espíritu Santo hubiese querido referirse efectivamente a un reino terrenal, ¿qué otras palabras debió emplear para que no se prestasen a equívoco, y lo comprendiésemos todos?

O como observó un niño, a quien se le propuso la dificultad: Si, en verdad el Espíritu Santo no quiso decir lo que dijo, ¿por qué no dijo lo que quería decir?

VIII

PROFECÍAS MESIÁNICAS

En los primeros tiempos de la Iglesia, los fieles creyeron que se cumplirían al pie de la letra las profecías que anuncian el reino temporal de Cristo y de sus santos.

Habían visto cumplirse innumerables vaticinios del Antiguo Testamento, que a los judíos incrédulos los desconcertaban por su aparente nimiedad y no podían dudar que se realizarían también, en la misma forma, los que aún no se habían realizado.

Esto fué en los primeros cinco o seis siglos cristianos. Pero las torpezas de los judaizantes, sensuales y materialistas, que esperaban el reino de Dios como una sucesión inagotable de banquetes y de francachelas, causaron horror, entre los espíritus piadosos, que desacreditaron la interpretación literal de las profecías. Por una reacción explicable en aquellos tiempos, los buenos cristianos se esforzaron en buscar a esos textos de las Escrituras un sentido más espiritual; y poco a poco, fueron, alejándose del significado directo y confundiendo el reino temporal de Dios con la beatitud eterna.

Para justificar este abandono del sentido literal, citaban diversos pasajes «el reino de Dios no es comida, ni bebida»; «mi reino no es de este mundo»; «el reino de Dios dentro de yo otros está».

En efecto es así: el reino de Dios, no es comida, ni bebida, porque no es exclusivamente eso; pero de allí no se deduce que en el reino de Dios no se coma ni se beba y que las comidas y bebidas anunciadas por Jesús sean simples metáforas.

Infinitamente más chocante para los judíos del tiempo de Jesús, eran casi todas las profecías mesiánicas; y se hubiese explicado que les buscaran un sentido espiritual. Pues bien, ese sentido no habría sido el verdadero y ahora sabemos que esas incomprensibles profecías se han realizado al pie de la letra.

Por ejemplo, aquellos hombres, que aguardaban un Mesías lleno de majestad y de poderío, ¿como podían esperar, ni entender el cumplimiento de las humillantes y hasta crueles descripciones de sus profetas?

Los cristianos que ahora no entienden como pueda nadie esperar que algún día a la manera de los discípulos de Emaús, nos sentemos materialmente a la mesa de nuestro Rey y nuestro Dios, comer con Él, la pascua que Él nos ha anunciado, nunca habrían entendido tampoco en su sentido literal las siguientes profecías:

— Que su Rey nacería de una virgen.
— Que nacería en la más miserable aldea judía.
— Que tendría que huir a Egipto.
— Que entraría en su capital pobremente montado sobre una burra.
— Que un amigo lo vendería treinta monedas.
— Que éste horrorizado por la traición arrojaría el dinero en el templo.
— Que lo azotarían.
— Que lo escupirían en la cara, le, mesarían la barba y lo abofetearían.
— Que le darían a beber hiel y vinagre.
— Que le clavarían las manos y los pies.
— Que se mofarían de él.
— Que le sacrificarían como al cordero pascual sin quebrarle un hueso.
— Que jugarían a los dados sus vestidos.

Tales pronósticos les parecerían groseros e irreverentes y les buscarían un sentido alegórico. ¡Y sin embargo todos se han cumplido letra por letra!

Veamos de qué manera se anunciaron las cosas y si tuvieron razón los judíos al no creerlas.

Su madre una virgen.

«Por tanto el mismo Señor os dará la señal: sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo...» (/s., 7. 14).

Lugar de nacimiento.

«Y tú, ¡oh Bethlehem Efrata! tú eres pequeña respecto de las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio...» (*Miqueas*, 5. 2).

Fuga y regreso de Egipto.

«Como pasa el crepúsculo de la mañana, así pasó el rey de Israel. Era Israel un niño: y yo lo amé; y yo llamé desde Egipto a mi hijo» (*Oseas*, 11, 1)

Pobremente montado en una burra

«He aquí qué a ti vendrá tu rey, el Justo, el Salvador, pobre y montado en una asna y su pollino» (*Zach*., 9. 9).

Abandonado por sus discípulos.

«Oh, espada! desenvainada contra mi pastor y contra el varón unido conmigo, dice el Señor de los ejércitos hiere al pastor y serán dispersadas la ovejas...» (Zach., 13. 7).

Traicionado por treinta dineros.

«Dadme mi salario... Y ellos me posaron treinta siclos de plata por el salario mío» (Zach., x r. 12).

El traidor arroja en el templo el dinero y compran con él el campo de un alfarero.

«Tomé, pues, los treinta siclos de plata y los eché en la casa del Señor, pan que se diesen al alfarero» (*Zach*., 11, 13).

Lo escupen, lo abofetean y lo azotan.

«Entregué mis espaldas a los que me azotaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían» (/s., 50. 6).

Le dan hiel y vinagre.

«Presentáronme hiel para alimento mío, y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre » (*Ps*., 68. 22).

Taladran sus manos y sus pies.

«Han taladrado mis manos y mis pies» (*Ps*., 21. 17).

Se mofan porque Dios no lo salva.

«En el Señor esperaba; que le liberte; sálvele, ya que tanto le ama» (Ps., 21. 9).

Esta profecía se cumplió, cuan judíos viendo a Jesús clavado en la cruz lo escarnecían, moviendo la cabeza y exclamando: «Ah, tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres de Dios, desciende de la cruz » (*Matth*. 27. 4o).

Pero no quiebran sus huesos.

«Muchas son las tribulaciones Justo[30]; pero de todas lo librará Jehová Él cuida todos sus huesos y ni uno ellos será roto » (*Ps*., 34, 20, 21).

---

30 En este punto seguimos a Crampon, traduce directamente del hebreo «el justo» en singular. La Vulgata dice «los justos». la Vulgata este salmo lleva el número 33.

Recordemos que al cordero que los hebreos comían en la pascua, no se le rompía ningún hueso, según lo disponía la ley. (*Exodo*, 12. 46; *Números*, 9. 12.). Lo cual se cumplió exactamente con el Cordero de Dios, simbolizado aquél: «Mas cuando vinieron (los soldados) a Jesús, viéndole ya muerto, le quebrantaron las piernas» (*Joan*., 19, 33).

Se reparten y juegan sus vestidos.

«Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica» (*Ps*., 21. 19).

He aquí cómo se realizó esto: « Y después de haberlo crucificado, repartieron sus ropas, echando suertes sobre ellas para ver lo que se llevaría cada uno» (*Marc*., 15. 24).

Es seguro que estos detalles aparecerían desconcertantes e incomprensibles a los hebreos, antes de Cristo; y no pensarían en su realización al pie de la letra.

¿Por qué, pues, no ha de ocurrir el cumplimiento del reino de Dios en la forma que está anunciada?

Eso es lo que esperarnos, pronunciando íntimamente las palabras del salmo: «Rey mío, y Dios mío» (*Ps*. 83. 4).

Y repitiendo, a manera de ferviente oración, el lema que ostenta en su escudo nuestro Arzobispo, el Cardenal Copello: *Veni, Domine, lesu*, que es el más hermoso lema que conozcamos, porque expresa un anhelo que merece una corona, según San Pablo (*II Tim*. 4. 8),

IX

¿MORIRÁN TODOS LOS HOMBRES?

En tiempos de San Pablo, con motivo de su primera carta a los cristianos de Tesalónica (ciudad capital de Macedonia, hoy Salónica) se produjo entre los intensa expectativa, porque entendieron que el apóstol les anunciaba la inminencia del juicio final.

El pasaje que les había hecho pensar así era el siguiente:

«Por lo cual os decimos sobre la palabra del Señor; que nosotros los vivientes, o los que quedaremos hasta la venida del Señor, no cogeremos la delantera a los que murieron antes:

«Por cuanto el mismo Señor a la intimación, y ala voz de arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros.

«Después, nosotros los vivos, que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos sobre nubes, al encuentro de Cristo en el ni y así estaremos con el Señor eternamente. » (*I Tess*., 4. 14-16).

De las palabras «nosotros los vivientes, que quedaremos hasta la venida Señor», entendieron los tesalónicos que San Pablo anunciaba que él viviría hasta entonces y ellos también, por que se imaginaron que el gran día no estaba lejos.

Dedujeron asimismo que los justos que vivieran en ese momento, no morirían, sino que vivos serían arrebatados para salir al encuentro de Cristo en los aires.

Para nadie es un secreto que hay muchos pasajes en los libros santos de muy difícil interpretación.

Dios ha querido someter la inteligencia humana, tan propensa a ensoberbecerse, cuando piensa que lo entiende todo, a la humillación de descubrir que a las veces no entiende nada y debe, sin embargo, creer aquello que no entiende, porque ésa es la Verdad revelada.

Con esta prueba robustecemos nuestra fe, y un día u otro hallamos la interpretación: «Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo, porque has encubierto estas

cosas grandes a los sabios y prudentes y descubiértolas a los humildes y pequeñuelos». (Palabras de Jesús en el Evangelio, *Luc.*, 10. 21).

Hasta San Pedro, el jefe de los Apóstoles, declaraba que existen pasajes oscuros en las cartas de San Pablo, «en los cuales hay algunas cosas difíciles de comprender, cuyo sentido los indoctos e inconstantes en la fe pervierten de la misma manera que las demás escrituras de que abusan para su propia perdición.» (*II Petr.*, 3. 16).

El propio San Pablo se veía obliga a aclarar puntos, que entonces suscitaban discusiones entre los fieles, lo cual demuestra que sus documentos eran leídos y vividos.

Con ese propósito, escribe San Pablo a los Tesalonicenses, una segunda carta y les dice:

«Entretanto, hermanos, os suplicamos por el Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión al mismo;

«Que no abandonéis ligeramente vuestros primeros sentimientos, ni os alarméis con supuestas revelaciones, con ciertos discursos, o con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya cercano.

«No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera; porque no vendrá sin que primero haya acontecido la apostasía, y aparecido el hombre del pecado, hijo de la perdición.» (*II Tess.*, 2).

Con esto les expresaba que la segunda venida de Cristo distaba más de lo que se habían puesto a cavilar, porque antes debían suceder cosas tan grandes que tornarían largo tiempo.

En consecuencia, ninguno de los que entonces vivían alcanzaría a presenciarlo; y aquella frase «nosotros los vivos, los que hayamos quedado», era una manera literaria de personificar en los hombres actuales a la humanidad futura.

De la misma manera hablaríamos nosotros, si refiriéndonos a una posible invasión de la patria, dentro de un siglo, dijésemos: «Si los extranjeros invaden, combatiremos y moriremos si es preciso, pero salvaremos nuestra independencia.»

Prestábase también y aún se presta a discusión la siguiente expresión de la primera carta: «los que hayamos quedado seremos arrebatados juntamente con ellos (los justos resucitados) sobre las nubes al encuentro de Cristo en aire y así estaremos con el Señor eternamente.»

¿Quería significar el Apóstol que loe justos, que al llegar Cristo estuvieran con vida, no morirían nunca?

Este sentido parece afirmarse comparándolo con un versículo de otra epístola de San Pablo, la primera a los Corintios, mas por desgracia no conocemos con exactitud el texto de ese pasaje.

Tres versiones distintas, dos de ellas contradictorias, nos han llegado del discutido versículo 51, capítulo 15.

Primera versión: (seguida por los Padres latinos): «Todos seguramente resucitaremos, pero no todos seremos transformados.»

Segunda versión: (seguida por algunos Padres griegos): «Todos seguramente dormiremos, pero no todos seremos transformados. »

Tercera versión: (seguida por la generalidad de los Padres griegos): « No todos nosotros dormiremos, pero todos seremos cambiados.»

Se advierte en seguida que la primera y la segunda se distinguen apenas en una palabra: donde aquélla dice resucitaremos, ésta dice dormiremos. No hay contradicción doctrinaria; más bien, diríase que una completa la otra, pues si todos resucitarán, será porque todos hayan dormido el último sueño.

La divergencia aparece entre la primera versión, que es la de nuestra Vulgata: «*omnes quidern resurgemus, sed nom omnes inmutabimur*» («todos seguramente resucitaremos, pero no todos seremos transformados»), que siguen los latinos, con la tercera versión que siguen la mayoría de los griegos: «no todos nosotros dormiremos, pero todos seremos transformados.»

Dado que es imposible establecer cuál de las tres versiones sea la original, sólo queda un recurso: fijar la importancia de sus diferencias en materia doctrinal.

El padre Mechineau (S. J.) ha hecho un estudio muy prolijo de esta cuestión, y llega a probar que la divergencia no importa ninguna contradicción con la doctrina de la resurrección.

« Ninguna de las tres lecciones — dice —, aceptadas por los griegos o los latinos, tomada en sí misma y considerada como perteneciente a un texto especial distinto de los otros, está en necesaria contradicción con las otras; por tanto, ninguna contiene error necesario, ni nuestras biblias griegas o latinas, tomadas cada una por separado, pueden ser tachadas de tener o de conservar en sí una proposición no capaz de, sentido ortodoxo, por lo cual ni los griegos acusan a los

latinos, ni los latinos acusan a los griegos de haber introducido o aceptado en sus biblias una proposición errónea.»[31].

He aquí el sentido del texto para el Padre Mechineau:

«Todos seguramente (los buenos y los malos) resucitaremos (para lo cual pasaremos antes por la muerte en una u otra forma: muerte prolongada, muerte de un instante) pero no todos seremos transformados (con la transfomación gloriosa del que debe heredar el reino de Dios, reservado a los justos).»

Pero aún aceptando que las versiones no se contradigan, surge en seguida otra cuestión, la que se refiere a quiénes resucitarán, y en cuáles circunstancias.

Ya San. Agustín, en presencia del solo texto latino, manifestaba su perplejidad, confesando que no había podido leer jamás el pasaje de San Pablo, sin encontrarle este sentido: que la última generación de los justos estará exenta de la muerte.

«Sin duda habría abandonado toda vacilación, dicen dos exégetas modernos muy autorizados, y habría confesado que el Apóstol de los gentiles no creía en la universalidad de la muerte efectiva.

Pero San. Agustín no poseía, como la mayor parte de los Padres latinos, más que los textos de las versiones latinas o el de los manuscritos griegos alterados.»[32].

Los mismos autores expresan que esta opinión — la de los griegos — comenzó a ser tachada de temeraria hacia el siglo XIII, hasta que fué rehabilitada por Suárez, y hoy casi todos los exégetas la sostienen.

Efectivamente: hallamos en Crampon, este comentario al versículo 51 del capítulo 15 de la *primera a los Corintios*:

«Habrá varios vivos en el momento de la segunda venida de J. C. pero no por eso entrarán con sus cuerpos naturales: también éstos serán cambiados y sin pasar por la muerte, se verán transfigurados y entrarán con Jesús en la gloria, lo que es un gran misterio.»[33].

La opinión del *Dictionnaire de Theologie Catholique* es la siguiente:

---

31 MECHINEAU, L. (S. J.), La parusia nelle epistole di S. Paolo, Estratto dalla Civilitá Cattolica (Roma, 1921), página 58.

32 LUSSEAU ET COULOMB, Manuel d'Etudes bibliques, redigé conformement aux directives donées par S. S. Pie X aux professeurs d'Rériture Sainte, Lettre apostolique Quoniarn in re biblica, tomo V, 1ª parte, página 312 (P. Tequi, Paris, 1930).

33 Crampon, La Sainte Bible, traduction d'a les textes originaux (Soc. de S. Jean Evangeliste, Paris, 1928) página 206.

«El sentido obvio de este texto San Pablo (*I Tess.*, 4. 15-17) lo mismo que el de *I Cor.*, 15. 51, parece que los justos que al fin del mundo se encontraren con vida, pasarán de este mundo al otro, sin ser sometidos al muerte.»[34].

Dentro del sistema milenarista, esta ardua cuestión tiene mucho menos dificultad.

Ya no se trata de exceptuar a nadie de la ley común a todos los hijos de Adán, ni de que esos justos que Cristo halle vivos en la tierra, penetren vivos en el cielo.

Donde penetran vivos es en el reino de Cristo, es decir, se quedan en la tierra misma, para vivir larguísimos años, gozando de una paz inalterable y de la compañía de Cristo, hasta que se cumplan sus días y sean como los árboles milenarios (*Is.*, 65. 22) y sólo entonces morirán e irán al cielo.

Aquí se nos plantea otra cuestión:

Acabamos de ver que hay dos interpretaciones relativamente a los justos: unos dicen que no morirán, otros que si morirán, aun cuando sea para resucitar en seguida.

Y ahora nuestra pregunta: ¿y malos? ¿Morirán todos los malos antes o inmediatamente de la venida de Cristo, puesto que en su reino sólo deben acompañarle los justos?

Parecería que esto no fuese discutible, y que la sentencia de muerte, y ¡ay! de eterna muerte, se habrá dictado contra ellos, cuando se produzca lo que el Apocalipsis llama «el misterio Dios anunciado por sus siervos los profetas.» (10. 7).

Conjeturamos que este misterio, ceso grandioso, que ocurre después la apertura del séptimo sello, y «en días de la voz del séptimo ángel», será la venida de Cristo a reinar en mundo.

Sabemos que no es tal la opinión de muchos expositores, quienes creen en el reinado personal de Cristo; sin embargo nos parece que eso y no un reinado espiritual es lo que anuncia al séptimo ángel, cuando suena su trompeta, para que se calle el universo y se escuchen las grandes voces de los cielos que anuncian así:

«El reino de este mundo ha sido reducido a nuestro Señor y a su Cristo y reinará en los siglos de los siglos.» (*Apoc.*, 11. 15).

Se trata, pues, del reino de este mundo, no del reino de los cielos; y eso ocurre inmediatamente después de la muerte de Henoch y Elías, o sea en los últimos días del Anticristo.

34 Dictionnaire de Théoloqie Catholique (Letouzay et Ané, Paris, 1929) tomo 10, col. 2491, artículo Mort.

¿Morirán en esos días y de improviso los miles de millones de malos, que poblarán el mundo?

Nos inclinamos a creer que no. Muchos de ellos vivirán, como habitantes de aquellos tres reinos, simbolizados en las tres bestias, que no fueron muertas, sino conservadas vivas, pero despojadas de su poder político, por un tiempo y otro tiempo. (*Dan.*, 7. 2).

En el *Apocalipsis* encontrarnos otro pasaje, que nos demuestra que los malos no son exterminados totalmente, y quedan reservados para las últimas batallas de Gog y de Magog. Ese pasaje está en el capítulo 9.

Cuando después de romperse sello el 7° sello, suena la trompeta del quinto ángel, vemos caer del cielo aquella magnífica estrella, imagen de un gran apóstata, «a quien se le dan las llaves del pozo del abismo ». (9. 1). Salen de allí, como nubes de humo que ennegrecen el sol, mangas de langostas que atormentan los hombres en forma indecible.

Pero no los matan, los torturan durante cinco meses (9. 5) y son tan crueles los sufrimientos que les causan, que los hombres ansían morir, mas la muerte les huye (9. 6) y sin embargo ellos se obstinan en su idolatría y en sus crímenes y no se arrepienten de sus maldades (9. 21).

El plazo de cinco meses, en apariencia breve, durante el cual quedarán vivos esos hombres perversos, concuerda con el plazo de un tiempo, y otro tiempo, asimismo breve, durante el cual permanecerán vivas las tres bestias, o los tres reinos, de Daniel, habitados por gente mala.

Esta gente todavía puede ser evangelizada y tal vez convertida, puesto que el *Apocalipsis*, aún después de los días del séptimo ángel, y de consumado el misterio de Dios, que es a nuestro entender la Parusia (10. 7) nos habla de un libro dulce como la miel en la boca, pero amargo en el vientre, libro que el profeta devora, mientras escucha este nuevo mandato: «Es necesario que otra vez profetices a muchas gentes, y a pueblos, y a lenguas y a reyes.» (*Apoc.*, 10. 11)

Profetizar es predicar a los que pueden ser convertidos, no, por cierto, los santos, que ya reinan con el Señor.

Si en el reino de Cristo no hubiera más que santos, ¿qué significan las tres bestias dejadas vivas, y los hombres quienes no se mata, pero se atribula para que se arrepientan?, ¿qué propósito lleva esa predicación a pueblo lenguas y reyes? ¿Y de dónde saldrán después de rnil años, cuando se desate al Diablo, los ejércitos innumerables, como la arenas del mar, que se levantarán de nuevo en su postrer asalto contra Cristo?

Confesamos nuestra incapacidad para dirimir estos problemas; y nos limitamos a apuntarlos.

X

¿EL ANTICRISTO SERÁ UN HOMBRE O UNA DOCTRINA ?

Acera de la personalidad del Anticristo hay diversas opiniones. La mayoría de los exégetas antiguos y modernos afirman que será un hombre. Otros sostienen que será una secta y no un hombre.

Y no faltan quienes piensan que si fuese hombre, no lo sería naturalmente, pues habrá sido engendrado por Satanás en una mujer de raza judía.

Creen los que sostienen que el Anticristo será un hombre, tener en su apoyo a las Escrituras; y citan a San Pablo, que le llama, « el hombre del pecado, el hijo de perdición... que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios» (*II Thess*. 2. 3-4).

Y en otro lugar: « Aquel perverso a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca y lo destruirá con el resplandor de su mirada» (*II Thess*. 2. 8).

«Debe con esto designarse al hombre particular, dice Scio de Miguel, y ésa es la opinión predominante».

Sin embargo, desde tiempos muy antiguos ha habido entre los comentaristas de las Escrituras quienes piensan que la expresión Anticristo es la designación genérica, de una clase especialísima de enemigos de Cristo, los más encarnizados, que hayan existido en mundo, y que conquistarán un poder irresistible cuando se anuncien las postreras calamidades.

Tal interpretación apóyase en otros pasajes del Nuevo Testamento.

«Así ahora muchos se han hecho Anticristos, por donde echamos de ver que es la última hora» (*I Joan*., 2. 18).

«Negar esto es ser impostor y anticristo» (*II Joan*., 7).

Ya Tyconius, autor africano, donatista, del siglo IV, sostenía que Anticristo significaba el conjunto de potencias enemigas del cristianismo, las cuales se condensarían en un último rey de la «ciudad del Diablo», suscitado por Satanás[35].

35 ALLO, E. B., Saint Jean, L'Apocalypse ((Gabalda et Cíe., Paris, 1933), página CCXLI.

El Papa Pío X, en su primera carta encíclica del 4 de octubre de 1903, expone la desoladora situación religiosa universal, con estas significativas palabras: «tal vez comienzan los males reservados para los último tiempos; como si ya existiese en el mundo el hijo de perdición de que habla Apóstol. Tanta, en efecto, es la audacia y la ira, con que se persigue por todas partes a la religión, se combaten dogmas de la fe, y se empeñan brutalmente en extirpar toda relación del hombre con la Divinidad. Y especialmente — característica propia del Anticristo, según el mismo Apóstol — el hombre mismo, con infinita temeridad se ha puesto en el lugar de Dios…»

Estas autorizadas palabras de Pío X parecieran anunciar más que a un hombre a una doctrina, esa tendencia laica que pretende abolir toda relación con la divinidad; espíritu satánico quiere desterrar a Dios de la legislación y hacerse adorar en su reemplazo, distintos disfraces.

La idolatría laica, dos años después la coronación de Pío X, se expresó forma clara en aquella perversa ley de separación de la Iglesia y del Estado que los Waldek-Rousseau, los Combes, los Clemenceau, los Brisson, impusieron a Francia, obedeciendo a los mandatos de la masonería. He aquí al viejo Anticristo, de los tiempos de San Juan uno de sus avatares modernos.

Pío X se levantó enérgicamente contra la inicua ley, que significaba la apostasía oficial de la tercera república la condenó en su *Encíclica a los franceses*, del 11 de febrero de 1906, con palabras gravísimas.

«Reprobamos y condenamos la ley sancionada en Francia sobre la separación de la Iglesia y del Estado, como altamente injuriosa a los derechos de Dios, que esa ley repudia oficialmente al proclamar la máxima que la República no reconoce ningún culto. reprobamos y la condenamos como ofensiva del derecho natural, del derecho de gentes, y de la fidelidad pública que se debe a los tratados...».

Algún tiempo después, el mismo Pío X, en un consistorio exclamaba con inspiración de profeta:

¡Qué inmenso dolor experimentamos al dirigir nuestra mirada hacia naciones que se enorgullecen con dictado de católicas! Sobrada razón Nos asiste para temblar y afligirnos y temer que se realice en ellas, aquella frase la Escritura: el reino os será arrebatado y transferido a otro pueblo que produzca buenos frutos»[36].

Los temores del Santo Padre se realizado y no fué preciso aguardar mucho tiempo. La tercera república francesa se ha hundido en lo que suele ser (Al término de las apostasías: el barro y la impenitencia de los que pecaron contra el Espíritu. También el padre Lacunza afirma que el Anticristo no será un personaje individual, sino un ente moral.

---

36 Cit. MORRONDO RODRIGUEZ, C., La proximidad de la catástrofe del mundo (Jaén, 1922 página 485.

Cita el pasaje de San Juan que dice: «todo espíritu que divide a Jesús, no es de Dios; y este tal es un Anticristo, de quien habéis oído que viene y ahora ya está en el mundo» (*I Joan.*, 4. 3).

Y añade:

«De esta definición, lo más claro y expreso que del Anticristo se lee en la Escritura, podemos deducir que no puede ser un hombre o persona individual, sino un cuerpo moral que empezó a formarse en tiempo de los Apóstoles, y en el seno del cristianismo; que ha ido creciendo con el transcurso de siglos; que ahora está bastante crecido y robusto; y que al fin de los tiempos estará en pleno desarrollo, consuman aquel misterio de iniquidad»[37].

Podría completarse esta opinión con la fórmula ya mencionada de Tyconius, que concebía al Anticristo como conjunto de poderes o de fuerzas enemigas del cristianismo, las cuales condensarán en un último rey.

Es decir: el Anticristo sería una secta compuesta por muchos enemigos de Cristo, que se personificaría hacia final de los tiempos en un hombre. Concordarían así ambas interpretaciones, y se encontraría la explicación del enigma de la cuarta bestia Daniel, que tenía diez cuernos, que eran, según el texto sagrado, diez reyes (*Dan.*, 7. 24) la cual bestia fue muerta y «su cuerpo muerto echado a arder en fuego » (*Dan.*, 7. 11).

Si esta bestia es el Anticristo, su muerte parece contradecir aquel pasaje del *Apocalipsis* que dice: «Entonces fué presa la bestia y con ella el falso profeta que a vista de la misma había hecho prodigios con que sedujo a los que recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen. Estas dos fueron lanzadas vivas en un estanque de fuego que arde con azufre» (*Apoc.*, 19. 20).

La bestia de Daniel, puede considerarse que es la doctrina perversa, dentro de la cual, entre sus innumerables apóstoles, ha surgido el peor de todos, el undécimo cuerno.

Este, que es la personificación de esa doctrina, es arrojado con el falso profeta, vivos ambos, al estanque fuego que arde con azufre.

Y en otro momento, el cuerpo de la bestia (o sea la doctrina y la secta misma) es muerto y arrojado al fuego como un cadáver inmundo.

37 URZÚA Las doctrinas del P. Lacunza Santiago de Chile, 1917), página 112.

SEGUNDA PARTE

EN EL UMBRAL DEL MILENIO

I

LA PROFECÍA DE SAN MALAQUÍAS

PRINCIPIOS GENERALES

No se trata aquí de una profecía canónica, a la cual debamos prestar absoluta fe, como son las contenidas en las Sagradas Escrituras.

Es solamente una profecía privada, muy antigua, pero muy discutida; si bien, a medida que pasa el tiempo, va ganando prosélitos, pues se demuestra maravillosamente acertada.

La principal objeción que se le hace es que por ella estaríamos en condiciones de fijar la fecha del fin del mundo; pues al anunciarnos que después del Papa reinante ahora, sólo se sucederán otros cinco Papas más, y tal vez un Antipapa, nos da pie para calcular la duración de la Iglesia, la cual no existirá sin un romano Pontífice, Vicario de Cristo.

Seis Papas más, entrando el actual en cuenta y calculándoles de 20 a 30 años de reinado a cada uno, y esto parece mucho a juzgar por el término medio de los anteriores, no pueden llegar más allá del año 2090.

Y como es de fe que la Iglesia dura hasta la consumación del mundo, se deduce de allí, que ésta no dista más de 150 años.

Aquí se plantean dos cuestiones:

¿Es posible que los hombres lleguen a saber cuándo acontecerá el fin del mundo?

¿Es lícito el prestar fe a las profecías privadas que lo anuncian?

La primera pregunta muchos la contestan negativamente: los hombres no pueden saber cuándo concluirá el mundo. ¿Por qué razón ? Porque Jesús, respondiendo a sus discípulos que lo interrogaban, dijo: «Este día, esta hora, son ignorados de todos, aun de los ángeles; sólo mi Padre los conoce» (*Math*., 24. 36).

Y otra vez, comiendo con ellos, después de la resurrección: «No os toca a vosotros el conocer los tiempos y las razones que mi Padre ha reservado a su Omnipotencia». (*Act.*, 1. 7).

Bien es verdad que esta segunda contestación se refiere no propiamente al fin del mundo, sino a la restauración del reino de Israel. Además, el 5° Concilio de Letrán (en sesión del 19 de diciembre de 1516) ha prohibido el prefijar los días del Anticristo y del Juicio Final. Por lo tanto, parecería que la segunda pregunta tendríamos que contestar diciendo: un católico no debe prestar ninguna fe a las profecías privadas que anuncian y prefijan la época del juicio final.

Sin embargo, son innumerables profecías de tal índole que se conocen y se discuten entre los católicos. Cada siglo ve aparecer santos y personas inspiradas (sin contar los impostores) que profetizan. Y aunque ninguna de profecías privadas tenga autoridad de artículo de fe, tampoco la Iglesia se ha pronunciado en contra de ellas. Así pues, los términos de la disposición que acabamos de citar del Concilio de Letrán deben interpretarse de algún otro modo, porque si no los santos y las personas piadosas que «profetizan» lo harían, temiendo violar con ello una ley eclesiástica.

Sea dicho al pasar: las predicción es de una persona que ha sido canonizada, por ejernplo las de Don Bosco o del Cura de Ars, divulgadas antes de que sus autores fuesen elevados a los altares,siguen siendo materia de libre discusión. La santidad de esas personas, declarada por el Papa, no confiere a sus palabras el carácter de doctrina de la Iglesia, aunque, como es natural, quienes han creído en sus «profecías» encuentren que su canonización afianza los motivos de su credibilidad.

En esta materia podemos, con toda seguridad, sostener lo siguiente: primero, Dios puede hablar a los hombres cuando quiera y como quiera; segundo, muchas veces, en los tiempos antiguos y aun en nuestros días, Dios ha favorecido a sus santos con revelaciones que, aun cuando no sean artículos de fe, un católico no debe sistemáticamente despreciar.

Hay que alejarse de la excesiva credulidad, pero sin caer en otro riesgo que es el escepticismo desdeñoso.

Volviendo a la primera cuestión ¿cómo explicarse que, a pesar de las palabras de Jesús, muchos santos hayan profetizado acerca del fin del mundo?

Es que ellas admiten razonablemente otra interpretación. Cuando Él respondía a sus discípulos: «No necesitáis vosotros conocer esos tiempos...», el pronombre vosotros no abarcaba a toda la humanidad presente y futura. Se refería solamente a sus discípulos y a los judíos de su época, que, en verdad, necesitaban conocer cuándo sería el del mundo.

¿Por qué no lo necesitaban? Porque habría sido una vana y tal vez peligrosa satisfacción de su curiosidad, ya que en aquel entonces distaba aún siglos y siglos.

Se confirma tal sentido confrontando el texto citado con otras palabras del Divino Maestro, que se leen en el Evangelio de San Mateo. Él está sentado en si Monte del Olivar, y sus discípulos, que lo rodean, le interrogan: «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?» (*Matth*., 24. 3).

Y Él, para que nadie los engañe, porque al término de los tiempos se levantarán muchos falsos Cristos, les va enumerando las señales con que se anunciará su segunda venida (la *Parusia*), en vísperas del juicio final.

«Oiréis noticias de batallas y rumores de guerra. No os turbéis; todavía no es el fin...

«Se armará nación contra nación, y habrá pestes y hambres y terremotos. Pero no será más que el principio de los males. Seréis perseguidos y atormentados y aborrecidos por causa de mi nombre... Aparecerá un gran número falsos profetas. Y por la inundación de. los vicios se enfriará la caridad de muchos. *Entretanto se predicará el Evangelio en todo el mundo, y entonces no vendrá el fin*... Entonces aparecerá en cielo la señal del Hijo del Hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos, y verán verá al Hijo del Hombre sobre las nubes gran poder y majestad.

« El cual enviará a sus ángeles, a la voz de la trompeta sonora congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo...» (*Matth*., 24).

Éstas serán las señales, y el Maestro agrega:

«Tomad esta comparación con la higuera: cuando sus ramas se enternecen y brotan las hojas, conocéis que o verano está próximo. Así también, *cuando veais estas cosas, tened por cierto que el Hijo del Hombre está por llegar*».

Con estas palabras Jesús les advierte que deben estar atentos a las verdaderas señales de su segunda venida, precursora del fin, para que no los engañen los falsos Cristos; pero ciertamente no se dirige a los discípulos que en ese momento lo rodean, sino a los cristianos futuros, especialmente a nosotros, que estamos pisando los umbrales del Apocalipsis.

Así, pues, no sólo no les está vedado a los católicos el inquirir si en los sucesos contemporáneos se advierten los signos precursores del final; sino que *les está mandado expresamente*: así como sabéis discernir por los brotes de la higuera cuándo el estío está próximo, aprended a discernir las señales del fin del mundo, para que nadie os engañe.

Lo que prohíbe el canon antes citado del Concilio de Letrán es prefijar el día de la aparición del Anticristo y enseñarlo desde la cátedra y no, ciertamente, anunciar o temer la inminencia su llegada.

En diversas ocasiones, los Papas mismos lo han hecho.

Recordemos a Pío XI, que en encíclica *Divini Redemptoris* (19 marzo de 1937), *cree advertir* en época actual los síntomas anunciados por San Pablo como señales infalibles del fin del mundo.

Dice así el insigne Pontífice:

«Por primera vez en la historia asistimos a una lucha, fríamente calculada y prolijamente preparada del hombre *contra todo lo que es divino*» (II Thess. ; 2, 4).

El mismo Pontífice, en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, ante la persecución a las ideas religiosas en Rusia, México, España, nos habló así: «Espectáculo de tal manera afligente que, se podría descubrir en él la aurora de ese comienzo de los dolores que debe traernos al Hombre de pecado…

León XIII, Pío X y Benedicto XV en diversas encíclicas han hablado igualmente, con el sentido de que se aproximan los últimos tiempos. Limitémonos a reproducir algunas líneas de la primera encíclica de Pío X (1903) en la cual demuestra su paternal inquietud.

«¿Podemos ignorar, venerables Hermanos, la enfermedad tan profunda y tan grave que aflige a la sociedad humana, más que en tiempos pasados? Esta enfermedad es el abandono de Dios y la apostasía.

«Quien pesa estas cosas tiene el derecho de creer que tal perversidad de los espíritus sea el comienzo de los males anunciados para el fin de los tiempos...».

El que Papas santos y sabios crean descubrir las clásicas señales de la aparición del Anticristo, es prueba de no ser ilícito el escudriñarlas ni inoportuno el creer que se avecina el terrible suceso.

La prohibición de anunciar el día la llegada del Anticristo, puede parecernos extraña ahora, no acordándonos del estado espiritual de Italia y del mundo a principios del siglo XVI.

Las ardorosas prédicas del infortunado Savonarola habían suscitado una epidemia de falsos profetas, que fanatizaban a las multitudes, provocando terrores, disturbios y herejías.

Y aunque en los tiempos actuales un predicador católico no encuentre en los pueblos tanta credulidad como encuentra para sus promesas o sus patrañas

cualquier demagogo, debe atenerse a lo dispuesto por aquel Concilio, que al prescribir ésta regla de conducta, cita dos textos sagrados: las palabras de San Pablo: «No despreciéis las profecías.» (*I Thess*., 5. 20), y las de San Juan en su primera epístola: «No queráis creer a todo espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios, porque se han presentado en el mundo muchos falsos profetas».

Y nos da la prueba a que debemos someter a todos los que profetizan o tratan de estas materias, para averiguar si hablan inspirados por el Espíritu Santo o por el Diablo: «En esto se conoce el espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne, es de Dios…

«Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios (*I Joan*, 4. 2, 15).

Es decir: la fe en la divinidad Cristo es el quicio de la religión católica.

Toda boca que habla mucho de Dios pero alude o niega esta verdad cardinal es boca embaucadora y su espíritu no es de Dios.

El citado Concilio ordena que toda nueva profecía, antes de publicarse sea sometida al examen de la Iglesia

El que ella permita su divulgación no significa que le atribuya infalibilidad sino que no la considera perniciosa y que, por ende, los católicos son libres de comentarla y de creerla o no.

LA PROFECÍA

Tal ocurre con la más famosa de las profecías privadas, que indirectamente anuncian el fin del mundo: la que se atribuye a San Malaquías (1094-1148), arzobispo de Armagh (Irlanda), la « Profecía de los Papas ».

Es una serie de 111 lemas, con que se llama o designa a cada uno de los Papas, que, según su autor, faltan para el advenimiento de Pedro Romano, que será el último.

La serie empieza por Celestino II (1143), a quien individualiza con el terna de *Ex Castro Tiberis*.

Cada lema tiene un sentido simbólico, que durante siglos ha puesto a prueba el ingenio de sus comentadores, pues todos esconden, bajo la incomparable concisión del latín, una alusión categórica al nombre de familia del futuro

pontífice, a su escudo de armas, o a su país de origen, o a su carácter personal, o a las principales circunstancias de su reinado.

Es maravillosa la concordancia entre el Papa y el lema que viene a correponderle.

Hasta los diez Antipapas, elegidos por cónclaves ilegales, figuran en su lugar, con alusiones apropiadas.

Ex Castro Tiberis designa a Celestino II, originario de la ciudad de Castillo (Castello), sobre el Tíber, lo que es exactamente la traducción del lema.

El segundo Papa de la profecía, Lucio II, es anunciado como *Inimicus expulsus*, lo cual coincide con su nombre de familia, pues se llamó Caccianemici (expulsador de enemigos).

Clemente IV, predicho con las palabras *Draco depressus* (dragón vencido), tiene en su escudo de armas un águila oprimiendo a un dragón.

A Nicolás V, Antipapa, originario del país de Corbiére (Francia), le corresponde el expresivo lema: *Corvus schismaticus*. Y más gráfico aún el de otro Antipapa, el famoso aragonés Pedro de Luna, que era cardenal de Santa María in Cosmedin y tenía en su escudo una media luna volcada: *Luna cosmedina*.

El que le sigue es otro Antipapa, Clemente VIII, español, canónigo de Barcelona: *Schisma Barcinonun* (el Cisma de los barceloneses).

No hay un solo lema que se pueda censurar por incongruente con los datos del Papa aludido, aunque muchos sean obscuros como todo enigma y la correspondencia consista en alguna circunstancia que a las veces puede parecernos trivial.

A pesar de eso, muchos autores se han levantado contra la profecía de San Malaquías. Dicen de ella que es apócrifa y que fué fraguada por un falsario, hacia 1590, a raíz de la muerte de Urbano VII, para que el cónclave eligiese Papa al cardenal Simoncelli, pues el primer lema vacante era *Ex antiquitate urbis*, lo que parecía designarlo claramente, por ser nativo de Orvieto (Urbis vetus, o la ciudad antigua).

Digamos de paso, que el cardenal Simoncelli no fué elegido, sino el cardenal Sfondrate, que luego adoptó nombre de Gregorio XIV y a quien, por ser de una antigua familia y, además, senador e hijo de senador (*senex*) le corresponde sin violencia un lema que alude a la antigüedad de alguien en ciudad natal: *Ex antiquilate urbis*.

Desde luego, el no haber resultado elegido aquel cardenal en cuyo favor dicen que se inventó la pieza, afloja especioso argumento de sus detractores o sea que

la profecía se fraguó para hacerlo elegir. Una vez fracasado su objeto habría debido caer en justo olvido mas no fué así.

El padre Menestrier (jesuita), que es el autor de esta crítica, se funda especialmente en que la profecía atribuida a San Malaquías sólo se conoce impresa desde 1595, divulgada por la obra del benedictino Arnoldo de Wion, *Lignum Vitae* (1595).

El padre Menestrier no acusa de falsario al padre Wion, pero sí de víctima de un embaucador, por haber recogido aquella falsedad. Su implacable crítica ha sido copiada en todos sus detalles, de primera o segunda mano, por cuantos autores han tratado el tema. Después de él, nadie ha agregado ningún argumento a los que él esgrimió. Él mismo no había aportado ningún testimonio o documento que probara sus asertos. Sólo conjeturas y sarcasmos.

Sostiene el padre Menestrier que los lemas atribuidos a los Papas anteriores a 1590 (fecha supuesta de la fabricación de la profecía), les caen perfectamente, pero que los lemas de los posteriores son otros tantos desatinos.

Así, pues, el acierto que acabamos de comprobar no tendría nada de sobre natural, porque los Papas y Antipapas que hemos citado son anteriores a 1590. Al autor de la profecía le bastaba conocer la historia, para atribuir a cada uno un lema que le viniese al pelo.

El padre Menestrier escribía en 1689, o sea un siglo después de la fecha que atribuía a la obra que él criticaba: y estaba en condiciones de examinar las circunstancias de doce Papas posteriores a ella. Nosotros, más afortunados que él, podemos extender el examen a 19 más de los que él alcanzó, y con mayor razón aquilatar los motivos del renombre de que esta profecía gozó a través de tantos siglos, aun suponiendo que no sea ni de los tiempos, ni obra de San Malaquías.

Treinta y un Papas posteriores a la fecha cierta e indiscutible de su publicación son, efectivamente, un número bastante grande como para juzgar de su inspiración profética.

Dejemos de lado a los Papas anteriores a 1590. Pero desde allí, en adelante, sólo un profeta podía acertar con las características principales de los pontificados que para él, en 1590, eran todavía futuros.

Tomemos uno de ellos, diez años posterior a la publicación de la profecía: León XI (1605), al cual se le anuncia con estas palabras: *Undosus vir*.

¿Puede decirse que sea inadecuado o extravagante el comparar con la onda, inquieta y pasajera, a un Papa cuyo reinado sólo había de durar 27 días? ¿No podríamos decir mejor que era un acierto prodigioso anunciar anticipadamente,

con una imagen perfectamente lógica, lo fugitivo de aquel pontificado que pasaría como una onda?

Otro, treinta años posterior, Urbano VIII (1623-1644), al cual se le señala con este lema extraño: *Lilium et rosa* (lirio y rosa), que el padre Menestrier y los que han copiado casi al pie de la letra sus sarcasmos encuentran chocante.

Y, sin embargo, ¿de qué manera podría caracterizar mejor a un pontífice que presencia con dolor, como fruto la política de Richelieu para abatir poder de Austria católica, la alianza inconcebible entonces, de la Inglaterra protestante con la Francia, hija mayor de la Iglesia, mediante el casamiento del rey Carlos I de Inglaterra con María Enriqueta de Francia, lo cual significó reunir en una sola familia las rosas anglicanas del escudo de los York con lo lirios católicos del escudo de los Borbones.

Alejandro VII (1655-1667), señalado como el centinela o guardián de los montes (*Montium custos*), dió el golpe mortal a los jansenistas, que para prolongar, no ya su vida, sino su agonía, injertaron su espíritu en otra vergonzante herejía: el galicanismo.

Galicanos y jansenistas, partidarios de una iglesia francesa, abuelos de los liberales regalistas del siglo XIX, llamaban «ultramontanos» a los partidarios íntegros del Papa, que aparecía como atrincherado «más allá de las montañas», detrás de los Alpes, símbolo de la pura doctrina católica. El lema, pues, de Alejandro VII, guardián de las montañas, en el simbólico lenguaje de la profecía, no puede ser más apropiado.

Clemente X (1670-1676) nació en Roma un día en que el Tíber había inundado el barrio de su casa y estuvo a punto de arrebatar su cuna. Su nodriza lo salvó.

La profecía lo anuncia con este lema, *De Flumine magno*, que significa: *Del gran río*, es decir, procedente.

Inocencio XI (1676-1689). Este Papá lleva en la profecía el lema de Bellua insatiabilis (la fiera insaciable).

Su reinado se caracteriza, aparte de sus luchas contra los mahometanos que fueron definitivamente vencidos con su ayuda (1683), por. su dolorosa resistencia contra el galicanismo, el perverso espíritu liberal que invadió Francia y llegó a contaminar a ilustres figuras del clero, entre ellos al gran Bossuet.

El galicanismo dió origen a gravísimos errores que inficionaron la política de muchas naciones, inclusive la nuestra (regalismo) y que han ido creciendo a medida que han ido devorando concesiones: fiera insaciable, contra la cual luchó, mas a la que no logró vencer Inocencio XI.

Benedicto XIII (1724-1730). Estamos en el siglo XVI. Los filósofos arrecian su persecución en nombre de la razón y de la filosofía; y tienen por aliada a la política de los reyes, que anhelan esclavizar o por lo menos encerrar en las sacristías y privar de influencia en la sociedad a la Iglesia de Cristo.

Contra esa campaña se alza Benedicto XIII en defensa de sus derechos de Papa y de católico; y como un modelo de lo que debe ser el sacerdote en frente de los gobiernos impíos, levanta la figura de su lejano predecesor Gregorio VII, cuya lucha contra el emperador Enrique IV de Alemania, será eternamente gloriosa. Benedicto manda insertar en el Breviario, y en el Misal, en el día 25 de mayo, el oficio de San Gregorio, que pone de manifiesto estas memorables luchas por la libertad de la Iglesia.

Semejante disposición es considerada en Francia como una ofensiva contra los pretendidos derechos de los reyes. Algunos obispos se niegan a acepta ese oficio, y el Papa los condena.

La batalla fué brava y victoriosa y caracterizó el reinado de Benedicto XIII a quien la profecía llama: *Miles in bello*, o sea: soldado en guerra.

Abreviemos la enumeración y lleguemos de una vez a los Papas modernos que no conoció el padre Menestrier, cuyos lemas son de una maravillosa exactitud. Pío VI, el Papa de la Revolución Francesa, es anunciado como un peregrino apostólico: *Peregrinas aposlolicus*.

Hacía siglos que los Papas no se alejaban de Italia. Pío VI rompe la costumbre, y para arreglar los asuntos de la iglesia con José II emperador de Austria, emprende el viaje a Viena, empresa larga y ruda para aquellos tiempos (1782). La Revolución Francesa invade Italia, y el pontífice es conducido a Francia, entre una escolta soez de soldados con la escarapela roja, larga y penosa peregrinación para un viejo de 81 arios, que no alcanza a llegar a París, pues muere en Valencia (Delfinado). ¿Estas arduas y penosas peregrinaciones apostólicas no justifican su lema?

Lo sucede Pío VII, el Papa que coronó a Napoleón. Es bien sabido que éste pagó con negra ingratitud tan alto honor: aprisionó al Papa, lo humilló de muchas maneras y lo despojó de sus dominios, que entregó a su hijo, a quien llamó Rey de Roma.

El pobre aguilucho, *l'Aiglon*, según el poeta Rostand, no llegó a ceñirse la corona arrebatada al Papa.

El Águila rapaz, que fué su padre, abatía su último vuelo sobre el peñón de Santa Elena, donde iba a morir.

¿De qué símbolo se vale San Malaquías para anunciar a este Papa, aprisionado por Napoleón? De dos palabras tremendamente expresivas: Aquila rapax, el Águila rapaz.

El padre Menestrier se había mofado de la profecía, encontrando irrespetuoso e inconveniente el que se llamara a un Papa «Águila rapaz».

Pero es que en este lema como en muchos otros, el símbolo no se refiere directamente a la sagrada persona del Papa, sino a una circunstancia de su reinado : al hecho de haber sido víctima inocente de aquel orgulloso emperador que adoptó por emblema de su gloria al Águila.

Viene en seguida León XII (1823-1829), bajo cuyo reinado se desarrollan, en forma que espanta, las sociedades secretas, la masonería, los carbonarios y sus sectas innúmeras.

El lema de ese Papa es el Perro y la Serpiente (*Canis et coluber*). El guardián y el enemigo oculto.

Pío VIII (1829-1830), anunciado simplemente como un varón piadoso (*Vir religiosas*), no reina sino pocos meses y no alcanza a dar al mundo más que una encíclica sobre errores modernos en materia religiosa, especialmente la indiferencia.

Gregorio XVI (1831-1846), su sucesor, es un monje camandulense que, aun siendo Papa, conserva la austeridad de su Orden, fundada por San Romualdo en Balnes (Etruria). Y bien, la profecía anuncia a Gregorio XVI, siglos antes de su advenimiento, con esta leyenda: *De Balneis Etruriae*, que se traduce: procedente de Balnes en Etruria.

Adviene Pío IX (1846-1878). Su reinado es una reñlida batalla contra los enemigos de la Iglesia, especialmente contra Víctor Manuel II, rey del Piamonte, quien concluye arrebatándole todos sus estados, para coronarse rey de la Italia unida.

Sabido es que la dinastía de Saboya, a la que pertenece Víctor Manuel, ostenta en su escudo de armas, como signo de su antigua religiosidad, una gran cruz blanca, que se perpetúa en el actual escudo italiano. Cómo anuncia el profeta la historia de Pío IX. Otra vez nos hallamos ante una frase corta, expresiva, simbólica, pero resplandeciente de sentido y precisión: el lema de Pío IX es : *Crux de cruce* (la cruz que proviene de la cruz), o sea, la tribulación causada por una cruz.

Con el transcurso de los siglos y en presencia de tan pasmosas concordancias, la profecía de San Malaquías ha ido acreditándose a tal punto que siempre que se va a elegir un nuevo Papa se recuerda el lema que le corresponde y se hacen. mil conjeturas. La Iglesia conoce, y nunca ha desaprobado estos comentarios, aunque a menudo fueran hechos por personas allegadas a ella y en periódicos romanos.

Cuando murió Pío IX se comentó mucho el Lumen in cælo, que anunciaba al próximo Papa.

Elegido León XIII (1878-1903), se encontró que en verdad hacía honor a la profecía por su genio de estadista y el esplendor de sus doctrinas. Y no dejó de advertirse, para mayor acierto, que el escudo nobiliario del cardenal Pecci, que fué León XIII, representa un cometa brillando en lo alto del cielo (*Lumen in cælo*).

Al fulgurante León XIII le sucede el humildísimo y piadoso José Sarto (1903- 1914), Pío X, que el mundo católico no tardará en venerar en los altares, tan ardientes fueron su caridad y su fe. Verdadero serafín, abrasado de amor hacia la Sagrada Eucaristía, Pío X exhortó a los fieles a comulgar diariamente y quiso que los niños lo hicieran desde la más tierna edad. ¿Con qué símbolo predice la Profecía de los Papas a este santo de nuestros tiempos, que murió de dolor en las primeras semanas de la conflagración mundial? Con el símbolo con que la Iglesia presenta siempre la extrema piedad: el fuego. Pío X es anunciado como fuego ardiente (*Ignis ardens*).

Le sucede el Papa de la gran guerra, Benedicto XV (1914-1922), en cuyo tiempo los pueblos cristianísimos se entregarán a la más salvaje matanza que hayan presenciado las estrellas.

Treinta millones de muertos en la cristiandad atestiguan la impresionante verdad de la leyenda que le correspond: *Religio depopulata* (la religión o sea la cristiandad despoblada).

Y llegamos al Papa gloriosamente reinante en nuestros días, el cual, merced a su confianza en Dios y a su intrepidez ha podido negociar, mano a mano, con otro hombre, digno partner suyo, el tratado de Letrán, que a él le devuelve una parte de sus dominios temporales, y sobre todo su jerarquía de rey en el corazón de Italia misma, y a la Iglesia toda su eficiencia en la legislación de aquel pueblo[38].

«El que arregle la cuestión romana, — decía Cavour —, será el más grande estadista del siglo». Pío XI lo ha hecho, y con ello demuestra el acierto del lema que le corresponde: *Fides intrépida*, osea la fe que no terne a nadie sino a Dios.

La portentosa exactitud con que durante siglos ha venido realizándose la Profecía de los Papas aguza nuestra curiosidad de saber lo que anuncia para después de *Fides intrépida*.

Solamente seis Papas le sucederán, incluso Pedro Romano, que será el último, ya en los umbrales del juicio final, y un probablemente Antipapa.

La profecía llama al sucesor de Pío XI el Pastor Angelical (*Pastor Angelicus*).

---

38 Esto se escribía en 1936.

En estos momentos hay un cardenal en quien, parece que se concentrarían todos o casi todos los votos del cónclave, si hubiera de realizarse una elección: él cardenal Pacelli[39].

Buenos. Aires lo conoce. Lo ha visto en inolvidables jornadas, y conserva de él la impresión de que si fuese elegido, no desmentiría su lema. Además, la etimología de su nombre (Pacelli) sugiere la idea de un Pacificador y también la de un Apacentador (Pastor).

Después de él vendrán los siguientes:

Pastor et nauta (Pastor y navegante).

Flós florum (Flor de flores).

De medietate lunae (De la media luna). (¿Antipapa?).

De *labore solis* (Del trabajo del sol).

De gloria olivæ (De la gloria del olívo). (d Un judío convertido ?)

Petrus Romanus (Pedro Romano, Pedro II).

Seis pontífices más, y Roma será destruida, y el terrible Juez (Nuestro Señor Jesucristo) juzgará el mundo.

LA GLORIA DEL OLIVO

En el Evangelio se anuncian como seriales del fin de los tiempos dos hechos que antes y necesariamente deben ocurrir:

La predicación universal de la doctrina cristiana y la conversión en masa de los judíos.

1° «Y este Evangelio será predicado en el inundo entero, en testimonio para todas las naciones. Y entonces vendrá el fin» (*Matth.*, 24. 14).

2° El mundo presenciará la conversión en masa de los judíos: « No quiero que ignoréis, hermanos míos, este misterio: que una parte de Israel ha caído en la

39 No hay para qué decir que esta esperanza transformóse tres años después en magnífica realidad, habiendo sido electo Papa el cardenal Pacelli en uno de los cónclaves más rápidos de la historia, contra la expectativa de las agencias noticiosas, que hasta el último instante demostraron a sus creyentes del mundo entero que Pacelli, por ser Secretario de Estado del Papa muerto, nunca sería elegido su sucesor. ¡Maravilloso acierto telegráfico!

obcecación hasta tanto la plenitud de las naciones haya entrado. Entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito: De Sión saldrá el libertador que desterrará de Jacob la impiedad» (*Rom*., 11. 25, 26).

Con respecto al primer texto diremos que allí no se anuncia que el Evangelio será «aceptado» por todas las naciones, sino «predicado» en todas. Y si algo no puede discutirse es que los misioneros católicos han penetrado ya en todos los rincones de la tierra para hacer efectivo el mandato del Divino Maestro: «Id y enseñad a todas las gentes». Habrá quienes no aceptarán el Evangelio, aunque lo conozcan. Esta probabilidad se prueba con las palabras del Señor: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo mas el que no creyere será condenado.» (*Marc*., 16. 16). Por lo tanto, esa condición ya se ha cumplido, o poco falta.

El segundo texto predice la conversión en masa de los judíos, que no se muestra próxima, ni siquiera probable. Mas ella puede realizarse en pocos años, favorecida por la evidente cohesión que mantiene ese pueblo, aunque se encuentre disperso y como disuelto en todas las naciones.

Esta milagrosa vitalidad del pueblo judío, único de la remota antigüedad que sobrevive, está indicando los designios de Dios: Israel no puede morir, porque deben cumplirse en él las profecías, especialmente la que anuncia su conversión al catolicismo.

Nuestros libros santos están llenos de amenazas contra Israel, por su intolerable apostasía; pero también de promesas divinas para el día de su conversión, que anuncian como señal del fin.

De entre esos innumerables textos, uno de los más hermosos nos parece la profecía de Oseas.

El Señor, por boca de su profeta, rememora las traiciones de la nación judía, de cuyos hijos no tendrá compasión «porque ya no es mi esposa, ni yo soy su esposo», pues se ha ido en pos de otros amantes.

Mas de pronto, como si se enterneciera ante los recuerdos y las imágenes del inmortal amor, exclama así: «Pero con todo, después yo la acariciaré y la llevaré a la soledad y la hablaré al corazón.

«Y aquél será el día, dice el Señor en que ella me llamará esposo suyo no me llamará más Baalí... Ni volverá a acordarse de los nombres de los ídolos.

«Y al que diga que no era mi pueblo le diré: Pueblo mío eres tú, y él dirá Tú eres mi Dios. (*Os*., 2).

« Porque los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sacrificios, sin altar, sin efod y sin terafines u *oráculos*.

«Y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo y de David su rey, y buscarán con temor al Señor y a sus bienes en el fin de los tiempos.» (*Os*., 3).

En la profecía de San Malaquías hay un lema que se relaciona con ello. El penúltimo Papa es señalado así: De la gloria del olivo (*De gloria olivæ*).

Ahora bien, el olivo es el símbolo con que las Sagradas Escrituras designan al pueblo de Israel, y el propio San Pablo, llama a los judíos «la oliva castiza».

Podemos, en consecuencia, colegir que San Malaquías o quienquiera que haya sido el inspirado autor de esta profecía pronostica que el penúltimo de 105 Papas será un judío convertido, o que en su época se verá realizada la magnífica promesa: « De Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señoor » (*Isaías*, 2. 3).

¿Un judío, por inexcrutable providencia divina recibiría la suprema dignidad de la tiara, y sería la gloria de su pueblo, la gloria del olivo? No faltarían entonces católicos que se escandalizaran, como se escandalizaron los judíos del tiempo de San Pedro, poco después de Pentecostés, al ver, con ese asombro egoísta, que siempre de-mostraron, la forma en que el Espíritu Santo había descendido sobre gentiles, que ni siquiera estaban bautizados.

«Y los fieles circuncidados o judíos, que habían venido con Pedro quedaron pasmados al ver que la gracia se derramaba también sobre los gentiles o incircuncisos». (*Act*., 10. 45).

Se producirá una situación semejante, pero al revés.

Entonces habrá católicos que se asombrarán de la ascensión a la fe de los judíos; y será el caso de recordarles una palabra de San Pablo, para que en lugar de entristecerse, se alegren: «Que si su cielito ha venido a ser la riqueza del mundo... cuánto más lo será su plenitud o restauración». (*Rom*., 11. 12).

En esos tiempos de la conversión do los judíos se realizará la más extraña de las promesas: que ellos, los últimos llegados a la Iglesia, guiarán al mundo en las cosas de la fe y de la doctrina, conforme a las palabras de Zacarías:

«Y vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones poderosas a buscar al Señor de los ejércitos y a orar en su presencia.

«Esto será cuando diez hombres de cada lengua y de cada nación cogerán a un judío, asiéndolo de la franja de su vestido, y le dirán: Iremos contigo porque hemos conocido que con vosotros está Dios». (*Zach*.; 8. 22. 23).

¿Y cuándo ocurrirá esto?

Pensamos que la conversión del pueblo de Israel, no ocurrirá antes sino después del Anticristo.

¿ Por qué así? Porque ellos, que habrán preparado con su política anticatólica los caminos para el advenimiento del enemigo de Cristo, lo recibirán con entusiasmo y lo adorarán corno a su Mesías.

Sólo el trágico y providencial desencanto que les causará la fulminante derrota del Anticristo por Cristo en su segundo advenimiento, les abrirá los ojos a la fe.

Entonces confesarán a Cristo. y lo y verán en carne propia:

«Escribas y fariseos... No me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor». (*Mattch*., 23. 39).

En el *Apocalipsis* (11. 13) se dice que después del martirio de Henoch y Elías, éstos resucitarán y subirán al cielo con gran asombro de las gentes, y al punto se producirá un terremoto que destruirá gran parte de la ciudad de Jerusalén, y matará a muchísimos de sus habitantes, y los que quedaren vivos se convertirán.

Por consiguiente, la conversión do estos judíos acontecerá después de ese martirio, el cual ocurrirá en las postrimerías del reinado del Anticristo, pues ambos santos habrán predicado durante 1260 días, coincidentes con los del hombre del pecado.

A mayor abundamiento recordemos las palabras del Eclesiástico, que anuncia cuál será la misión de Elías: «Tú estás escrito en los decretos de los tiempos para... restablecer las tribus de Jacob.» (*Eccl*. 48. 10).

Como Elías no aparece antes del Anticristo, se ve claro que este restablecimiento de Jacob, que significa la conversión del pueblo judío, no puede realizarse antes de esa fecha. No nos hacemos ilusiones : esta conjetura, no es la más corriente entre los exégetas.

Por lo general se piensa que la conversión de Israel se realizará antes del Anticristo.

«Los tiempos de la manifestación Anticristo, — observa el padre Allo — serán tiempos de apostasía. (*II. Thess*. 3. 1).

«No será entonces, por cierto... cuando los judíos sentirán la emulación de abrazar la fe. Hay que creer, pues, que la conversión de Israel tendrá lugar bien antes que después de la manifestación del hombre de pecado»[40].

A pesar de esta sabia interpretación nos sentimos más inclinados a la idea contraria: los judíos se convertirán después del Anticristo.

«Ciertos comentadores — dice el padre Gallois, interpretando el versículo 2 del capítulo 12 del Apocalipsis — han visto en esto la imagen del pueblo judío, que se convertirá al fin de los tiempos. No admitimos esta interpretación porque no solamente no se convertirán antes del advenimiento del Anticristo, sino que por el contrario se harán los discípulos de este impío, que será probablemente su compatriota y su falso Mesías, y sólo se convertirán una vez iluminados por su derrota y el triunfo de la Iglesia»[41].

La contradicción de los exégetas con respecto a la época del suceso, no afecta sino los accidentes de tiempo, sobre lo cual hay plena libertad de opinión.

Antes o después del Anticristo, ésa debe ser una de nuestras más fecundas esperanzas para no desalentarnos por muchas que sean nuestras derrotas, mientras llegue la victoria definitiva, o como lo dice San Pedro con expresión de insuperable belleza: «Hasta tanto que amanezca el día y la estrella de mañana nazca en vuestros corazones (*II. Petr.*, 1.19).

40 ALLO, L'Apocalypse et l'époque de le Parousie, en Revue Biblique, 1915, página 445.
41 GALLOIS (Aus.), L'Apocalypse de S. Jean, (Paris, Lethielleux, 1895), página 48.

II

LOS 111 LEMAS DE LOS PAPAS

Aunque se habla con mucha frecuencia de la profecía de San Malaquías, resulta raro hallarla completa en los libros corrientes, por lo cual consideramos de interés reproducirla. Nuestros lectores podrán admirar la condensación de esos 111 lemas, que en dos o tres palabras, sin un solo verbo, conforme al genio de la lengua latina, encierran la fisonomía de un Papa, o de una época. Oscuros y de difícil interpretación a veces, nos dan la impresión de que todavía no hemos hallado la clave para descifrar algunos de ellos; pero otras veces su claridad es asombrosa e innegable el acierto de aquél pronóstico formulado con anticipación de siglos.

innegable el acierto de aquel pronóstico formulado con anticipación de siglos. El padre Wion, al publicar por primera vez la profecía en su obra *Lignum Vitae*, la encabeza de este modo:

«Él escribió (San Malaquías) algunos opúsculos. Yo hasta hoy, no conozco más obra suya que cierta profecía sobre los Soberanos Pontífices. Como es corta y no ha sido impresa todavía, que yo sepa, y como muchos desean conocerla, reproduzco aquí su texto».

El tenor de esta declaración, proveniente de un sacerdote severo y famoso investigador, excluye toda sospecha do que nos hallemos en presencia de un impostor, capaz de fraguar un documento y de ofrecerlo a nuestra credulidad.

Es seguro que el padre Wion creyó en la autenticidad de la pieza atribuida a San Malaquías, y esta creencia ya os suficiente garantía de que se trataba de un documento acreditado y antiquísimo.

Cualquiera que tenga un poco de experiencia de estos asuntos, se da cuenta de que es absolutamente imposible hacer que un documento escrito hoy pueda ser tenido por viejo de cuatrocientos anos. El papel, la tinta, el carácter de la escritura no se falsifican tan fácilmente; y en aquellos tiempos no había ni siquiera interés en hacerlo.

Si el padre Wion, en 1595 exhumó como auténtico el original de la profecía, es decir, creyó de buena fe que databa de varios siglos atrás, es porque su aspecto no le suscitó ninguna sospecha; o dado que le presentasen una copia, la aceptó

porque le mereció entera seguridad su procedencia. Lo cual en el peor de los casos, significa que aunque no fuese de San Malaquías, tratábase de una pieza antiquísima, cuya fama nacía de que se venía comprobando desde mucho atrás el asombroso cumplimiento de sus anuncios.

La profecía contiene 111 lemas, de los cuales, diez corresponden a Antipapas, que fueron: Víctor IV, Pascual III, Calixto III, Nicolás V, Clernente VII, Benedicto XIII, Clemente VI, Alejandro V, Juan XXIII, Félix V

Se ha argumentado en contra de la inspiración de la profecía por esto de mezclar a los Antipapas con los Papas legítimos, afirmándose que nunca un profeta, inspirado por Dios, habría cometido semejante error.

Digamos que, aunque los mezcla no los confunde y a varios los señala con su característica de cismáticos.

Cuando un Antipapa ha usado un nombre que posteriormente un Pontífice legítimo ha vuelto a usar, la Iglesia no tiene en cuenta el número que junto al nombre se asignara el Antipapa; y vuelvo a repetirlo, como si éste no hubiera existido. Tal ocurre con los Antipapas que ligaran en la profecía:

Calixto III (año 1168);
Clemente VII (año 1378);
Benedicto XIII (año 1394);
Clemente VIII (ario 1424).

Sus nombres y sus números han sido usados posteriormente por Pontífices legítimos. Exceptúase a Alejando V, que no se repitió, habiendo habido, después, otro Alejandro, el cual, respetó el número que se asignara el otro. Esto se debió sin duda a que Alejandro V, elegido Papa por el Concilio de Pisa y reconocido como tal por gran parte de Europa, estuvo de buena fe en un trono usurpado, porque circunstancias especiales le impidieron a él conocer la verdad, y que el legítimo Pontífice era Gregorio XII.

Los Papas legítimos que usaron mismos nombres y números fueron;

Calixto III (1455-1458);
Clemente VII (1523-1534);
Clemente VIII (1592-1605);
Benedicto XIII (1724-1730).

Los nombres de los otros Antipapas, entre ellos el de Juan, que tanto se había usado, pues alcanzó al número 22 nunca más se han repetido.

Por otra parte, aunque los Antipapas fueron soberanos ilegítimos, ocupan lugar importante en la historia eclesiástica, y así como ésta los menciona, los deja de lado la profecía.

Otra objeción contra ella se funda que algunos lemas parecen indignos grotescos. Así, por ejemplo:

Dragón vencido (Ciernente IV);
Hombre serpiente (Gregorio X):
Rernendón de Ossa (Juan XXII);
Buey que pastea (Calixto III);
Fiera insaciable (Inocencio XI);
Animal rural (Benedicto XIV);
Oso veloz (Clemente XIV);
Águila rapaz (Pío VI);
Perro y serpiente (León XII).

Si estos lemas se refiriesen a la persona misma del Pontífice, en efecto serian irreverentes; pero no es así, pues aluden a circunstancias de la época en que se desenvolvió el reinado del Papa o a detalles de su escudo de armas. Explicaremos sólo algunos, para no extendernos demasiado.

Por ejemplo, Dragón vencido es la divisa que Clemente IV (1265-69) dió, al partido güelfo, que lo apoyaba en las luchas políticas de Italia. La profecía ha tomado en cuenta este hecho significativo de la época y lo ha puesto de relieve.

Hombre serpiente: Gregorio X, se llamaba Teobaldo Visconti (1271-76) tuvo dos escudos de armas: los Visconti, una serpiente devorando a un niño; y el que usó siendo Papa, un muro almenado.

La profecía se refiere al escudo de familia, y simboliza también la astucia, la habilidad política de Gregorio X, trabajó tesoneramente por reconciliar a los güelfos con los gibelinos.

Remendón de Ossa: Juan XXII (13I6-24) era hijo de un zapatero remendón, oriundo de Ossa...

Aguila rapaz: Pío VII (1800-23) fue despojado de sus dominios y lleva prisionero a París, por Napoleón, acá aquella águila rapaz que paseó su vuelo clavó sus garras imperiales en la carne de todos los pueblos de Europa, y tomó por símbolo el *águila*. El lema no es irreverente, pues se refiere a Napoleón.

El Perro y la Serpiente: León XII (1823-29). En su tiempo se agravó el poder político de la masonería, que socavaba el trono pontificio, con la astucia de una serpiente. El Papa, vigilante como un perro guardián, denunció el peligro y

condenó a las sociedades secretas con una bula solemnísima. Tal fué su misión y las características de su reinado.

He aquí las 111 divisas de la profecía de los Papas:

1. *Ex castro Tiberis* (De un castillo del Tíber) Celestino II (1143-44).
2. *Inimicus expulsus* (Enemigo expulsado) Lucio ll (1144-45).
3. *Ex magnitudine montis* (De la grandeza de la montarña) Eugenio III (1145-53).
4. *Abbas suburbano* (Abad del suburbio) Anastasio IV (1153-54).
5. *De rure albo* (Del campo blanco) Adrián IV (1554-59).
6. *Ex tetro carcere* (De una tétrica prisión), Víctor IV (1159-64) Antipapa.
7. *Via transtiberina* (Camino del otro lado del Tíber), Pascual III (1164-70) Antipapa.
8. *De Pannonia Tusclæ* (La Panonia a la Toscana), Calixto III (1170-77) Antipapa.
9. *Ex Ansere custode* (Del ganso guardián), Alejandro III (1159-81).
10. *Lux in ostio* (Luz en la puerta) Lucio III (1181-85).
11. *Sus in cribro* (Cerdo en barro), Urbano III (1185-87).
12. *Ensis Laurentii* (Espada de Lorenzo), Gregorio VIII (1187).
13. *De Schola exiet* (Saldrá de la escuela), Clemente III (1187-91).
14. *De rure bovensi* (Del campo de los bueyes), Celestino III (1191-98).
15. *Comes. signatus* (Compañero señalado), Inocencio III (1198-1216).
16. *Canonicus ex latere* (Canónigo intimo), Honorio III (1216-27).
17. *Avis ostiensis* (Pájaro portero), Gregorio.IX (1227-41).
18. *Leo Sabinus* (León de la Sabina), Celestino IV (1241).
19. *Comes Laurentius* (Compañero Lorenciano), Inocencio IV (1243-44).
20. *Signum ostiense* (La señal del Portero), Alejandro IV (1254-61).
21. *Jerusalem Campaniæ* (Jerusalén en la Campaña), Urbano IV (1261-64).
22. *Draco depressus* (Dragón vencido), Clemente IV (1265-69).
23. *Anguineus Vir* (Hombre serpiente), Gregorio X (1271-76).
24. *Concionator gallus* (Predicador francés), Inocencio V (1276).
25. *Bonos comes* (Buen compañero), Adrián V (1276).
26. *Piscator Tuscus* (Pescador toscano), Juan XXI (1276-77).
27. *Rosa composita* (Rosa compuesta), Nicolás III (1277-80).
28. *Ex telonio liliacei Martin*i (Del tesoro de Martín de lis), Martín IV (1281-85).
29. *Ex rosa leonina* (De la Rosa leonina), Honorio IV (1285-87).
3o. Picus inter estas. (Pico entre alimentos), Nicolás IV (1288-92).
31. *Ex eremo celsus* (De la ermita a lo excelso), Celestino V (1394).
32. *Ex undarum benedictione* (De bendición de las ondas), Bonifacio V (1294-1303).
33. *Concionatur patareus* (Predicador de Pataro), Benedicto XI (1303-04).
34. *De faciis aquitanicis* (De las bandas de Aquitania), Clemente V (1305-14).
35. *De sutore osseo* (Del remendón de Ossa), Juan XXII (1316-24).
36. Corpus schismaticus (Cuervo cismático), Nicolás V (1328-30) Antipapa.
37. *Frigidus Abbas* (Abad frío), Benedicto XII (1334-42).
38. *De rosa atrebatensi* (De la rosa do Arras), Clemente VI (1342-52).

39. *De montibus Pammachii* (De los montes de Pammaquia), Inocencio VI (1352-62).
40. *Gallus Vicecomes* (Visconti francés) , Urbano V (1362-7o).
41. *Novus de Virgine forti* (Renovado por una Virgen fuerte), Gregorio XI (1370-78).
42. *De cruce apostolica* (De la cruz apostólica), Clemente VII (1378-90, Antipapa.
43. *Luna cosmedina* (Luna de Comedin), Benedicto XIII (1394-1424) Antipapa.
44. *Schisma barcinonum* (Cisma de los barceloneses), Clemente VIII(1424-54), Antipapa.
45. *De inferno praegnanti* (Del infierno grávido), Urbano VI (1378-89).
46. *Cubus de mixtione* (Piedra desprendida del conjunto), Bonifacio (1389-1404).
47. *De meliore sidere* (De un astro mejor), Inocencio VII (1404-06).
48. *Nauta de ponto nigro* (Navegante del mar negro), Gregorio XII (1408-17).
49. *Flagellum Solis* (Castigo del sol), Alejandro V (1409-10), Antipapa.
50. Cervus Siren (Ciervo sirena), Juan XXIII (1410-17) Antipapa.
51. *Corona veli aurei* (Corona del velo de oro), Martín V (1417-31).
52. *Lupa caelestina* (Loba celestial), Eugenio IV (1331-47).
53. *Amator crucis* (Amante de la cruz), Félix V (1439-49) Antipapa.
54. De modicitate lunæ (De la pequeñez de la luna), Nicolás V (1447-55).
55. *Bos pascens* (Buey que pastea), "olixto III (1455-58).
56. D*e capra et albergo* (De cabra y albergue), Pío II (1458-64).
57. *De cervo et leone* (De ciervo y león), Pablo II (1464-71).
58. *Piscator minorita* (Pescador menor), Sixto IV (1471-84).
59. P*ræcursor Siciliae* (Precursor de sicilia), Inocencio VIII (1484-92).
60. *Bos albanus in portu* (Buey de Albano en el puerto), Alejandro VI (1492-1503).
61. *De parvo homine* (Del hombre pequeño), Pío III (1503).
62. *Fructus Jovis juvabit* (El fruto de Júpiter agradará), Julio II (1503-16).
63. *De craticula politiana* (De la parrilla de Politiani), León X (1513-21).
64. *Leo florentius* (León de Florent) Adriano VI (1522-23).
65. *Flos Pilae Ægrae* (La flor de la esfera enferma), Clemente VII (1523-1534).
66. *Hyacinthus medicorum* (El jacinto de los médicos), Pablo III (1534-1550).
67. *De corona montana* (De la corona del monte), Julio III (1550-55).
68. Frumentum floccidum (Grano a punto de caer), Marcelo II (1555).
69. *De fide Petri* (De la fé de Pedro) Pablo IV 1555-59).
70. *Æsculapii Pharmacum* (El rernedio de Esculapio), Pío IV (1559-65)
71. *Angelus nemorosus* (Angel de los bosques), San Pío V (1566-72).
72. *Medium corpus pilarum* (El cuerpo medio de las esferas), Gregorio XII (1572-85).
73. *Axis in medietate signi* (Eje en medio del signo), Sixto V (1585-90).
74. *De rore coeli* (Del rocío del cielo), Urbano VII (1590).

Detengámonos aquí un momento, en este punto termina la serie de, Pontífices, que, según los contradictores dle esta profecía, fueron conocidos históricamente por su autor, quien la habría «fabricado» en 1590.

No tendría, pues, virtud alguna el haber preanunciado simbólicamente las características de muchos de ellos.

Su pretendida inspiración profética se limitaría a una abundante erudición y exacto conocimiento de la historia eclesiástica.

Aceptamos la objeción; pero convengamos en que a partir de este año, 1590, todo acierto que se descubra, ya no puede atribuirse a la erudición histórica del autor de las profecías, cualquiera que él haya sido, porque todos los Papas posteriores a esa fecha, eran futuros para él. Los que faltan para terminar la profecía son 37, hasta el figura sin lema y con la sola designación de Petrus Romanus, único ne historia eclesiástica que habrá repetido el nombre del Jefe de los Apóstoles.

De esos 37 Papas ya hay 32 que para nosotros pertenecen a la historia. Tanto como el acierto en los lemas de los Papas futuros, para el supuesto falsario, debe asombrarnos la oscuridad impenetrable de muchos correspondientes a Papas anteriores a 1590, que los impugnadores suponen eran pasados para él.

Si realmente eran pasados para él, debía conocerlos por la historia.

¿Corno explicar que si eran pasados y los conocía por la historia, forjase para ellos divisas tan enigmáticas e incomprensibles?

¿Qué quiere decir Sus in cribro (Cerdo en harnero), lema de Urbano III 185-87)?
Oscurísimo también y aparentemente arbitrario el de Clemente V (1305-14) De fasciis Aquitanicis (De las franjas de Aquitania).

Pero un falsario, al forjar la divisa de Clemente V, que abandonó Roma y trasladó la Santa Sede a Aviñón, nunca habría dejado de aludir a suceso de tanta magnitud, que se -denominó la segunda cautividad de Babilonia y dió ocasión al gran cisma de Occidente. ¿Que falsario hubiera renunciado a mencionar semejante acontecimiento, que caracterizaba más que ningún otro el reinado del Papa?

En cambio al lema del Papa que puso termino al destierro de la Santa Sede en Aviñón, Gregorio XI, no se le puede oponer igual reparo.

Novus de Virgine forti (Renovado por una Virgen fuerte) expresión obscurísima, resulta asombrosa por sentido simbólico, cuando se la examina a la luz de la historia eclesiástica.

Gregorio XI, elegido Papa en Aviñón, era francés y como tal fue decidido protector en el Sacro Colegio del partido que quería permanecer en aquella ciudad. Para robustecerlo más aún creó 17 cardenales franceses y sólo 5 de otras

nacionalidades. Esto desbarataba las esperanzas de los que ansiaban vuelta del Papa a Roma.

Pero una «virgen fuerte», Santa Catalina de Siena, transformó sus nativos sentimientos, incitándolo a regresar a la ciudad eterna. Son famosas las cartas de la Santa, llenas de vehemencia y de inspiración divina.

Gregorio XI se sintió conmovido por aquella voz profética, y desoyendo Ios consejos de los partidarios de Aviñón, volvió a instalar la Santa Sede en Roma.

El lema «renovado por una virgen fuerte», se aplica así adecuadamente a Ia historia de su pontificado.

Si hay algún Papa que por su carácter facilite a un impostor elaborar una divisa simbólica y fácilmente acertada, es Sixto V, de quien se refieren tantas leyendas.

Su pontificado de 1585 a 1590, coincidió con la época en que se habría fraguado la profecía.

Nada más fácil para el supuesto falsario que inventarle una divisa apropiada.

¿En cambio, que fin podía proponerse presentando a Sixto V bajo un lema incomprensible? *Axis in medietate signi*: eje en mitad del signo. El abate Maitre, que ha estudiado a fondo la Profecía de San Malaquías, dice al respecto: «Las leyendas no podrían ser la obra de un falsario, deseoso de hacer elegir al cónclave de 1590 un candidato de su gusto, y de explotar, con este fin la impresión que podría producir sobre el Sacro Colegio la profecía que el atribuía a San Malaquías: habría sido demasiado inhábil, para lograr ese propósito, dar al gran Papa Sixto V, que acababa de desaparecer, una divisa tan osbcura y de aplicación tan difícil. La misma observación podría hacerse a varias de las divisas precedentes, y en especial a la de Gregorio XIII. A lo menos, si este falsario, que se supo autor de las divisas, hubiera querido envolver sus invenciones con una oscuridad rnisteriosa, habría debido, para producir su efecto, darnos algún medio de descubrir sus secretas intenciones»[42].

Así, pues, a nuestro juicio, la mejor prueba de la inspiración profética de la discutida pieza, consiste no sólo en el acierto maravilloso de muchos lemas, posteriores en varios siglos a la fecha en que se publicó, sino también en el aparente desacierto de muchos otros anteriores a esa fecha.

De ser una impostura, no encontraríamos oscuro ni inadecuado ningún lema anterior a 1590, ni certero ninguno posterior.

42 Maitre, J.: Les Papes et la Papauté (Pane, Lethielleux, 1902), página 351.

Un impostor, por lo mismo que no es capaz de acertar lo futuro, no se resigna jamás a presentar lo pasado en forma tan incomprensible que por ello mismo se discuta su inspiración.

Y en cuanto al portentoso acierto de muchas divisas posteriores a 1590, es cómoda explicación atribuirlo a la casualidad: pero no es de buena lógica. La casualidad es una razón insuficiente, que se invoca cuando no se tiene otro mejor.

Prosigamos ahora la enumeración de las leyendas:

75. *Ex antiquitate urbis* (De la antigüedad de la ciudad), Gregorio X (1590-91).
76. *Pia civitas in bello* (La ciuda santa en guerra), Inocencio IX (1591).
77. Crux romulea (Cruz romana) Clemente VIII (1592-1605).
78. Undosus vit. (Hombre como una onda), León XI (1605).
79. *Gens perversa* (Gente perversa) Paulo V (1605-21).
80. *In tribulatione pacis* (En la tribulación de la paz), Gregorio XV (1621-23).
81. *Lilium et rosa* (Lirio y roma) Urbano VIII (1623-44).
82. *Jacunditas crucis* (Gozos de la cruz), Inocencio X (1644-55).
83. *Montium custos* (El guardián de los montes), Alejandro VII (1655-67).
84. Sidus olorum (Constelación de los cisnes), Clemente IX (1667-69).
85. *De flumine magno* (Del gran rio), Clemente X(1670-76).
86. *Bellua insatiabilis* (Fiera insaciable), Inocencio XI (1676-89).
87. *Poenitentia gloriosa* (Penitencia gloriosa), Alejandro VIII (1689-91).
88. *Rastrum in porta* (Rastrillo a la puerta), Inocencio XII (1691-1700).
89. *Flores circumdati* (Circundado flores), Clemente XI (1700-21).
90. *De bona religione* (De buena religión), Inocencio XIII (1721-24).
91. *Miles in bello* (Soldado en guerra), Benedicto XIII (1724-30).
92. *Columna excelsa* (Columna excelsa), Clemente XII (1330-40).
93. *Animal rurale* (Animal rural), Benedicto XIV (174o-58).
94. *Rosa Umbriae* (Rosa de Urnbría) Clemente XIII (1758-69).
95. *Ursus velox* (Oso veloz), Clemente XIV (1769-74).
96. *Peregrinus apostolicus* (Peregrino apostólico), Pio VI (1775-99).
97. *Aquila rapax* (Águila rapaz) Pio VII (1800-23).
98. *Canis et coluber* (Perro y serpiente), León XII (1823-29).
99. *Vir religiosus* (Varón religioso) Pio VIII (1829-30).
100. *De Balneis Etruriae* (De Balnes en Etruria), Gregorio XVI (1831-46).
101. *Crux de cruce* (La cruz por la cruz), Pio IX (1846-78).
102. *Lumen in cælo* (Luz en el cielo), León XIII (1878-1902).
103. *Ignis ardens* (Fuego ardiente). Pio X (1902-1914).
104. *Religio depopulata* (La cristiandad despoblada), Benedicto XV (1914-1922).
105. *Fides intrepida* (Fe intrépida), Pio XI (1922-1939).
106. *Pastor angelicus* (Pastor angelicus), Pio XII (1939-...).
107. *Pastor et nauta* (Pastor y navegante).
108. *Flos forum* (La flor de las llores).
109. *De medietate lunæ* (De la media luna) ¿Será un Antipapa?
110. *De labore solis* (Del trabajo del sol).

111. *De gloria olivæ* (De la gloria del olivo), ¿Conversibn general de los judios?

Último Papa. *Petrus Romanus* (Pedro romano). El único que habrá llevado por segunda vez entre los Papas el nombre del jefe de los Apóstoles.

III

LA PROFECÍA DEL MONJE DE PADUA

El profeta que anuncia los Papas que reinaran hasta el fin del mundo, se ha limitado a indicarlos con un lema.

Existe, como complemento de esta profecía, otra que, junto al lema del Papa, presenta el nombre que llevará en la historia de la Iglesia.

Se atribuye el curioso vaticinio a un monje de Padua, y quién lo publicó por primera vez afirmó que databa de 1740.

Es claro que si fuera indiscutible esa fecha, estaríamos en presencia de una maravillosa profecía.

Empero, y es justo declarar la verdad, la profecía del monje de Padua, que completa la de San Malaquías, no se conoce sino desde 1899; porque se publicó ese año en la *Revue Heraldique de Paris*, bajo la firma de M. Roger Listel.

En la Biblioteca Nacional de Buenos Aires poseemos, fichada bajo el n.º 502095, una copia fotográfica del artículo de dicha revista, cuya autenticidad es segura a partir de esa fecha (1899).

Reinaba entonces León XIII, que murió en 1902. Le han sucedido en el trono cuatro Papas, que el autor del vaticinio, cualquiera que fuese, no podía conocer, pues pertenecían al futuro.

Los Papas anteriores a esa fecha, todos han sido perfectamente indicados con los nombres que les correspondían adernás del lema.

Pero los Papas posteriores, que hasta ahora son cuatro, no lo han sido con el mismo acierto.

Dos de ellos si: Ignis Ardens, a quien llama Pio X; y Fides Intrepida, a quien llama Pio XI. Y así fue.

Se equivoca en Religio Depopulata, que llama Pablo VI, y que fue Benedicto XV; y en el actual Pontifice, Pastor Angelicus, al que llama Gregorio VII, y en realidad es Pio XII.

No carece, pues, de interés la pieza, no obstante estos dos evidentes errores, porque los compensan dos aciertos indiscutibles.

Cualquier valor que se le atribuya, consideramos interesante el reproducir aquí su texto. El porvenir dirá si sus aciertos son más o menos que sus equivocaciones.

Nos limitaremos a los Papas posteriores al año de 1899, puesto que su autenticidad anterior es muy dudosa.

«1. *Ignis Ardens.* Gobierna el Fuego Ardiente, el padre del pueblo de Roma. Gloria para siempre a nuestro señor Pio X.

«2. *Religio depopulate*. La cristiandad despoblada. He aquí la cristiandad despoblada y la raza crudelísima de Satan. Santísimo Padre Pablo VI. ¡Arriba la liga italiana!

(Evidente alusión al Fascismo y al Bolchevismo).

«3. *Fides intrepida*. He aquí la fe intrépida y la perversa matanza. La victoria santa es segura. Santísimo Papa Pio XI. Rey de Italia. Fe a los méritos, ciudad santa.

«4. Pastor angelicus. Tu eres el pastor angelical de Roma, o doctor benévolo, oh Padre indulgentísimo. Salve Gregorio XVII. Padre santísimo, Padre necesario.

«5. *Pastor et nauta*. Salve, santísimo Padre. Pastor y Piloto muy prudente del pueblo romano.

Nuestro Santo Padre Pablo VII. Ha velto, pues, la paz perfecta.

«6. *Flos florum*. He aquí a la flor de flores. He aquí al lirio coronando las virtudes de su patria y los hechos anunciados en el Señor. Nuestro santísimo Padre Clemente XV. Tú, Roma, su hija, venera a este Rey de paz.

«7. De medietate lunae. De la mitad la luna procede este Papa enviado a Roma por el Divino Doctor. Salud a nuestro amado Padre Pio XII, santísimo mediador, futura victima.

«8. *De labore solis*. Merced a un excelente trabajo del sol, la tierra alimenta el rebaño de un Pastor abnegado y santísimo.

«Nuestro santísimo Padre Gregorio XVIII, sacerdote admirable.

«9. *De gloria olivae*. ¡Que gran mensajero de paz, de la gloria del olivo del Señor!

«¡Oh, qué gran protector lleno de bondad! «León XIV, monarca enérgico, glorioso.

«10. *Pedro II*. En la última persecución de la santa Iglesia romana, reinará Pedro Romano, que apacentará sus ovejas en medio de numerosas tribulaciones.

«Pasadas estas, la ciudad de las siete colinas será destruída y el Juez terrible juzgará a su pueblo.»

Como ya esta profecía se ha equivocado anunciando un Pablo VI (que fue Benedicto XV) y un Gregorio XVII (que es Pio XII) habría que introducir una enmienda en el número de los Papas futuros que repetirían esos nombres. En consecuencia, si la profecía del monje de Padua hubiera de realizarse, los Papas futuros serian:

Pablo VI.
Clemente XV.
Pio XIII.
Gregorio XVII.
León XIV.
Pedro II.

Hacemos notar que aquí no se anuncia un gran Antipapa y si un mártir Pio XIII.

Desde Celestino II, el primero de los Papas anunciados en la profecía de San Malaquías, hasta Pio XII, han transcurrido casi ocho siglos, exactamente 796 años: de 1143 a 1939.

Descontando los diez Antipapas que se superponen a Papas legítimos, y sin considerar los breves periodos de vacancia de la sede apostólica, entre la muerte de un Papa y la elección del sucesor, tenemos que se han sucedido en esos 796 años, hasta Pio XII (que no entra en la cuenta, pues su feliz reinado comienza ahora), 95 Papas.

Corresponden a cada Pontífice, desde el siglo XIII, 8 años y 4 meses, promedio que es algo superior al que obtendríamos si calculásemos sobre la duración total de la Iglesia desde San Pedro a Pio XII.

Aceptando con los historiadores que San Pedro comenzó a reinar en el año 42[43], se deduce que el pontificado, hasta la muerte de Pio XI; ha durado 1897 años. Siendo Pio XI, según la cronología romana, el 263° Papa, resulta para cada Pontífice un promedio de 7 años, 2 meses y 18 días.

Empero, nada hay más inseguro que estas estadísticas.

Ha habido once Papas que no alcanzaron a reinar un mes.

43 ROCHBACHER: Histoire Universelle de L'Eglise Catholique, Paris, Vives, 1872, t. XV, pig. 195.

Y hubo cierto año, el de 1276, que llegó a conocer cuatro Papas: a Gregorio X, a Inocencio V, a Adriano V y a Juan XXI.

Otro año, el de 1590, conoció tres: A Sixto V, a Urbano. VII y a Gregorio XIV.

El Pontífice de más largo reinado ha sido Pio IX, que llegó a 31 años, 7 meses y 19 días.

Si la profecía de San Malaquías debiera curnplirse y no faltaran, en verdad, más que siete Papas (incluso el actual), aun atribuyéndoles un reinado tan largo como el de Pio IX, el segundo advenimiento de N. S. Jesucristo tendría lugar dentro de unos 220 años.

Pero si sólo hubieran de reinar lo que en promedio han reinado sus 263 antecesores, desde los días de San Pedro, o sea 7 años, 2 meses y 8 dias, la Parusía ocurriría dentro de medio siglo diez años antes del año 2.000.

¿Pero quién osará afirmarlo, cuando el Señor ha dicho: «No os corresponde a vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder»? (*Act.*, 1.7).

« Empero del día y hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo». (*Matth.*, 24. 36).

Ignoramos e ignoraremos la sazón en que estas cosas ocurrirán; pero sabemos que un día u otro ocurrirán, y por nuestra parte pensamos — y en esto la Iglesia nos da plena libertad que ese día no se halla tan lejano como generalmente se le imagina.

Y sabemos también que ese día vendrá como un ladrón nocturno.

«Lo que acaeció en el tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el día del Hijo del Hombre.

«Comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, pasta el día en que Noé, entró en el Arca y sobrevino entonces el diluvio que acabó con todos. (*Lucas.*, 17. 27). Y en otro pasaje del Santo Evangelio: «Como relámpago será también venida del Hijo del Hombre...

«Velad, pues, porque no sabéis a que hora ha de venir vuestro Señor». (*Matth.*, 24, 27, 42).

IV

PASTOR ANGELICUS

Guardémonos del escepticismo sistemático en que caen machos católicos, que, cual si quisieran hacerse perdonar la adhesión que prestan a los dogmas, afectan un artificioso desdén por toda manifestación sobrenatural, no sancionada por la Iglesia.

Hay innumerables profecías modernas que sin haber recibido esta suprema confirmación, merecen ser consideradas con respeto y estudiadas con interés.

Precisamente una de las características de la proximidad del juicio final sera Ia difusión del don de profecía.

El Señor ha dicho por boca del profeta Joel: «En los postreros días yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros mozos tendrán visiones y vuestro viejos revelaciones en sueños.» (*Joel*, 2, 28)

No queramos desdeñar sin examen desapasionado las profecías no canónicas. Muchas de ellas pueden ser, más a menudo de lo que nos imaginamos, verdaderas comunicaciones de Dios, cuya providencia nos envuelve en permanente atmósfera de milagro.

No sea que nuestra infatuación racionalista llegue a merecer el indignado apóstrofe del Señor por boca de Oseas: «¿No los he fatigado con mis profetas, asesinado con mis advertencias?» (*Oseas*, 6, 5.)

Parécenos que no hay estudio bastante digno de saciar el inconmensurable espíritu del hombre como no sea el que se refiere al origen y destino del mundo, por cuanto se concadena con su propio origen y destino.

Mas, para penetrar en la esfera alta y 0ibtalina de estos misterios, el espíritu necesita de dos alas: la humildad que abre el camino a la fe, y la fe, puerta de la revelación.

La Nación del 25 de diciembre de 1936 publicó un artículo nuestro comentando la antiquísima profecía de los Papas, atribuida a San Malaquías.

Cuando apareció dicho comentario, reinaba *Fides intrepida*, Pío XI, y entonces nos permitirnos indagar, según los lemas de la profecía, quién podría ser su sucesor. Y escribimos las siguientes líneas, que ahora nos complace reproducir:

«¿Qué se anuncia para después de Fides intrepida?

«La profecía llama al sucesor de Pío XI, el Pastor Angelical (*Pastor angelicus*).

«En estos momentos hay un cardenal en quien parece que se concentrarían todos o casi todos los votos del cónclave, si hubiera de realizarse una elección: el cardenal Pacelli.

«Buenos Aires lo conoce. Lo ha visto en inolvidables jornadas y conserva de él la impresión de que, si fuese elegido, no desmentiría su lema.

«Además la etimología de su nombre (Pacelli) sugiere la idea de un Pacificador y también la de un Apacentador (Pastor)».

Esto fué escrito en 1936. No dejaron, pues, de desconcertarnos las conjeturas que en vísperas del cónclave se hicieron respecto a sus resultados. Muchos acreditados corresponsales periodísticos echaron a rodar por el mundo una noticia desconsoladora: que el cardenal Pacelli no figuraba entre los papables, porque (aparte de otras razones) era práctica inveterada el no elegir nunca Papa al secretario de Estado del Pontífice recién fallecido.

A pesar de tales vaticinios, el cardenal Pacelli tenía de tal manera ganados los sufragios de todos los cardenales, que resultó elegido en el cónclave más rápido de los tiempos modernos. Lo cual demuestra que las vías de Dios, hasta cuando son más claras, permanecen ignoradas de los hombres más sagaces, como suelen ser los corresponsales de los grandes diarios.

Hace algunos años, al final de nuestro libro Oro, insertamos un interesante trabajo que nos había llegado de Cuba. Su autor, por vía de distracción, correlacionando diversos vaticinios que le merecían crédito, imaginaba la muerte de Pío XI en 1940, y un reinado extraordinariamente largo para su sucesor, Pastor Angelical, quien alcanzaría, según sus conjeturas, hasta el año 1990.

Píó XI ha muerto sólo un año antes de la época en que el autor de ese vaticinio le fijaba. Ojalá se equivoque en igual medida en lo que se refiere a su sucesor y pueda éste cumplir su largo reinado, que ha de ser de gran prosperidad religiosa.

Después de Pastor Angelicus, según San Malaquías, sólo habrá tiempo para seis Papas más, cuyos lemas son:

1° *Pastor et Nauta*. (Pastor y navegante). Parecería indicar un pontífice que viene del otro lado de los mares, americano tal vez.

2° *Flos florum*. (La flor de las flores). Lema incomprensible ahora.

3° De medietate lunæ. (De la mitad de la luna). Hay quien cree que o bien este lema significa que bajo el Papa así designado se producirá la confederación de los pueblos musulmanes (la Media Luna) contra los cristianos, o bien que será un Antipapa. El venerable Holzhauser es partidario de esta opinión.

4° *De labore solis*. (Del trabajo del sol). Lema obscuro actualmente.

5° *De gloria olivæ*. (La gloria del olivo). Como en las Sagradas Escrituras se designa con frecuencia al pueblo judío con la hermosa imagen del olivo, se interpreta que el Papa de este lema será un judío convertido, o que en su época se realizará la conversión en masa de Israel a Cristo, anunciada para las postrimerías del mundo o las vísperas de la Parusia.

6° *Petrus Romanus*. « En la última persecución de la Santa Iglesia Romana — dice el texto final de la profecía de San Malaquías — un romano llamado Pedro será elevado al pontificado. Apacentará el rebaño en medio de numerosas tribulaciones, las cuales terminarán, y la ciudad de las siete colinas será destruida y el Juez temible juzgará al mundo».

¿Qué crédito merecen estos augurios, que a pesar de su inmensa popularidad nunca fueron apróbados ni desaprobados por la Iglesia?

Cada cual présteles el que le parezca conveniente. Por nuestra parte, igualmente alejados de la necia credulidad que del fatuo escepticismo, bajo cuya máscara suelen ocultar singulares supersticiones muchos espíritus fuertes consideramos muy interesantes estas investigaciones.

No sólo no está prohibido por la Iglesia el arrojar algún rayo de la cruda luz de los tiempos presentes sobre el sombrío porvenir para encontrar motivos de esperanza o de penitencia, sino que está expresamente mandado por el Señor que nos fijemos en lo que vaya ocurriendo.

«Cuando estas cosas empiecen a producirse — dijo Él a sus discípulos, después de darles las señales del fin del mundo —, mirad y levantad la cabeza, porque vuestra redención está cercana». (Evangelio de la misa del primer domingo de Adviento).

¿Pero de qué modo podríamos advertir que las cosas pronosticadas por Jesús, «empiezan a producirse», si por sistema rechazamos toda indagación que parezca ligada a las profecías del fin del mundo?

En todos los tiempos, desde los primeros siglos de la Iglesia, ha habido seudo-profetas o alucinados que anunciaban para tal año o para tal día el nacimiento. del Anticristo, o la segunda venida del Señor. Fantasías y exageraciones que

hicieron algún daño en aquellas épocas en que el pueblo tenía una fe sencilla. Ahora el mayor peligro no es el exceso de fe en las profecías, sino la absoluta falta de fe de la gran masa del pueblo en todo lo que sea sobrenatural.

Por eso ha dicho el glorioso Pontifice Pío XI en su encíclica *Misserentissimus Redemptor*: «No podemos realmente dejar de pensar que parezca hallarse próximos los tiempos predichos por Nuestro Señor: A causa los progresos de la iniquidad se enfriará la caridad de muchos».

Y dado que el enfriamiento de la caridad — que acarrea el de la fe — es una de las señales del fin del mundo, conviene fijarse en esto como en en los brotes de la higuera, para saber si al verano está próximo.

En otra parte de este mismo libro hemos hablado de la relatividad con que hay que interpretar la idea de «proximidad», cuando se trata del fin del mundo.

Dios tiene medidas muy distintas de las que usan los hombres, y hay que desechar el vano pensamiento de controlar sus planes y sorprender en falla su palabra.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán» (*Matth*., 24. 35).

Ya el profeta Habacuc, haciéndose cargo de la impaciencia con que los judíos de la antigua ley escuchaban las profecías mesiánicas, que anunciaban el pronto advenimiento del Cristo, exclamaba seis o siete siglos antes de la Encarnación:

«Si tardare espéralo: que el que ha de venir vendrá y no se tardará» (*Hab*., 2. 3).

Y San Pedro en su segunda epístola comenta sarcásticamente la actitud de los que se burlan de las profecías, porque se imaginan que ya debieran haberse cumplido.

«En los últimos tiempos vendrán postores artificiosos, que andarán según sus propias conscupicencias.

«Diciendo: ¿Dónde está la promesa o venida de Él? Porque desde que los padres durmieron, todo permanece así como en el principio de la creación…

«Mas esto sólo no se os encubra, muy amados, que un día delante del Señor es como mil años y mil años como un día.

«No tarda el Señor su promesa, como algunos lo piensan: sino que espara con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia».(*II Petr*., 3. 3 y sig.).

V

CONJETURAS HASTA EL AÑO 2000

Dios ha querido que los hombres ignoren el día y la hora del fin del mundo, como ignoran el día de su muerte.

San Agustín ha dicho:

«Los sucesos del fin del mundo llegarán como han sido predichos, pero cuáles serán las circunstancias accidentales, y en que orden ocurrirán, son puntos que Dios no nos ha querido revelar de una manera clara, y sobre los cuales estarnos reducidos a conjeturas más o menos probables»[44].

La aproximación de ese tiempo revelará en los siguientes signos:

1° Predicación del Evangelio en todas las regiones del globo, porque eso es escrito. «Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo.., y entonces vendrá el fin». (*Matth*., 24. 14.)

2° Persecuciones contra los católico. y apostasía de muchos de ellos.

3° Aparición de herejías y cismas en la Iglesia.

4° Guerras en todas partes.

5° Perturbación de los elementos, terremotos, calamidades, pestes.

6° Conversión de los judíos, porque Moisés ha dicho: «Al fin de los tiempos, volverás al Señor, tu Dios.» (*Deuter*., 4, 30.) Y San Pablo: «Entono salvarse ha todo Israel, según está escrito: Saldrá de Sión el libertador, que desterrará de Jacob la impiedad.» (*Rom*.,. 11. 26.)

Pocos asuntos más dignos de indagación siempre que no se aborden con el insensato orgullo de penetrar los designios de Dios.

«El que intente sondear la majestad, será aplastado por la gloria.» (*Prov*., 25. 27.)

44 SAN AGUSTÍN, La Ciudad de Dios, libro yo, capítulo 20, capítulo 30.

A fines de febrero de 1934 recibí la carta, que transcribo a continuación, como una fantasía llena de interés.

. . . .

Habana, 5 de febrero de 1934.

Señor Hugo Wast.

Buenos Aires.

«Soy un simple delineante de planos, con una cultura rudimentaria; pero como hace años que me encuentro enfermo y no puedo trabajar, mi entretenimiento consiste en la lectura de libros de materia religiosa, que confortan mi espíritu y me ayudan a llevar la cruz que Dios me ha enviado.

«Estoy leyendo, aunque fragmentariamente, su interesante, amena y bien documentada vida de don Bosco; sobre todo he leído con mucho interés las páginas en que usted pinta a lo vivo las intrigas y luchas de masones y piamonteses para abatir el Pontificado.

«En la revista *San Antonio*, que dirigen en esta ciudad los padres franciscanos (que es donde se publica dicha vida), he leído la visión que tuvo San Juan Bosco la víspera de la Epifanía de 1870, donde ve un guerrero del Norte, que es detenido en su avance por el Papa, y también ve el triunfo de la Iglesia por mediación de la Santísima Virgen.

«Desde hace algún tiempo han ido cayendo en Mis manos un gran número de profecías, entre otras las famosas Nuestra Señora de la Saleta, San Malaguías y la Madre Rafols, y ahora ésta de San Juan Bosco; y he notado que todas coinciden en que, después de esta anarquía mundial que atravesamos actualmente, vendrá una era de paz y fervor religioso corno nunca se ha visto, que, a su vez, será precursora de la venida del Anticristo.

«Al ver la rara coincidencia de dichas profecías, se me ha ocurrido hacer, combinando una y otras, algunas conjeturas sobre los acontecimientos principales basta el fin del mundo.

«Si yo tuviera talento literario, cultura y salud suficiente intentaría escribir una novela sobre dicho asunto; pero como carezco de dichas dotes, me he tomado el atrevimiento de enviarle dichas notas, pensando que tal vez usted pudiera sacar partido de ellas.

«Si, al remitirle estos papeles, he acertado en mi intención, me congratulo de haberle podido prestar este pequeño servicio; pero si no es así, le ruego perdone por molestar su atención en asunto que, para usted, carece de interés.

« Reiterándole mi petición de perdón si he sido molesto al enviarle esta carta quedo de usted atentamente.

G. B.»

Habiendo leído lo que el autor do carta llama acertadamente «conjeturas» — y es bien precisar que esto sucedía a principios de 1934 —, hallamos gusto en ello, y las publicamos como apéndice de nuestro libro *Oro*.

Casi siete años después, encontramos siempre interesantes las notas de nuestro corresponsal cubano, y las reimprimimos en este opúsculo, en compañía de otros artículos que se refieren a asuntos análogos.

De más está decir, pues salta a la vista, que en muchos puntos las conjeturas ya se han demostrado equivocadas; pero en otros fueron certeras, y aún quedan algunas, que todavía están mi la mente de Dios.

OBSERVACIONES Y CONJETURAS SACADAS DE LAS DISTINTAS PROFECÍAS[45]

Años 1935 a 1940: Intensifícase en Alemania la lucha religiosa entre los partidarios de la iglesia nazi y los de la iglesia evangélica. Estos últimos, alarmados ante el intento de paganización del cristianismo, se muestran propicios a un acercamiento hacia Roma.

Hitler, de acuerdo con los nazis austríacos, inicia la anexión, violenta, del Austria a Alemania. Esto origina una guerra con Francia e Italia.

Los ejércitos alemanes invaden Francia e Italia, e Hitler llega victorioso al frente de ellos hasta las puertas Roma. Pío XI, *Fides intrepida*, sale a su encuentro y logra de él la paz.

También consigue su conversión y la de sus huestes.

Los protestantes alemanes partidarios de la iglesia evangélica se someten también a la obediencia del romano Pontifice. *Hitler se proclama emperador de Alemania*.

Muere Pío XI, y los cardenales reúnen en cónclave para elegir al sucesor. Hitler presiona a los cardenales para que elijan un Papa de su agrado; por éstos obran

45 Todas estas profecías son de autores católicos, sin mezcla alguna de astrología, espiritismo, etc.

independientemente, y entones Hitler les opone un Antipapa, a quien maneja a su antojo.

Hitler, ya señor de Europa, consigue el sometimiento de los cismáticos y protestantes del resto del continente al Antipapa. Los católicos españoles, italianos y parte de los franceses obedecen al verdadero Papa.

El rey de España, otra vez monarquía, con la ayuda del de Francia —que, por la impotencia de la república ante los invasores había proclamado la monarquía y del de Italia, sale en defensa de la verdadera Iglesia; pero cae prisionero de Hitler.

El rey de España, logra, milagrosamente, salir de su cautiverio, y con la ayuda de las restantes naciones europeas organiza un formidable ejército y vence a los alemanes. El Antipapa muere trágicamente. Hitler es derrotado. Estalla una revolución social, principalmente en los pueblos vencidos, pero los vencedores logran dominarla cruentamente. Simultáneamente una terrible epidemia azota a Europa y Asia[46].

Lo enemigos de la Iglesia perecen en gran número, tanto a manos de los venced°• res, como por la epidemia. Los ejércitos del rey de España conquistan a Jerusalén, uno de los principales focos de la revuelta ,

El Pontífice legítimo (Gregorio XVII), el Pastor Angelicus[47], con el sometimiento a su obediencia de todos los núcleos cristianos, reina sobre toda la cristiandad. Este Papa, de menos de 45 años, será de mucha virtud y energía.

1940 a 1941: iníciase una paz universal y un renacimiento y fervor religioso como no se ha visto nunca (el Reinado del Corazón de Jesús).

Aumentan sobremanera las vocaciones, florecen las órdenes religiosas, y los cristianos se lanzan con ardor, a la conquista para. Jesucristo, de los pueblos paganos. Las banderas de las naciones ostentan la insignia del Corazón de Jesús. En esta época se convierten, en su mayor parte, los paganos, mahometanos y, por último, los judíos.

El rey de España será un gran colaborador del Pontífice en la propagación del reinado de Jesucristo.

1966, 67 ó 68: Nacimiento del Anticristo en Keraseh, ciudad fundada por los judíos sionistas sobre el emplazamiento de la antigua Corazaín.

---

46 Así interpreto el huracán de que habla Don Bosco. Nuestra Sonora de la Saleta, dice : De improviso los perseguidores de la Iglesia de J cristo y todos los hombres dados al pecado perecerán. Entonces se hará la paz, la reconciliación de Dios con los hombres. Jesucristo sor servido, adorado y glorificado : la caridad flor florecerá en todas partes, y los hombres vivirán en el temor de Dios.

47 El nombre de Gregorio XVII aplicado Pontífice denominado *Pastor Angelicus* por San Malaquías, ha sido tomado del monje de Padua. Está equivocado, pues, *Pastor Angelicus*, actualmente reina bajo el nombre de Pío XII.

Fundación de una congregación religiosa, cuyos miembros vestirán tela de saco.

1971 ó 72: Invasión de Tierra Santa por los rusos.

1978 ó 77: Mortífera epidemia en Palestina, causa enorme mortandad en los rusos.

1979: Reconquista de Palestina por el rey de España, que establece su corte en Jerusalén.

1990: Aparición del Anticristo para iniciar sus conquistas. La capital de su incipiente reinado es Tell Houm..., la antigua Cafarnaún.

El rey cristiano es forzado a abandonar Jerusalén y trasladarse a España donde muere a poco de su llegada.

Este mismo año fallece el Pastor Angélico a los 95 ó g8 años, después de un pontificado de más de 50 años y de haber. visto la aparición del hijo de perdición[48].

1990 a 1996: Pontificados de Pastor Nauta (Paulo VI?) y Flos Florurn (Clemente XV?). El Anticristo prosigue, victorioso, sus conquistas.

1996 o 97: El Anticristo domina en todo el mundo. Probable aparición de un Antipapa, fiel instrumento del Anticristo.

1996 a 1999: Breves pontificados de *De medietate lunæ* (Pío XII?), *De labore solis* (Gregorio XVIII ?) y *De gloria olivæ* (León XIV ?); los cuales padecen el martirio[49].

Elías y Henoch predican el Evangelio vestidos de saco. La orden de este mismo hábito, fundada en 1966 ó 1968, cuyos miembros han aumentado considerablemente, secunda eficazmente a dichos santos.

1999 a 2000: Pontificado de Pedro II. Martirio de Elías y Henoch.

Muerte del Anticristo. Aparición Jesucristo, glorioso, y juicio final.

---

48 Dice el V. Bernardino de Bustis, que Dios conservará al Pastor Angélico y al Rey en lo temporal del mundo, y que verán todas las tribulaciones hasta la aparición del Anticristo. Esto me ha inducido a señalarle un pontificado tan largo. La V. Ana Catalina Enmerich ve aparecer cuando va a iniciarse el triunfo de la Iglesia, un Papa de poco más de 40 años.

49 Estos nombres suponen el cumplimiento de la profecía del monje de Padua, la cual ha fallado ya en el caso de Benedicto XV, que según ella debió llamarse Paulo VI, y de Pio XII, que habría sido Gregorio XVII. Por lo tanto se impone el modificar a lo menos el numeral de estos Papas.

VI

LAS DOS BESTIAS Y EL DRAGÓN

> «Cuando va llegando la noche, decís: Hará buen tiempo, porque está el cielo arrebolado. Y por la mañana: Tempestad habrá hoy porque el cielo está cubierto y encendido.¿Con que sabéis adivinar por el aspecto del cielo y no podéis conocer las señales de estos tiempos?»
>
> *Matth., XVI, 2, 4.*

La conversión de Israel al catolicismo ocurre muy hacia el final de los tiempos, dentro de la misteriosa cronología del Apocalipsis, en el momento de romperse el sexto sello del gran libro donde está escrita la historia futura del mundo.

Mientras el Evangelista se lamenta de que no haya quien sea capaz de abrir y descifrar ese libro, aparece el Cordero (N. S. Jesucristo) que hace saltar los sellos uno a uno, y San Juan ve los tremendos secretos del porvenir, hasta el Juicio Final.

Cada sello simboliza una época de la humanidad, a partir de Cristo.

Al romperse el primero aparece un jinete coronado y victorioso (Cristo) que en un caballo blanco parte para nuevas victorias.

Bajo el segundo sello, se presenta otro jinete armado de una gran espada sobre un caballo rojo, el imperio romano, con su historia guerrera y triunfante.

Bajo el tercero, un jinete en caballo negro, que lleva una balanza donde se pesa y tasa el alimento de los hombres, símbolo de las invasiones de los bárbaros, que produjeron escasez y hambre en toda Europa.

El cuarto, un caballo pálido, cuyo jinete se llama Muerte, y es seguido por el infierno: simboliza la fulmínea y sangrienta difusión de la religión mahometana.
A la apertura del quinto sello, muéstranse las almas de los innumerables mártires, consternadas por las persecuciones de la tierra. «Señor, santo y verdadero, ¿hasta cuándo demora vuestra justicia el vengar nuestra sangre derramada por vos?»

Y les fué dicho que esperasen un poco de tiempo todavía, hasta que fuera completado el número de los servidores de Dios (*Apoc.*, 6, 11).

En la época actual, si como creemos, corresponde la apertura del sexto sello, recrudecerán las persecuciones anticatólicas, hasta que ocurra la conversión de los judíos, que completarán aquel número.

La política de nuestra época no es en el fondo más que un prolongado combatir de los hombres contra la Iglesia romana.

Una vez que el mundo haya penetrado en el torbellino de catástrofes profetizadas por el *Apocalipsis*, el último acto de inmenso drama será de una rapidez fulminante.

«Si estos días no fuesen abreviados — ha dicho Jesús a sus discípulos — no se salvaría ninguna carne; mas por causa de los elegidos, serán abreviados». (*Marc.*, 13, 20).

Empero, el fin no llegará mientra no ocurra el gran cisma, predicho por San Pablo y el advenimiento del Anticristo, el hombre del pecado, que penetrará en el templo y se hará adorar como Dios (*II Thess.*, 2, 3).

El *Apocalipsis* anuncia la aparición de cuatro ángeles (tal vez cuatro poderosos monarcas), que atajarán por breve espacio a los cuatro vientos que están asolando la tierra.

Cómo no ver en estos cuatro vientos las cuatro plagas de nuestra edad: 1°, la envidia, sentimiento diabólico, que ahora llamamos lucha de clases; 2°, el sensualismo; 3°, la cultura atea ; 4°, el neo paganismo?

¿Pero cuáles serán los cuatro monarcas o los cuatro grandes imperios que en ese momento dominarán sobre el mundo?

El porvenir lo dirá.

Se producirá un momento de quietud, como una breve tregua, antes de la última batalla infernal.

« No hagáis mal a la tierra — dice el ángel del Señor a los cuatro vientos — ni a la mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios un sus frentes ». (*Apoc.*, 7.3).

Van a ser tan extremas las calamidades que azotarán el mundo, después de la apertura del séptimo sello, que antes de ello se marcará a los creyentes, para que no se vean envueltos en el general exterminio.

Los señalados de esta manera son 144.000, o sea 12.000 por cada una de las tribus de Israel, números simbolizan la incontable cantidad justos que perseverarán y se salvarán.

Es digno de notar que en la numeración de las tribus de Israel el profeta ha omitido a la tribu de Dan. Tampoco nombra a la de Efraím, pero lo reemplaza con la de José, que la comprende.

Los exégetas se han preguntado por qué se suprime a Dan, y desde tiempos de San Irineo, muchos de ellos lo explican diciendo que de esa tribu nacerá el Anticristo y se fundan en texto de Jeremías (8. 16) y especialmente en la profecía de Jacob, que al bendecir a sus hijos en la hora de su muerte y profetizar su destino, dice : «Que Dan sea como la serpiente junto al camino, como un ceraste en la senda, que muerde el talón del caballo para para derribar al jinete». (*Gén.*, 49.17).

Esto San Agustín interprétalo así: «Lo que Jacob dice de Dan, cuando bendice a sus hijos, da motivos para creer que de esta tribu nacerá el Anticristo». (*Quest.* XXII in Josué).

Muchos otros Padres han sido del mismo parecer.

Se habrá realizado ya la conversión de los judíos, que son, según San Pablo, la «oliva castiza», por lo cual en las promesas de salvación no se habla de los gentiles, o sea de las otras naciones, involucrando a todas ellas, simbólicamente entre los 144.000 habitantes de las tribus de Israel marcados como servidores de Dios.

Entonces el Cordero levanta el séptimo sello, y he aquí un momento solemne que el cosmos parece comprenderlo. Aquiétanse los elementos enfurecidos; apacíguanse las naciones en guerra; la Iglesia deja de ser perseguida.

«Y cuando Él abrió el séptimo sello fué hecho silencio en el cielo casi por media hora». (*Apoc.*, 8.1).

Esta media hora de paz será relativamente breve; algunos intérpretes estiman en un medio siglo.

En ese tiempo transcurrirá probablemente una parte del largo reinado de *Pastor Angelicus* y todo el de sus dos sucesores, *Pastor et Nauta* (Pastor y navegante) y Flos florum (*Flor de flores*).

Y vendrá en seguida el que la profecía de los Papas denomina con el sugestivo lema: *De medietate lunæ* (De la media luna), que si es, como piensan algunos expositores, un Antipapa, reinará simultáneamente con el Papa legítimo, cuyo lema es *De labore solis* (Del trabajo del sol), inexplicable actualmente.

Reproduzcamos ahora algunos impresionantes versículos del *Apocalipsis*, mi cuyo seno oscuro como en las nubes do las grandes tormentas, hay asombrosas claridades.

La inteligencia humana se desorienta y se aturde y sólo por vía de conjetura, osa aplicar estas imágenes sublimes a las cosas actuales.

La clave de su estricto sentido todavía la guarda Dios.

«Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas, se aprestaron para tocarlas.

«Y el primer ángel tocó la trompeta y fué hecho granizo y fuego mezcla con sangre, lo que cayó sobre la tierra y fué abrasada la tercera parte de la tierra y fué abrasada la tercera parte los árboles, y quemada toda la yerba verde.

«Y el segundo ángel tocó la trompeta y fué echado en la mar como grande monte ardiendo en fuego, y tornó en sangre la tercera parte de mar.

«Y murió la tercera parte de la criaturas, que había animadas en la mar, y la tercera parte de los navíos pereció.

«Y el tercer ángel tocó la trompeta y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como un hacha, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas.

«Y el nombre de la estrella se dio Ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo y murieron muchos hombres por las aguas, porque se tornaron amargas... ». (*Apoc*., 8.)

Muchos son los comentadores que han visto en la estrella caída el símbolo de un heresiarca, cuyas doctrinas envenenaron a una gran parte de la cristiandad.

Y dentro de esa interpretación han creído que Arrio fuese la estrella caída cuando el tercer ángel toca la trompeta; y Lutero la otra, de que se habla en el capítulo siguiente, cuando aparece el quinto ángel.

« Y el quinto ángel tocó la trompeta y vi que una estrella cayó del cielo en la tierra y le fué dada la llave el del pozo del abismo». (*Apoc.*, 9. 1.)

Otros intérpretes piensan que la estrella a la cual se le dala llave del pozo del abismo, con lo que se le permite disponer de las fuerzas infernales, será un apóstata de los últimos tiempos mucho más nefasto que el propio Lutero.

En este caso podemos creer que todavía no ha aparecido, pero que no tardará.

Será enormemente poderoso, de todo punto de vista, material e intelectualmente.

Inficionará al mundo con el humo de pérfidas doctrinas y perseguirá y atormentará a los hombres con ejércitos parecidos a mangas de langostas y escorpiones.

«Y abrió el pozo del abismo y subió humo del pozo como humo de un grande horno, y se oscureció el sol y aire con el humo del pozo.

«Y del humo del pozo salieron langostas a la tierra y les fue dado poder, cómo tienen poder los escorpiones de la tierra.

«Y les fue mandado que no hiciesen niño a la yerba de la tierra, ni a cosa alguna verde, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes...». (*Apoc.*, 9.)

Prosigue la sagrada profecía relatando el poder atroz de aquellas langostas (o doctrinas) del gran apóstata sobre los hombres no marcados con la divina señal.

«Y les fue dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento como tormento de escorpión cuando hiere a un hombre.

«Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán y desearán morir y huirá la muerte de ellos.

«Y las figuras de las langostas eran parecidas a caballos aparejados para batalla; y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes al oro; y sus caras eran así como caras de hombres…

« Y tenían cabellos como cabellos de mujeres. Y sus dientes eran como dientes de leones.

«Y vestían lorigas, como lorigas hierro; y el estruendo de sus alas, como estruendo de carros de muchos caballos que corren al combate.

«Y tenían colas semejantes a los escorpiones; y había aguijones en sus colas; y su poder para dañar a los hombres cinco meses…».

Desde el siglo II hasta hoy los más perspicaces y vastos ingenios, dentro del campo católico, se han aplicado a la interpretación de los misterios. del *Apocalipsis*, en la seguridad de que en ellos se encierran los destinos del mundo.

Sobre el significado de los versículo que acabamos de transcribir, se han hecho comentarios innumerables. No hay interpretación fijada ni por la Iglesia ni por la tradición, y en consecuencia queda el campo abierto a las conjeturas.

Esas langostas infernales, cuyas alas producen el estruendo de los carros de combate; esos hombres desesperados, por la mordedura de los escorpiones, que buscarán la muerte, y de quienes la muerte huirá; ese plazo de cinco meses durante el cual serán atormentados los hombres que no tengan la señal de Dios; y esa preservación de daño a los árboles y a las cosas verdes ¿qué significan?

Por nuestra parte, aunque muchas veces nuestra imaginación nos haya conducido hacia esos remotos horizontes, en las proximidades del fin del mundo o mejor aún, del Milenio, no osaremos siquiera insinuar lo que tal vez no fuera más que un sueño.

Parece claro que estas fuerzas, aún siendo diabólicas no pueden ser todavía las del Anticristo. Las langostas atormentarán a los hombres que no tengan la misteriosa Tau, con que marcará a los elegidos; mientras que las fuerzas del Anticristo, que aparecerán luego, procederán a la inversa atacarán a los siervos de Dios y dejarán a salvo a los que lleven en su mano la cifra suya, el 666.

Aquí el *Apocalipsis* parece indica que las doctrinas infernales, harán su víctimas no entre los amigos de Cristo sino entre sus enemigos.

«Y el sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz de los cuatro cuernos del altar de oro que está ante los ojos de Dios,

«Que decía al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata los cuatro ángeles que están atados en el grande río Eufrates.

«Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban aprestados para la hora y día y mes y año para matar la tercera parte de los hombres.

«Y el número del ejército a caballo de veinte mil veces diez veces mil; y oí número de ellos». (*Apoc*., 9. 13-16).

Al lado de esta formidable invasión, que nacerá en los campos bañados por el Eufrates (Asia menor) las invasiones de Gengis Khan y Tamerlán quedarán como juegos de niños.

¿No podernos pensar que se encierre aquí el anuncio del levantamiento del imperio musulmán contra la Europa anarquizada y corrompida por las luchas de clases y el satanismo?

Tan diabólica será la obstinación de los hombres en aquellos días de indecibles torturas, que el *Apocalipsis* declara así:

«Y los otros hombres que no fueron muertos de estas plagas, ni se arrepintieron de las obras de sus manos ha que no adorasen demonios e ídolos oro... Y no se arrepintieron de homicidios, ni de sus maleficios, ni: sus fornicaciones, ni de sus hurtos». (*Apoc.*, 9. 20-21).

La época del sexto ángel coincide con la elección del denominado *De medietate lunæ* y la restauración del imperio de la Media Luna, y una invasión del mundo por doscientos millones soldados creyentes en Mahoma.

Este personaje, *De medietate lunæ* ¿será un Papa o un Antipapa?

El venerable Holzhauser, cree que por ese tiempo, de acuerdo con la profecía de San Malaquías, el mundo católico sufrirá la prueba de un Antipapa apóstata que actuará corno falso profeta del Anticristo.

Un versículo da capítulo XIII del *Apocalipsis* lo anuncia, como una falsificación del Cordero, cuya imagen exterior adopta, pero cuyo lenguaje es el del Demonio, inducido por el cual hará que el mundo adore al Anticristo. «Y vi otra Bestia que-subía de la tierra y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el Dragón » (el Demonio).

«Y ejercía todo el poder de la primera Bestia en su presencia; e hizo que la tierra y sus moradores adorasen a la primera Bestia, cuya herida mortal fué curada» (*Apoc.*, 13. 11-12).

Esa primera bestia, contrariamente a la segunda, ha salido del mar, y es el Anticristo; He aquí cómo le describe el profeta:

«Y vi salir de la mar una Bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos y sobre sus cuernos diez coronas y sobre sus cabezas nombres de blasfemia.

«Y la Bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies de oso y su cara como boca de león y le dió el Dragón su poder y grande fuerza.

«Y vi una de sus cabezas como herida de muerte y fué curada su herida mortal y se maravilló toda la tierra en pos de la Bestia.

«Y le fue dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias; y le fue dado poder de hacer aquello cuarenta dos meses» (*Apoc.*, 13. 1-5).

El reinado, pues, del Anticristo no será largo, y vendrá precedido y anunciado por la predicación de su falso profeta, el gran apóstata que imitará al Cordero en la apariencia, pero tendrá el lenguaje del Dragón.

El es quien recibirá la llave del abismo y con el humo de las pérfidas doctrinas y las fuerzas de sus aliados, preparará el triunfo del Anticristo y el advenimiento del Demonio.

«Y fué vista otra serial en el cielo; y he aquí un grande Dragón bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cabezas siete diademas;

«Y la cola de él arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo...» (*Apoc*., 12. 3, 4).

Este Dragón es Satanás, el padre espiritual del Anticristo[50], simbolizado por la bestia color sangre, de que nos habla el capítulo 17, tan asombroso y lleno de sugestiones, que vamos a reproducir letra por letra:

«Y vino uno de los siete ángeles, que tenían las siete copas, y me habló diciendo:

«Ven acá, y te mostraré la condenación de la grande ramera, que está sentada sobre las muchas aguas;

«Con quien fornicaron los reyes de la tierra y se embriagaron los moradores de la tierra con el vino de su prostitución.

«Y me arrebató en espíritu al desierto; y ví una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.

«Y la mujer estaba cercada de púrpura y de escarlata, y adornada da oro, y de piedras preciosas y de perlas, y tenía un vaso de oro en su mano lleno de abominación, y de la inmundicia de su fornicación.

«Y en su frente escrito este nombre: Misterio: Babilonia la grande, madre de las fornicaciones, y abominaciones de la tierra.

«Y vi aquella mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración.

«Y me dijo el ángel: ¿por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la Bestia, que la trae, la cual tiene siete cabezas, y diez cuernos.

50 No faltan opiniones que hacen al Anticristo hijo carnal del Demonio y de una mujer de la tribu de Dan. Esto no tiene fundamento serio en la tradición.

«La Bestia, que has visto, fué, y no es; y saldrá del abismo, e irá en muerte; y se maravillarán los moradores de la tierra (aquellos, cuyos nombres no están en el libro de la vida desde la creación del mundo) cuando vean la Bestia que era, y no es.

«Y aquí hay un sentido que tiene sabiduría: Las siete cabezas son siete montes, sobre los que está sentada la mujer; y también son siete reyes. «Los cinco murieron; el uno es, y el otro aun no vino; y cuando viniere, conviene que dure poco tiempo.

«Y la Bestia que era, y no es, y ella es la octava, y es de los siete, y va a la perdición.

«Y los diez cuernos, que has visto son diez reyes, que aun no recibieron reino, mas recibirán poder como reyes por una hora en pos de la Bestia.

«Estos tienen un mismo designio, darán su fuerza y poder a la Bestia. «Estos pelearán contra el Cordero y el Cordero los vencerá, porque el Señor de los señores, y el rey de los reyes: y los que están con él, son llamados, escogidos y fieles.

«Y me dijo: Las aguas, que viste en donde la ramera está sentada, son pueblos, y gentes, y lenguas.

«Y los diez cuernos que viste en la Bestia, éstos aborrecerán a la ramera; y la reducirán a desolación, y la dejarán desnuda, y comerán sus carnes, y a ella la quemarán con fuego.

«Porque Dios ha puesto en sus corazones que hagan lo que les place, que den su reino a la Bestia, hasta que estén cumplidas las palabras de Dios.

«Y la mujer que viste, *es la grande ciudad, que tiene señorío sobre los reyes de la tierra*». (*Apoc.*, 17.)

VII

LA MEDIA LUNA

Leamos de nuevo y tratemos de comprender «Las siete cabezas son siete reyes» (o sea siete naciones):

De ellas cinco habían desaparecido an tiempo del Apóstol.

Aludía sin duda a las cinco naciones perseguidoras del pueblo de Dios: egipcios, asirios, medas, persas y griegos.

«La sexta existe aún», es decir, existía cuando escribía San Juan. Es el imperio romano.

«La otra (la séptima), todavía no ha llegado, y cuando llegue es necesario que dure poco.» (*Apoc.*, 17, 10).

Este es el Islamismo fundado como secta religiosa en el siglo VII, y que sólo se constituyó como potencia política (imperio) en el siglo XV, para casi desaparecer en la guerra mundial.

Observemos ahora este anuncio:

«Y vi una de sus cabezas como herida de muerte: pero esta llaga fué curada y toda la tierra asombrada siguió a Bestia. Y adoraron al Dragón, que dió poder a la Bestia.» (*Apoc.*, 13, 3, 4)

¿Qué imperio es éste, casi muerto, que hacia el fin de los tiempos, por obra del Dragón renace a la vida?

Ninguno de los cinco primeros, que ya no existían en tiempos de San Juan; ni el imperio romano, que no fué herido solamente, sino que desapareció en absoluto, según lo demuestra la historia[51].

Podemos interpretar que sea el Islam, que como potencia política, después de 1918 pareció herido de muerte, pero que ahora, a la manera de un león que ha

51 El actual imperio romano, constituído de pues de la conquista de Etiopía y de Albania. no es el mismo de antes.

dormido siglos, sobre la arena de sus desiertos, da señales evidentes de que está por despertar.

Lo probable es que la humanidad no tarde en ver reconstruido el poderoso imperio de Mahoma II, aquel soberano que dibujó la Media luna en su bandera y esta leyenda latina: *Donec impleatur*, para expresar que su ambición no se satisfaría hasta que su símbolo fuese plena luna, esto es, dominase el mundo.

La profecía que alude a un Papa bajo el lema *De medietate lunæ* en esta época concuerda, pues, con el anuncio apocalíptico de una de las cabezas de la Bestia anticatólica, herida de muerte, que se recobra, y que puede ser el imperio restaurado de la Media Luna.

Más aún: coincide con el misterioso nombre del Anticristo, cuyo nacimiento no puede estar lejano: « Ya hemos oído hacia la parte de Dan, el relincho de sus caballos » (*Jerem*., 8,16).

En efecto, cuando el Apocalipsis anuncia al Anticristo, afirma que sus adeptos llevarán su marca en la mano o en la frente.

Esta marca será una cifra, equivalente a un nombre. «Que el que tenga inteligencia, cuente el número de la Bestia, porque es el número de un hombre, y su número es 666 » (*Apoc*., I 18).

¿Qué quiere decir esa cifra que Apóstol entrega a nuestras conjeturan, provocándonos a buscarle un sentido?

He aquí uno que podríamos hallarle:

El *Apocalipsis* fué escrito en griego, lengua en la cual algunas letras tienen, valor numérico y representan una cifra.

La M vale 40; la A vale 1; la O vale 70; otra vez la M 40; la E vale 5; la T vale 300; la I vale 10; la Epsilon vale 200.

Las ocho letras en el orden indicado, dicen Mahoma en griego, y sus equivalencias aritméticas suman la misteriosa cifra del *Apocalipsis*: 666[52].

¿ Qué extraño, pues, que en la Edad Media se llegara a creer que Mahoma fue se el. Anticristo ? La historia desvarar luego una interpretación que ahora recobra toda su importancia, ante los sucesos contemporáneos.

---

52 A propósito de este número se han hecho numerosos juegos de ingenio, cuyos resultados aunque sean curiosos, por lo mismo que son tan diversos, no deben impresionarnos. Pueden extenderse hasta los tiempos actuales. No falta quien encuentra el numero 666, sumando las cifras que corresponden a las letras de Hitler, según su orden en el alfabeto, y agregándole a cada una el número l00.

Si el Anticristo no fué Mahoma I, Mahoma II, podría muy bien ser Mahoma III, señor del Oriente y la mitad África, con centenares de millones súbditos.

Según la tradición judía, recogida por el Rábbi Simeón Ben Yochai en el sagrado y oscurísimo libro del Zohar, el mundo debe concluir el año 6000 de su cronología, o sea el 2242 de la nuestra.

Pero en el año 5671 (1912) ocurrirán tales cosas que harán presagiar el fin, entre ellas el nacimiento del Mesías cuyo reino durará 330 años.

Otra tradición anuncia dicho advenimiento para 54 años más tarde.

Así, pues, su Mesías, que será para los cristianos el Anticristo, nacerá en 1966.

Esta fecha parece de acuerdo con los sucesos mundiales a que asistimos y con la Profecía de los Papas.

¿Pero cómo suponer que un musulmán pueda ser el Mesías reconocido por pueblo de Israel?

Respondemos: el Anticristo nacerá, según San Jerónimo y otros Santos Padres, en Babilonia (lo cual puede entenderse alegóricamente en una gran ciudad confusa y corrompida).

Será circunciso y su educación estará a cargo de rabinos expertos no sólo en el Talmud, sino especialmente en las ciencias ocultas de la Cábala y del Zohar. Esta educación rabínica no será obstáculo para que, siguiendo el ejemplo de otros judíos insignes, se convierta o aparente convertirse a la religión musulmana. Así lo practicó Maimónides, el gran filósofo de la Sinagoga, quien para seguir ocupando su empleo de médico del soberano de Egipto, se hizo mahometano, lo que no le impidió ser venerado como un santo judío.

Al igual que todo ser humano, el Anticristo tendrá su ángel guardia cuya acción resultará ineficaz por su satánica soberbia, su obstinación y su impudicia.

Toda la malicia de los malos será gota de agua en comparación del océano de su maldad. Algunos teólogos llegan hasta sostener que no ejecutará en su vida un sólo acto bueno.

Poseerá, no obstante, una habilidad diabólica para simular virtudes y hasta para realizar milagros aparentes, que convencerán a muchísimos de la santidad de su misión. Estará dotado de gran belleza y de una elocuencia fascinadora.

Dispondrá de riquezas sin cuento, como ningún otro hombre. La fortuna de los modernos Cresos reunidos, será insignificante al lado de la suya. San Anselmo dice que el Demonio (con el cual se comunicará por medio de sus ciencias

secretas) le enseñará minas de metales preciosos. El oro habrá vuelto a ser el eje financiero del mundo y él lo transformará en arma omnipotente. «El amor al dinero ha hecho perder la fe a muchos», pues según San Pablo, la avaricia es idolatría (*Col*., 3. 5).

Por ese tiempo el imperio romano (que había desaparecido totalmente) se habrá rehecho.

Hace veinte años esta resurrección habría parecido sueño insensato.

¿Quién puede ahora considerarla ni imposible ni remota?

En los diez cuernos que Daniel y San Juan vieron que tenía la Bestia, los intérpretes hallan la figura de diez reyes que reinarán sobre otras tantas naciones.

Entre los diez cuernos, Daniel ve levantarse uno más pequeño que crece y que arranca luego a tres de los otros. (*Dan*., 7, 8.)

Es el Anticristo, que después de haberse apoderado de los dominios europeos y asiáticos de la Media Luna, extiende sus conquistas sobre Libia, Egipto y Etiopía, pertenecientes al imperio romano. (*Dan*., 11, 43.)

Tales como estamos viendo que van los sucesos contemporáneos de Africa, ¿quién afirmaría juiciosamente que esta visión de Daniel, que cuenta 25 siglos, no tiene base para que pueda realizarse antes de algunos años?

Las fulminantes conquistas del rey los judíos, alarmarán a las naciones occidentales, que se aliarán contra él.

La poderosa escuadra de una isla que eI profeta llama Cethim, en la cual vemos prefigurada a Inglaterra, derrota en el Mediterráneo al Anticristo. (Dan., 11, 30, Vid. Crampon.).

Pero la nación que lo ha vencido alberga a muchos de «aquellos que abandonaron el testamento santo» (alusión a los judíos que han abandonado su religión y sus costumbres).

El Anticristo los atrae con regalos y seducciones, y ellos, trabajando por él en el seno del pueblo que los ha albergado, le dan la victoria.

«Se levantará y engrandecerá por encima de todo dios, y contra el Dios de los dioses dirá cosas prodigiosas; y prosperará hasta que la cólera se haya consumado ; porque lo que está decretado debe cumplirse.» (*Dan*., 11, 36.) Dueño y señor de todos los reinos de la tierra, elegirá corno capital de su imperio la ciudad donde Cristo fué crucificado: Jerusalén. (*Apoc*.,11, 8)

Querrá ser adorado como Dios y se valdrá del ministerio de aquel gran personaje católico apóstata, convertido su profeta. «Y el quinto ángel tocó trompeta y vi que una estrella ca del cielo en la tierra y le fué dada llave del pozo del abismo. » (*Apoc*., 9, 1).

«E hizo que la tierra y sus morado res adoraran a la Bestia primera, cuya herida mortal quedó curada.» (*Apoc*., 13, 12).

El satanismo o culto del Demonio, instigador del Anticristo, infestará el mundo.

Ya en nuestra época se han visto muestras de estas aberraciones. Sin contar lo que actualmente se está haciendo en Rusia, ¿cómo no recordar que poetas contemporáneos, un Leconte de Lisle, un Carducci, un Richepin han celebrado a Satanás en versos que el mundo ha aplaudido?

«Ven, Satanás — exclama con su diabólica elocuencia otro desventurado, Proudhon —, ven, tú, el calumniado de los sacerdotes y de los reyes, a que te bese y apriete contra mi pecho !Hace mucho tiempo que yo te conozco y que tu me conoces.»

En los tiempos que se aproximan, estas tendencias serán infinitamente más fuertes, porque no habrá belleza ni seducción que el Anticristo no posea, tanto que hombres y mujeres llegarán en su frenesí hasta marcarse la frente o el brazo con su cifra, el fatídico 666, como un signo de su posesión: «Y a todos los hombres pequeños y grandes ricos y pobres, libres y siervos hará tener una señal en su mano derecha o en sus frentes. (*Apoc*., 13, 16).

Los sucesos corren de tal manera, que no debernos sorprendernos si el mejor día aparece una moda extravagante que pone en circulación este emblema infernal.

Los católicos serán vencidos Anticristo.

«He aquí que aquella asta hacía guerra contra los santos y podía más que ellos» (*Dan*., 7. 21).

Lo cual lo confirma San Juan:

«Y abrió su boca en blasfemias contra Dios…

«Y le fué dado que hiciere guerra a los santos y que los venciere; y le fué dado poder sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación» (*Apoc*., 13. 6, 7).

«Cesará el sacrificio perpetuo (*Dan*., 12, I I); no se celebrarán misas, como en Rusia, como en México, como en la España republicana. La Iglesia volverá a las Catacumbas, con su Papa, probablemente aquel cuyo lema es: *De labore solis* (Del trabajo del sol).

Mas el reinado del Anticristo será breve: «Pisoteará a los santos de Dios —dice Daniel— , y esto le será permitido un tiempo, dos tiempos y un medio tiempo» o sea tres años y medio (*Dan*., 7, 25), según los intérpretes.

El Apocalipsis confirma esta interpretación, pues dice: «Y le fué dado una boca que profería palabras arrogantes y blasfematorias y le fué dado obrar durante 42 meses». (*Apoc*., 13, 5).

Por entonces reinará el Papa anunciado en la profecía como *De Gloria Olivæ* (De la gloria del olivo).

Este lema coincide con la predicción que hace San Pablo de la conversión de los judíos, «la oliva castiza», como él los llama. «Enemigos por cuanto concierne al Evangelio, a causa de vosotros, más por elección muy amados a causa de sus padres». (*Rom*., 11, 28)

En esta conversión habrán tenido parte principal aquellos dos profetas del Antiguo Testamento — Henoch y Elías —, únicos hombres que no haya visto la muerte, para usar de la expresión del Apóstol (*Heb*., 11, 5), y que viven actualmente en algún lugar secreto, aguardando su hora.

Al fin de los tiempos reaparecerán predicarán el Evangelio «vestidos de sacos», durante 1260 días (*Apoc*., 11, 3).

De estos dos hombres, que nunca murieron, el uno, Henoch, habrá cumplido ya 5377 años, y el otro, Elías, 2945 calculando sus edades sobre la cronología más usada y estimando que estos sucesos puedan ocurrir en el año 2.000.

El *Apocalipsis* los anuncia así: «daré orden a dos testigos míos y hará oficio de profetas, cubiertos de sacos por espacio de 1260 días» (*Apoc*., 11. 3).

La interpretación de los Padres declara que Elías y Henoch vendrán personalmente, porque ésa, es la razón por la cual Dios los ha preservado de morir.

En el Eclesiástico se lee: «Henoch agradó a Dios y fué transportado al paraíso para predicar al fin del mundo la penitencia a las naciones» (*Eccl*., 44. 16). Y sobre Elías: «Yo os enviaré el profeta Elías antes que venga e] día grande y terrible del Señor» (*Malach*. 4. 5).

Entretanto ¿en qué lugar secreto de la tierra se hallan estos dos testigos? Nadie lo sabe. Los intérpretes aseguran que no habiendo muerto, no están glorificados, y sólo conocen a Dios por la fe y la razón, pero no lo ven cara a cara.

Su carne no es incorruptible, porque aún deben morir; pero su vida no es ni la del cielo ni la de la tierra. Es probable que ya no puedan acrecentar sus méritos, pero que esto volverá a ser, cuan retornen a las condiciones de vida ordinaria.

Dice Santo Tomás que se alimentan con los frutos del árbol de la vida, que era el alimento de Adán antes de la culpa.

Conocen, de un modo u otro, los sucesos del mundo, y desde luego la redención.

Cuando sea hora, en las vísperas del día terrible del Señor, se presentarán n predicar.

Mientras dure su misión serán invulnerables: ni siquiera el Anticristo podrá contra ellos. «Y si alguno les quisiera dañar saldrá fuego de la boca de ellos y tragará a sus enemigos» (*Apoc.*, 11. 5).

Taumaturgos de Dios, de sus manos brotarán los milagros.

Cerrarán los cielos y secarán las nubes y no caerá una gota de lluvia en los países que ellos condenen; y convertirán en sangre los ríos y los lagos.

Pero, terminarán su misión en 1260 días, y con ello agotarán el privilegio que los defiende.

No habrá habido hombres más odiados de los malos y en quienes se cumpla mejor la gloria de ser abominados por causa de Cristo.

Así como Herodías, la mujer de Herodes, no podía soportar a Juan Bautista, por causa de las predicaciones de éste e indujo a Salomé a que pidiera al rey su cabeza; así los seguidores del Anticristo execrarán a Henoch y Elías, y vivirán humillados por sus discursos y rabiosos de su impotencia para dañarlos. Hasta que terminen su predicación y suene la hora de la venganza del Anticristo, que se cebará sobre ellos.

«Y cuando acabaren su testimonio, lidiará contra ellos una Bestia que sube del abismo y los vencerá y los matará.

«Y los cuerpos de ellos yacerán en las plazas de la gran ciudad que es llamada espiritualmente Sodoma y Egipto, donde el Señor de ellos fué también crucificado» (Apoc., 11. 7, 8).

La muerte de ambos profetas producirá una extremada alegría en el mundo.

De todas partes vendrán, durante tres días y medio, a contemplar sus cadáveres y las gentes se felicitarán y se enviarán presentes en señal de regocijo (Apoc. 10, 10) hasta que de pronto vean con horror que se levantan sobre sus pie y se alzan

en las nubes y se produce un espantoso terremoto que arruina en gran parte la ciudad, con mortandad inmensa de gentes.

Llegada será la hora: la porción impía y obstinada de la humanidad estará madura para la terrible vendimia, que pinta el *Apocalipsis*.

«Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego: y clamó en voz alta a aquel que tenía la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque maduras están las uvas de ella.

«Y metió el ángel su hoz aguda en la tierra y vendimió la viña de la tierra y echó la vendimia en el grande lago de la ira de Dios.

«Y fué hollado el lago fuera de la ciudad y. salió sangre del lago hasta los frenos de los caballos por mil seiscientos estadios» (*Apoc*., 14. 18-20).

El castigo comenzará con la muerte del Anticristo, quien, según los Santos Padres, intentará falsificar la ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y se elevará en los aires treinta días después del martirio de Elías y de Henoch.

Sobreviene la destrucción de la gran Jerusalén, capital del Anticristo. Los libros sagrados la describen con crudas y sublimes imágenes. Reyes, mercaderes pilotos, enriquecidos por su comercio aúllan de pavor, pero antes que humillarse, se obstinan y levantan ejércitos para defender a la Bestia.

Mas el Señor «ha armado a la criatura para vengarse de sus enemigos y universo combate por Él contra los insensatos». (*Sap*., 5, 18.) Al modo como las estrellas combatieron contra Sísara (*Jueces*, 5, 20.)

«La tierra se abre y la Bestia y profeta son tragados vivos por el esta que de fuego y azufre.» (*Apoc*., 1 20.)

«Un ángel, con los brazos extendídos en el cielo, jura por Aquel que vi en los siglos de los siglos que ya no hay más tiempo.» (*Apoc*., lo, 6.)

«¡Grande y terrible el día del Señor!» Hay que releer en el profeta Joel la descripción del ejército que avanza: «Delante de él la tierra es un edén, y detrás un desierto devastado…

«Delante los pueblos tiemblan de espanto. Se desparraman en las ciudades; escalan los muros, suben a las casas, penetran por las ventanas como ladrones (*Joel*, 2. 3, 9)

«El sol se puso negro, como un cilicio, y la luna entera pareció de sangre, y las estrellas del cielo cayeron como los higos verdes de una higuera sacudida por el huracán. Y el cielo se replegó coronó un libro que se enrolla.» (Apoc., 6, 12-14)

«Las montañas se funden y corren como la cera delante de la cara del Señor.» (*Ps.*, 96, 5.)

Estas no son alegorías poéticas; éstas serán realidades: el mundo perecerá por el fuego, nos lo afirman diversos pan del Nuevo Testamento.

«Mas los cielos que son ahora, y tierra, por la misma palabra se guardan reservados para el fuego, en el día juicio y de la perdición de los hombres impíos.» (II, *Petr.*, 3, 7).

En esa época, reinará el último Papa Pedro II o Pedro Romano, «que apacentará sus ovejas en medio de grandes tribulaciones. Pasadas estas tribulaciones, la ciudad de las siete colinas será destruida, y el Juez Terrible juzgará su pueblo». (Profecía de los Papas.)

Pero entre la aparición de Cristo, la Parusia, y el juicio universal, transcurrirá según algunos intérpretes, especialmente el P. Lacunza, un largo período de tiempo: el Milenio durante el cual se realizarán las promesas de los profetas, entre ellos la restauración de Israel y el reino de Cristo.

«Israel será el centro de la nueva tierra y Jerusalén su metrópoli, donde Jesucristo sobre el trono de David, pero resplandeciente como antes en el Tabor, gobernará personal y visiblemente a la humanidad entera»[53].

La mayoría de los intérpretes son contrarios a esta explicación, que renueva en los tiempos actuales el milenarismo de San Papías y de San Irineo.

En la obra del doctor José Ignacio Olmedo, *Restauración del Reino de Israel*, publicada con la debida licencia, encontramos la siguiente referencia a este discutido punto: «Dejando de lado la concepción errónea, por puramente terrenal de los rabinos contemporáneos de Jesús nos hemos de pronunciar por la opinión autorizada de cuantos en los primeros tiempos de la Iglesia y en la época actual, interpretan literalmente la Sagrada Escritura con consentimiento de la Cátedra infalible, para reconocer un reino de Cristo con dominio temporal, en un siglo futuro (pág. 28). Después de ese reinado vendrá el juicio universal.

Se oirá la terrible trompeta del arcángel, y aparecerá el Hijo de Dios vistiendo una túnica tinta en sangre, seguido por los innumerables ejércitos del cielo.

Y todos nosotros los seres humanos, los que ahora vivimos y los que han muerto y los que vivirán y morirán después, escucharemos con espanto o con regocijo, la voz que nos gritará: «Levantaos, muertos; venid a juicio!»

---

53 Abbé RÖHLING, En route pour Sion (Lethiel-leux, Paris, 1902), página XVII. Esta obra, traducida por el P. Ernesto Röhmer, apareció con una aprobación del obispo de Ausburgo y el imprimatur canónico de la diócesis de París.

Se preguntan los teólogos si los hombres que no hayan muerto en el día de la segunda venida de Cristo, no morirán, o morirán por un instante, para resucitar en seguida en el valle de Josafat, donde todas las naciones serán juzgadas.

En otro lugar nos referirnos a este punto. Alumbrará desde. el cielo la verdadera cruz (*Matth*., 24. 30), cuyas partículas se habrán reconstituído milagrosamente, y brillará más que el sol.

Empezará el juicio de todas las conciencias, desde los niños inocentes, muertos antes del uso de la razón, hasta el del Anticristo, el más culpable de los hombres, por haber sido el más poderoso, y haber tenido más inteligencia que nadie para conocer la verdad.

El Supremo Juez pronunciará en alta voz la irrevocable sentencia: «¡Id, malditos, al eterno fuego!» «¡Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que se os ha preparado!»

La tierra, entonces, será renovada purificada por el fuego, y el universo entero sometido a nuevas leyes cósmicas, entre las cuales la principal, según algunos filósofos, será la inmovilidad de los cuerpos, con lo cual desaparece lo que llamamos tiempo, que es la sucesión de movimientos materiales.

Y el universo se sumergirá en el piélago insondable, sin olas y sin riberas de la eternidad.

VIII

PROFECÍA CONTRA TIRO

CAPÍTULO XXVI

Ezechiel anuncia a Tiro su última desolación, por haberse alegrado de las calamidades del pueblo de Dios: declárale que sería tan repentina y espantosa, que las otras ilaciones quedarían atónitas, y en la mayor consternación.

1. Y aconteció que en el ario undécimo, el primero del mes, vino a mí palabra del Señor, diciendo:

2. Hijo de hombre, porque Tiro dijo de Jerusalén : Oh, bien quebrantadas han sido las puertas de los pueblos, a mí se volvió: me poblaré, desierta está, las matará con espada; y te cercará con fortines, y levantará trincheras alrededor: y alzará escudo contra ti.

9. Y dispondrá sus manteletes y arietes contra tus muros, y derribará tus torres con sus ingenios.

10. Y con la inundación de sus caballos te cubrirá su polvo: al estruendo de los caballeros, y de las ruedas, y de los carros, se estremecerán tus muros, cuando entrare por tus puertas, como quien entra en ciudad derribada.

11. Con las uñas de sus caballos hollará todas tus plazas: pasará tu pueblo a cuchillo, y tus magníficas estatuas caerán en tierra.

12. Destruirán tus riquezas, saquearán tus mercaderías: y derribarán tus muros, y arruinarán tus casas magníficas: y arrojarán en medio de las aguas tus piedras, y tu madera, y tu polvo.

13. Y haré cesar la muchedumbre de tus cantares, y el sonido de tus arpas no será más oído.

14. Y te tornaré en piedra muy tersa, serás tendedero de redes, y no serás más edificada: porque yo lo dije, dice el Señor Dios.

15. Esto dice el Señor Dios a Tiro: ¿Por ventura no se estremecerán las islas al estruendo de tu ruina, y al gemido de tus muertos, cuando fueren degollados en medio de ti?

16. Y descenderán de sus sillas todos los príncipes de la mar: y se despojarán de sus insignias, y arrojarán sus ropas bordadas, y se vestirán de espanto: en tierra se sentarán, y atónitos de tu repentina caída se pasmarán.

17. Y tomando duelo sobre ti, te dirán: ¿Cómo pereciste, la que moras en la mar, ciudad ilustre, la que fuiste poderosa en la mar con tus moradores, a quienes todos temían?

18. Ahora quedarán atónitas las naves en el día de tu espanto: y se turbarán las islas en la mar, porque no saldrá de ti ninguno.

19. Porque esto dice el Señor Dios: Cuando te hiciere una ciudad yerma, como las ciudades despobladas: y trajere sobre ti un diluvio, y te cubrieren muchas aguas:

20. Y te precipitare con los que descienden al lago con el pueblo de siempre, y te pusiere en lo más bajo de la tierra como los antiguos desiertos, con aquellos que son llevados al lago, para que no seas poblada: y cuando ya habré restablecido la gloria en la tierra de los vivientes.

21. Te reduciré a la nada, y no serás, y te buscarán, y no serás hallada ya jamás, dice el Señor Dios.

(Traducción de Scio de San Miguel).

CAPÍTULO XXVII

Cántico lúgubre de Ezechiel sobre la ruina de Tiro, oponiendo su gloria, poder, riquezas y comodidades pasadas a la desolación que padecería: la cual causaría a las otras naciones grande pena y espanto.

1. Y vino a mí palabra del Señor: diciendo:

2. Tú pues, hijo de hombre, canta lamentación sobre Tiro.

3. Y dirás a Tiro, que habita en la entrada de la mar, para emporio de los pueblos de muchas islas: Esto dice el Señor Dios: Oh Tiro, tú dijiste: yo soy de una hermosura perfecta.

4. Y situada en el corazón de la mar. Tus vecinos que te edificaron, completaron tu hermosura:

5. De abetos de Sanir te labraron con todas las tillas de la mar : trajeron cedro del Líbano para hacerte el mástil.

6. Encinas de Bazán labraron para tus remos: y tus bancos te hicieron marfil de la India, y de materias de las islas de Italia tus cámaras de popa.

7. El lino pintado de Egipto te ha sido tejido para la vela para ponerla en el mástil: jacinto y púrpura de las islas de Elisa son tu toldo.

8. Los moradores de Sidón y los Aradios fueron tus remeros: tus sabios, oh Tiro, se han hecho tus pilotos.

9. Los ancianos de Gebál, y sus más hábiles te suministraron gente de maestranza para tu vario servicio: todas las naves de la mar, y sus marineros estuvieron en el pueblo de tu negociación.

10. Los de Persia, y de Lydia, y de Lybia eran en tu hueste tus hombres de guerra: el escudo, y el morrión colgaron en ti para tu gala.

11. Los hijos de Arad con tu hueste estaban sobre tus muros alrededor: y los Pigmeos, que estaban en tus torres, colgaron sus aljabas en tus muros alrededor: ellos colmaron tu hermosura.

12. Los de Carthago que comerciaban contigo, con muchedumbre de todas riquezas, de plata, de hierro, de estaño, y de plomo hinchieron tus mercados.

13. La Grecia, Thubal y Mosoch también factores tuyos: esclavos, y vasijas de cobre trajeron a tu pueblo.

14. De la casa de Thogorma caballos, y cabalgadores, y mulos trajeron a tu mercado.

15. Los hijos de Dedán comerciaban contigo: muchas islas negociaron de tu mano: dientes de marfil y de ébano te trajeron a vender.

16. El de Syria fué tu mercader por tus muchos géneros, perlas, y púrpura, y recamados, y lino fino, y sedas, y toda suerte de cosas preciosas pusieron en tus mercados.

17. Judá y la tierra de Israel fueron tus mercaderes con el más excelente trigo, bálsamo, y miel, y aceite, y resina pusieron en tus mercados.

18. El de Damasco fué tu mercader por tus muchos géneros, con multitud de varias riquezas, de vino jugoso, con lanas del mejor color.

19. Dan, y la Grecia, y Mosel pusieron en tus mercados hierro labrado, mirra destilada, y caria aromática para tu comercio.

20. Los de Dedan factores tuyos do alfombras para sentarse.

21. La Arabia, y todos los príncipes de Cedar, ellos mercaderes de tu mano con corderos, y carneros, y cabritos vinieron a ti para comerciar contigo.

22. Los vendedores de Sabá y de Reema, comerciaban contigo: con todos los aromas exquisitos, y piedras preciosas, y oro que pusieron en tu mercado.

23. Harán, y Chene, y Edén factores tuyos: Sabá, Assur, y Chelmad, tus vendedores.

24. Éstos tenían contigo comercio de varias cosas en balas de jacinto, y de bordados de varios colores, y de preciosas ropas, que estaban embaladas, y liadas con cuerdas: tenían también cedros en tus tráficos.

25. Las naves de la mar las principales en tu tráfico: y te henchiste, y fuiste muy glorificada en medio de la mar.

26. Por muchas aguas te trajeron tus remeros: el viento del austro te quebrantó en medio de la mar.

27. Tus riquezas, y tus tesoros, y tu mucho cargamento, tus marineros y tus pilotos que guardaban todas tus cosas preciosas, y gobernaban tu gente: también todos tus guerreros que estaban en ti, con toda tu muchedumbre que están en medio de ti: caerán en el corazón de la mar el día de tu ruina.

28. Al estruendo de la gritería de tus pilotos se turbarán las flotas:

29. Y descenderán de sus naves, todos los remeros: los marineros y todos los pilotos de la mar se pararán en tierra:

30. Y ahullarán sobre ti a grandes voces, y gritarán amargamente: y echarán polvo sobre sus cabezas, y se cubrirán de ceniza.

31. Y mesarán su cabeza por tu causa, y se ceñirán de cilicios: y te llorarán con amargura de corazón con llanto muy amargo.

32. Y harán por ti canción de dolor, y te plañirán: ¿Quién hay corno Tiro, que enmudeció en medio de la mar?

33. La que con la salida de tus mercancías por mar henchiste muchos pueblos: con la muchedumbre de tus riquezas y de tus pueblos enriqueciste con los reyes de la tierra:

34. Ahora quebrantada has sido de la mar, en las honduras de las aguas cayeron tus riquezas, y todo tu gentío que había en medio de ti.

35. Todos los moradores de las Islas se pasmaron sobre ti: y todos sus reyes atónitos de la tempestad mudaron los semblantes.

36. Los comerciantes de los pueblos silbaron sobre ti: a la nada has sido reducida, y no serás nunca jamás.

(Traducción de Scio de San Miguel).

IX

PROFECÍAS PRIVADAS

No son los católicos los más ávidos de vaticinios, ni los más fáciles para creerlos. Es bien sabido el adagio: «incrédulo, crédulo».

¿Quién no conoce «espíritus fuertes», que jactándose de reacios a todo lo que tiene sello de sobrenatural, viven enredados en impalpables supersticiones? No creen en el milagro, pero sí en el influjo nefasto del número 13, y se dejarían cortar la mano antes que encender tres cigarrillos con un solo fósforo. Una fe vigorosa excluye generalmente toda inclinación a las preocupaciones de esta ralea.

«En este punto, la prudencia católica — dice un redactor de la sesuda y muy ortodoxa revista jesuítica La Civiltá Cattolica —, enseña que hay que evitar dos extremos: la absoluta incredulidad para cualquier profecía, que no sean las auténticas de la Biblia; y la absoluta credulidad en todas las profecías emanadas de personas piadosas y probas.

«Contra ambos extremos está la palabra de San Pablo que exhorta a no despreciar las profecías: *Prophetias nolite spernere: onmia autem probate*[54], a lo cual contraviene tanto el que las desprecia, cuanto el que las admite a la ligera, sin examen.

«Estas palabras del Apóstol aseguran que también fuera de las bíblicas pueden existir profecías veraces. Lo que confirma el hecho de que el don de profecía, con los otros carismas de Dios, ha florecido siempre en la Iglesia y ha sido siempre reconocido por ella.

«Por lo tanto, así como ningún católico puede imponer a los otros una fe más que humana en vaticinios humanos, por seguros y autorizados que sean; así ninguno puede razonablemente imponer una incredulidad rotunda hacia aquellos que estime improbables o imaginarios.

«Donde no intervenga el juicio de la Iglesia, la creencia en vaticinios privados es libérrima. Más que cuestión de fe, es cuestión de sano criterio y de buen sentido[55]»

54 «No despreciéis las profecías: exarninadlo todo». I. Thess., 5. 20. 21.
55 I vaticinii e i nostri tempi. (La Civiltá Cattolica, serie 8ª, vol. VI, 1872, pág. 7).

En esta ocasión la ponderada revista romana, hace un elogio calurosisimo de la profecía de San Malaquías y una severa crítica de cierta refutación de ella que alguien hizo con acopio de razonamientos, algunos de los cuales parecían de mucho peso.

«Bien, ¿y qué? — agrega *La Civiltá Cattolica* — Algunas razones parecían decisivas. Pero los hechos están en contra de las razones».

Con lo cual entiende expresar que la mencionada profecía se va realizando, contra todas las impugnaciones de sus más avisados censores.

Veamos ahora algunas profecías privadas, que se relacionan con los destinos de Papas y naciones.

La suerte del Pontificado es la suerte misma de la religión.

«La Iglesia católica y por lo tanto la verdad en el mundo, no viven más que por el Pontificado romano, que es el Vicariato perpetuo y viviente del Verbo de verdad — ha dicho el gran José de Maistre. La Iglesia, y por consiguiente, la verdad, sólo triunfarán en la tierra cuando triunfe el Pontificado.

«Pero el Pontificado tiene tres terribles enemigos en su contra: el Galicanismo, la Revolución y el Protestantismo, padre de ambos. Esperemos algún tiempo y veremos su triunfo sobre esta triple Hidra.»

Prosigue de Maistre: «Sin embargo la Revolución no será el mayor suceso del nuevo siglo; porque tal suceso no será una revolución política, sino una revolución moral: y la nación francesa será su instrumento. Puesto que; según teólogos y doctores el *Apocalipsis* contiene hechos grandiosos no lejanos de nosotros, más que nunca debemos escrutar las profecías, porque importa tenernos aparejados para un hecho de inmenso orden divino, hacia el cual nos aproximamos con una rapidez que produce estupor en quien observa».

¿Cuál debe ser ese hecho? El triunfo del Catolicismo sobre aquellos tres enemigos, disimulados en sus avatares o en sus modernísimas transformaciones.

¿Qué es hoy la Revolución?

Es la rebelión de los pueblos contra el principio de la soberanía residente en Dios. Es la deificación del pueblo como soberano absoluto: es la negación de la autoridad primordial de Dios y de la Iglesia sobre el orden político.

¿Qué es hoy el Galicanismo ?

En los tiempos actuales, extinguida la secta que le dió nombre, es la doctrina del Estado soberano, que desconoce los derechos anteriores de la Iglesia y de la familia.

¿Qué es hoy el Protestantismo ?

Es el cisma, el alzamiento de la razón individual contra la cátedra de Pedro. En otras épocas fué un dogma, mejor dicho una abigarrada colección de antidogmas, que proliferaban y se multiplicaban en sectas y confesiones. Ahora no es una convicción, sino una posición. No es una teología, sino una política. Es un deísmo decadente, sin mandamientos, sin oraciones, colindante del panteísmo y del materialismo; una fe mortecina en un Dios casi muerto, sin providencia, ni milagros; y en un Cristo muerto del todo, dentro de cuya holgada dogmática caben todas las antinomias, los amigos y los enemigos del Pontificado, la masonería, el positivismo, las ciencias ocultas y hasta la sinagoga.

Pero así como estas tres idolatrías han arraigado tan profundamente y alguna de ellas ha tenido su origen no Francia — idolatría del pueblo, idolatría del Estado, idolatría del individuo —, es en ella donde ha de librarse la batalla y ganarse la victoria de la Iglesia.

La llamada profecía de Santa Odilia. — Son muy numerosas las profecías privadas que anuncian la restauración de la monarquía en Francia.

Últimamente ha tenido una difusión inmensa en Buenos Aires, y quizás también fuera de aquí, una llamada *Profecía de Santa Odilia*.

El inventor de, esta pieza debe estar satisfecho de la delirante acogida que aún personas piadosas y serias han brindado a una cosa que tan poco esfuerzo de imaginación, o de pluma, le ha exigido.

Ese Anticristo que surge en las riveras del Danubio o del Rhin; esos soldados con cascos puntiagudos; esas máquinas roncadoras que vuelan arrojando sobre las ciudades estrellas incendiarias; esos monstruos marinos que combaten en las entrañas del mar, son puerilidades, discurridas en 1916 por M. Stoffer y publicadas en Francia, durante la otra guerra, para demostrar que el Kaiser era el Anticristo, que se decía anunciado por la patrona de Alsacia, Santa Odilia.

Ahora han sido reeditadas en Buenos Aires con propósito igualmente político, si bien con alguna rectificación, pues ya el Kaiser no interesa. El buen éxito de esta reedición debe haber sobrepasado las esperanzas de sus editores.

Tememos que tales absurdos no sean del todo inofensivos. El menor de sus efectos es producir en las almas creyentes un desconcierto, que muchas veces

degenera en escepticismo hacia la palabra de Dios, que habla por boca de sus profetas.

Por lo menos los católicos deberían abstenerse de utilizar como medio de propaganda semejantes falsificaciones, avaloradas con nombres de santos.

Las diversas profecías que ahora vamos a citar, aunque privadas, y sin aprobación de la Iglesia, que sólo ha declarado de fe las contenidas en las Sagradas Escrituras, son serias, y su autenticidad se halla establecida.

Creerlas o dejarlas de creer no implica ninguna responsabilidad. Pero todas ellas son útiles para alimentar las supremas esperanzas católicas.

Profecía del venerable Holzhauser. — Este santo varón, muerto en Bingen, cerca de Maguncia, el 20 de mayo de 1658, es autor de un sabio comentario del *Apocalipsis*.

Divide la historia de la Iglesia en siete períodos:

1° Desde los tiempos de Jesús, hasta Nerón (1-68).
2° Desde Nerón hasta el emperador Constantino el Grande (68-337).
3° Desde Constantino hasta Carlomagno (337-814).
4° Desde Carlomagno hasta la Reforma (814-1515).
5° Desde la Reforma hasta los tiempos de un poderoso Monarca y gran Papa, que abrirán la sexta época.
6° Restauración de la gran monarquía y triunfo del catolicismo, hasta la aparición del Anticristo.
7° Dominio del Anticristo hasta la segunda venida de N. S. Jesucristo.

«En el curso de la quinta edad — dice el venerable Holzhauser — los católicos serán oprimidos por los herejes y los malos cristianos. Habrá calamidades universales y guerras tremendas. Los reinos serán convulsionados; los tronos destruídos; los principios socavados. Mediante conjuraciones se fundarán repúblicas: la Iglesia y sus ministros serán despojados.

«Pero a la 6ª edad, de improviso tendrá lugar por obra de la omnipotente mano de Dios, tan maravillosa mutación, que nadie puede figurársela.

« Aparecerá un grande y santo Pontífice, y un poderoso Monarca, enviado de Dios, pondrá término al universal desorden. Sujetará todo a su poder y mostrará un ardiente celo por la verdadera Iglesia de Cristo. Todas las herejías serán relegadas al infierno de donde salieron: el imperio turco será quebrantado y las naciones adorarán a Dios en la verdadera fe católica y romana. Reinará entre los hombres el amor, la concordia, la paz y la felicidad.

« El Gran Monarca dominará casi todo el mundo, como patrimonio suyo. Con la ayuda del Señor libertará la tierra de tristezas, ruinas y males.

Él hará que pueda celebrarse un Concilio que será el mayor de todos los habidos, para dar término a muchas tribulaciones liará cumplir sus decretos y Dios lo bendecirá y pondrá todas las cosas en su mano»[56].

Aunque no son pocos los autores que piensan que este Gran Monarca, hacia el fin de los tiempos, será un rey español, o un emperador alemán o italiano, que restaurará el Imperio Romano Germánico, son más numerosos los que pronostican un príncipe en cuyas armas habrá una flor de lis, o sea un soberano de la estirpe real de Francia.

Profecía de San Francisco de Sales. — En su oración fúnebre del príncipe Felipe Manuel de Lorena (1602) el santo exclama con acento profético: «Muchos son los que creen ¡oh, Francia!, que será uno de vuestros reyes el que dará el último golpe y arruinará la secta de ese gran impostor que es Mahoma».

Profecía de San Remigio. — Esto concuerda con la promesa de San Remigio al rey Clodoveo:

«El reino de Francia está predestinado por Dios a la defensa de la Iglesia de Cristo. De allí que ha de gozar de una grandeza y de una potencia suma y de una duración igual a la del mundo: pero su victoria y su prosperidad estarán ligadas a su firmeza en la fe romana y a su cautela en guardarse de aquellos pecados que pierden a las naciones: toda vez que falte a los deberes de esta predestinación, será duramente castigada».

Baronio, después de citar el magnífico testamento de San Remigio, lleno de promesas para Francia, si cumple su misión, dice que Dios le ha concedido el admirable privilegio de que nunca su pueblo se vea obligado a servir a otro pueblo.

«De lo que se deduce que la nacionalidad y la independencia de Francia están en cierto modo bajo la tutela de Dios, que hasta ahora le ha conservado estos bienes porque los necesita para cumplir su oficio de defensora amada de la Iglesia, para lo cual fué electa.

«Y esta es la clave de toda la filosofía y de toda la teología de la historia de esa incomparable nación. *Christus amat Francos*; y los ama con una exuberancia de misericordia, aunque Francia *profanat justitias suas* y le vuelve las espaldas, para intrigar con torpes amantes, coronados de Césares o enmascarados de Gracos»[57].

56 La Civiltá Cattolica, serie VIII, volumen VI, página 12, 1872.

57 I vaticinii e i nostri tempi, en La Civillá Cattolica, serie VIII; vol. VI (1872), pág. 293.

De Maistre afirma que la historia de Francia demuestra con asombrosa puntualidad cómo la castiga Dios fuera las leyes ordinarias, cada vez que se rebela contra su Iglesia, y cómo la protege, también fuera de las leyes ordinanas; por lo cual tratándose de este pueblo, todo lo grande cabe en materia, de esperanzas y de temores. El redactor de la católica revista, cuyo interesante artículo sobre los vaticinios modernos hemos citado, decía, a propósito de esta gran nación, que en 1872, acababa de salir vencida de una guerra no menos triste que la reciente:

«Dios mantiene, aun en los furores de su cólera contra esta gran pecadora, su misericordiosa promesa de no entregarla al dominio extranjero, pero le ha hecho, sin embargo, perder territorios. Los perdió en 1815, en pena de sus anticristianas rapacidades de veinte años sobre Europa; y los ha perdido en 1871, en castigo de la anticristiana adquisición de Niza y Saboya, que fueron el precio por el que ella vendió en 1860 al Piamonte el patrimonio de San Pedro»[58].

La estirpe de los monarcas franceses puede jactarse de una historia sin igual, desde los tiempos de Clodoveo y no sólo en el reino de Francia, sino sobre muchas otras naciones. Doce miembros de la familia real francesa han sido elevados a los altares.

Treinta y nueve han ocupado el trono de Clodoveo.

Cuatro han sido emperadores do Oriente.

Doce reyes de Navarra.

Siete reyes de España.

Veintinueve reyes de Portugal.

Veintidós reyes de Nápoles, Sicilia, Chipre, Jerusalem.

Trece reyes de Hungría, Polonia, Inglaterra, Irlanda y Aragón.

¿Puede compararse con la historia de la monarquía la de los otros gobiernos que ha tenido la misma Francia?

He aquí la duración de ellos :

La monarquía: 1372 años.
La Convención: 3 años, 1 mes, 7 días.
El Directorio: 4 años, 15 días.
El Consulado: 4 años, 6 meses, 8 días.
El Imperio: 9 años, 11 meses, 8 días.

58 La Civiltá Cattolica, serie VIII, vol. VI (1872), p. 298.

La 1ª Restauración: 11 meses, 13 días.
Los cien días: 3 meses, 2 días.
La 2ª Restauración: 15 años, 21 días.
La Monarquía de Julio: 17 años, 6 meses, 14 días.
La República (1848): 4 años, 9 meses, 21 días
El 2° Imperio: 17 años, 9 meses, 2 días
La 3ª' República: 69 años, 10 meses

La república nacida en la arena sangrienta de 1789 no parece haber arraigado en la tierra de los francos. Estas fechas lo están pregonando, y lo afirman muchas profecías, que en estos momentos zumban en las memorias y llenan de ansiosa expectativa las entrañas de ese pueblo inmortal.

La profecía de San Cesario. — La que vamos a citar no es conforme al texto que se ha publicado no hace mucho y que nos parece adulterado a la manera de la pretendida profecía de Santa Odilia.

Nos. limitamos a reproducir la que, más brevemente y con mención de su antiquísima procedencia, trae *La Civiltá Cattolica*.

Por lo mismo que este texto no tiene las alusiones demasiado precisas. a sucesos políticos recientes, nos merece más confianza.

Dice así, y está tomada del *Liber mirabilis*, impreso en 1524, existente en la Biblioteca Nacional. de París:

«Después que el mundo entero y en especial Francia, y en Francia las provincias septentrionales y orientales y sobre todo la Lorena y la Champaría hayan sufrido miserias y tribulaciones grandísimas, estas provincias serán socorridas por un príncipe que recuperará la corona del lirio.

«Al mismo tiempo habrá un gran Papa, hombre santísimo y consumado en toda perfección, el cual tendrá de su parte al virtuoso vástago de la sangre de los reyes francos. Este rey ayudará al Papa a reformar el mundo.

«Sólo habrá una ley, una fe, un bautismo. Muchos alejados de la Santa Sede, abandonarán su error, y por largos años habrá paz, porque la ira de Dios se aplacará»[59].

Profecía de fray Jerónimo. — En la abadía de San Germán (París) murió en olor de santidad, en 10 de julio de 1420, un monje llamado Jerónimo Botino, autor de un libro de visiones, publicado en extracto en 1817 por monseñor Bourg, arzobispo de Bensanzon.

59 La Civiltá Cattolica, serie VIII, vol. VI, (1872), pág. 14.

Allí se lee este vaticinio, que se refiere también a la restauración de la monarquía francesa. «Después de trascurridos cuatro, siglos y más (el autor escribía en 1410) la tierra será desolada y la Iglesia en lágrimas. El Pastor será herido y disperso el rebaño.

«Pero el rocío descenderá del cielo. Los altares de Belzebú serán destruídos y los operadores de iniquidad, espantados, perecerán.

«Un hijo de sangre de reyes, perteneciente a la estirpe de Artois, gobernará a Francia con prudencia y honor y el espíritu del Señor estará con él».

Podría creerse que esta profecía se cumplió ya, cuando en el primer tercio del siglo pasado, tras de la desolación de las guerras napoleónicas y la prisión en Fontainebleau del Papa Pío VII, vino la derrota de Napoleón, la restauración de los Borbones y especialmente el reinado de Carlos X, que tenía el título de conde de Artois.

Pero podría también pensarse que todavía no se ha cumplido, y que la restauración de la monarquía francesa anunciada, será más duradera; y que el Pastor a que se alude allí momentáneamente, podría ser el *Pastor Angelicus* de la profecía de los Papas.

Dejamos la cuestión no a la indagación de los eruditos, porque en estas cosas la ciencia humana es de pocos alcances, sino a la intuición de las gentes piadosas, a quienes Dios quiera descubrir un rinconcito de sus secretos.

Profecía del V. Bernardino de Bustis. — Vivió este piadoso franciscano en el siglo XV. Entre sus sermones se halla la siguiente visión: «Un cierto poderosísimo rey del cristianismo, que vendrá antes que el Anticristo, se pondrá en pugna contra la Iglesia Romana, a la cual ocasionará muchas tribulaciones, y podernos discurrir de este modo:

«En aquel tiempo habrá un cisma en la Iglesia de Dios, en la elección del Papa, porque se nombrarán otros, entre los cuales habrá uno que será afligido por obra del antedicho rey.

«Mas este Papa no será verdadero Papa, sino que perseguirá al verdadero y a aquellos que le obedezcan; y muchos prestarán obediencia antes al Antipapa que al verdadero Pontífice; pero por fin concluirá malamente el falso, y el verdadero quedará sin disputa.

«La Iglesia Romana saldrá libre de las manos de aquel rey por brazo y poder de otro rey muy cristiano que irá en su socorro.

«Mas, aunque este rey bueno sea hecho prisionero por el ejército del rey antedicho, sin embargo, por la ayuda de la Santísima Virgen María, quedará libre, y después de muchos peligros y trabajos, alcanzará la victoria.

«El *Papa angélico*, que entonces ocupará la silla, coronará con imperial diadema a este rey, y entrambos juntos reformarán la Iglesia de Cristo, en el estado de pobreza evangélica, erigiendo doce columnas, predicadores de la pobreza y hombres perfectísimos que observarán la vida del Evangelio y la predicarán a los otros.

«En el tiempo de este emperador vendrá un Antipapa.

«El que es verdadero Pontífice en el tiempo del cisma se llamará Roboam; el falso se llamará Jeroboam; porque el verdadero tendrá en el principio del cisma, de doce partes de los cristianos, dos solamente; y el seudopontífice las otras diez; mas, los buenos cardenales y custodios de la Iglesia Romana, seguirán a Roboam, y los malos, a Jeroboam.

«Un cierto rey irá a Roma y recibirá del verdadero Sumo Pontífice la corona, no de oro, sino de espinas, con la cual querrá ser coronado por reverencia de Cristo, coronado de espinas.

«Este rey recuperará la Tierra Santa, y depondrá la corona de su imperio sobre el sepulcro del Señor…

«Las tribulaciones de la Iglesia que sucederán en aquel tiempo próximo al Anticristo serán semejantes a aquellas del tiempo de los Macabeos, cuando el sumo sacerdocio fué ocupado por Jasón, Menelao, Lisímaco y Alcino. Así antes de la venida del Anticristo ocuparán la sede romana inicuos Pontífices, es decir, Antipapas, elegidos, no por inspiración del Espíritu Santo; y después de tales tribulaciones se levantará aquel nuevo pontífice llamado Angélico, el cual será guardado por los ángeles, corno también el nuevo emperador en lo temporal del mundo; ambos juntos verán todas las tribulaciones hasta la venida del Anticristo que será monarca de todo el mundo.

«Antes de entonces vacará la Sede apostólica cerca de un año y medio, en el cual tiempo el clero estará tan atribulado, que por temor se verá obligado a ocultar la tonsura, y lo mismo harán casi todas las personas eclesiásticas…

«Hacia el fin del mundo vendrá otra orden religiosa en la cual se llevará saco por vestido, que durará tan poco tiempo como el Anticristo, a saber, empezará el año en que naciere el Anticristo; sin embargo, no se extenderá mucho, ni muchos tomarán su hábito sino en los últimos tres años y medio, en los cuales comparecerán Henoch y Elías que predicarán contra el Anticristo vestidos de saco».

Profecía de Pío X. — El santo Pontífice que en la profecía de San Malaquías lleva el significativo lema de Fuego Ardiente (Ignis Ardens), dió en diversas ocasiones muestras de espíritu profético.

Al entregar el birrete cardenalicio a los cardenales franceses, en una época en que el gobierno masónico de Francia perseguía implacablemente a la Iglesia, (1911), pronunció la siguiente alocución:

«¿Qué os diré a todos vosotros, queridos hijos de Francia, que gemís bajo el peso de la persecución?

«El pueblo que ha hecho alianza con Dios en las fuentes bautismales de Reims se convertirá y volverá a su primera vocación.

«Sin duda sus culpas no quedarán impunes; pero la hija de tantos méritos, de tantos suspiros y de tantas lágrimas, no perecerá jamás.

«Un día vendrá — y no ha de tardar —, en que Francia, como otra vez Saulo en el camino de Damasco, será envuelta por la luz celestial y escuchará una voz que le dirá: «Hija mía, hija mía, ¿por qué me persigues?

«Y a su respuesta: ¿Quién eres tú, Señor? —, la voz replicará: — Yo soy Jesús de Nazareth. Te es duro cocear contra el aguijón, porque en tu terquedad tú misma te arruinas.

«Y ella, trémula de asombro, dirá: — Señor, Señor, ¿qué quieres que haga?

«Y Él: — Levántate, lávate de tus impurezas que te han desfigurado, despierta en tu seno los sentimientos dormidos y el pacto de nuestra alianza, y ve, hija mayor de la Iglesia, ve, nación predestinada, vaso, de elección, ve a llevar como en el pasado, mi Nombre delante de todos los pueblos y los reyes de la tierra».

Otra vez, Pío X, en 1909, dando una audiencia, cayó en momentáneo éxtasis, y al recobrarse dijo:

« Lo que veo es espantoso. ¿Seré yo? ¿Será mi sucesor ? Lo cierto es que al Papa dejará a Rorna y para salir del Vaticano, deberá pasar sobre el cadáver de sus sacerdotes...».

X

UN SUENO DE DON BOSCO

«La vigilia de la Epifanía del corriente año, 1870, desaparecieron todos los objetos materiales de mi cuarto y me encontré en presencia de cosas sobrenaturales. Fué cosa de breves instantes, en que vi mucho.

«Si bien todo lo vi bajo formas sensibles en apariencia, apenas puedo describirlo con signos exteriores. Da una idea lo que sigue. Es la palabra de Dios, acomodada a la palabra del hombre.

«Del Sur viene la guerra; del Norte la paz.

«Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador, y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con el látigo de su ira.

«En la primera abatirá su soberbia, con la derrota y el saqueo y el estrago en cosechas, animales y hombres.

«En la segunda la gran prostituta de Babilonia, aquella a quienes los buenos llaman suspirando el prostíbulo de Europa, será privada de su jefe y presa del desorden.

«¡París, París! En vez de armarte con el nombre del Señor, te rodeas de casas de inmoralidad. Ellas serán por ti misma destruídas: el ídolo tuyo, el Panteón, será reducido a cenizas, a fin de que se cumpla el *mentita est iniquitas sibi* (la iniquidad se ha engañado a sí misma). Tus enemigos te reducirán a la angustia, al hambre, al terror y a la abominación de las naciones. ¡Y, ay de ti si no reconoces la mano que te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

«En la tercera caerás en mano extranjera. Tus enemigos verán desde lejos arder tus palacios y tus casas en ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes, muertos.

«Pero he aquí un gran guerrero del Norte, con un estandarte en la diestra, en el cual se lee: *Irresistible mano del Señor*. En ese instante el Venerable Viejo del Lacio le salió al encuentro, llevando una antorcha ardentísima. El estandarte se desplegó, y de negro que era quedó como la nieve, blanco. En el medio estaba escrito el nombre de quien todo lo puede.

«El guerrero y sus huestes hicieron una profunda reverencia al Viejo y se estrecharon la mano.

«Ahora la voz del cielo al pastor de los pastores: Estás en gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no está quieto un instante y dispone sus artes contra ti. Sembrará discordia entre tus asesores; suscitará adversarios entre mis hijos. Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían sofocar la palabra en la garganta de los que custodian mi ley. Eso no ocurrirá. Harán mal, pero mal a sí mismos. Tú apresura; si las dificultades no se resuelven, córtalas. Si te hallas en angustias, no te rindas y continúa hasta decapitar la hidra del error. Este golpe hará temblar a la tierra y al infierno, pero los buenos serán confirmados y se alegrarán. Aunque sólo te queden dos asesores, a donde vayas continúa y termina la obra que se te ha confiado. Los días corren velo-ces ; tus años avanzan al término fijado; pero la gran reina será siempre tu ayuda, y, como en el pasado, será en el porvenir *magnum el singulare in Ecclesia praesidium*.

« Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿qué te ha sumergido en la desolación... ? No digas, los enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes que tus hijos piden el pan de la fe y no encuentran quién se lo reparta? ¿Qué haré? Golpearé a los pastores, dispersaré el rebaño a fin de que los que se sientan en la cátedra de Moisés busquen buenos pastos y el rebaño los siga dócilmente y se nutra.

«Pero sobre el rebaño y sobre los pastores pesará mi mano; la carestía, la pestilencia, la guerra harán llorar a las madres la sangre de los hijos y de los mártires en tierra enemiga.

«Y de ti, oh Roma, ¿qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia Has llegado a no buscar otra cosa y a no admirar en tus soberanos sino el lujo, olvidándote que tu gloria y la de él está sobre el Gólgota. Ahora él es viejo, decrépito, inerme, despojado. Sin embargo, su palabra hace temblar al mundo.

«¡Roma! Sobre ti vendré cuatro veces.

«En la primera heriré tus tierras y tus habitantes.

«En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus muros. ¿No abres aún los ojos?

«Vendré la tercera, abatiré defensas y defensores y al imperio del Padre sucederá el reino del terror, del espanto y de la desolación.

«Pero mis sabios huyen, mi ley es pisoteada: por eso haré la cuarta visita. Ay de ti, si todavía entonces mi ley es un nombre vano para ti ¡Sobrevendrán prevaricaciones en los doctos y en los ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que has hecho en la ley de tu Dios.

«La guerra, la peste, el hambre son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, ricos, vuestras magnificencias, vuestras villas, vuestros palacios? Han venido a ser el estiércol de las plazas y de las calles.

«Y vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corréis a llorar entre el vestíbulo y el altar, pidiendo la suspensión de los castigos? ¿Por qué no cogéis el escudo de la fe y vais sobre los techos de las casas, por las calles y las plazas, en todo lugar, aún inaccesible, a llevar la semilla de mi palabra? ¿Ignoráis que es ésta la espada terrible de dos filos que abate a mis enemigos y rompe la ira de Dios y de los hombres?

«Estas cosas deberán inexorablemente suceder una tras otra.

« Las cosas sucédense demasiado lentamente.

«Pero la augusta Reina de los cielos está presente. La potencia del Señor está en sus manos. Disipa como niebla sus enemigos, reviste el Venerable Viejo todos sus antiguos hábitos.

«Sobrevendrá un violento huracán.

«¡La iniquidad ha terminado! El pecado tendrá fin, y antes que transcurran dos plenilunios del mes de las flores, el iris de paz aparecerá sobre la tierra.

«El gran Ministro verá la esposa de su Rey vestida de fiesta. En todo el mundo aparecerá un sol tan luminoso corno no se ha visto nunca desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se verá hasta el último día».

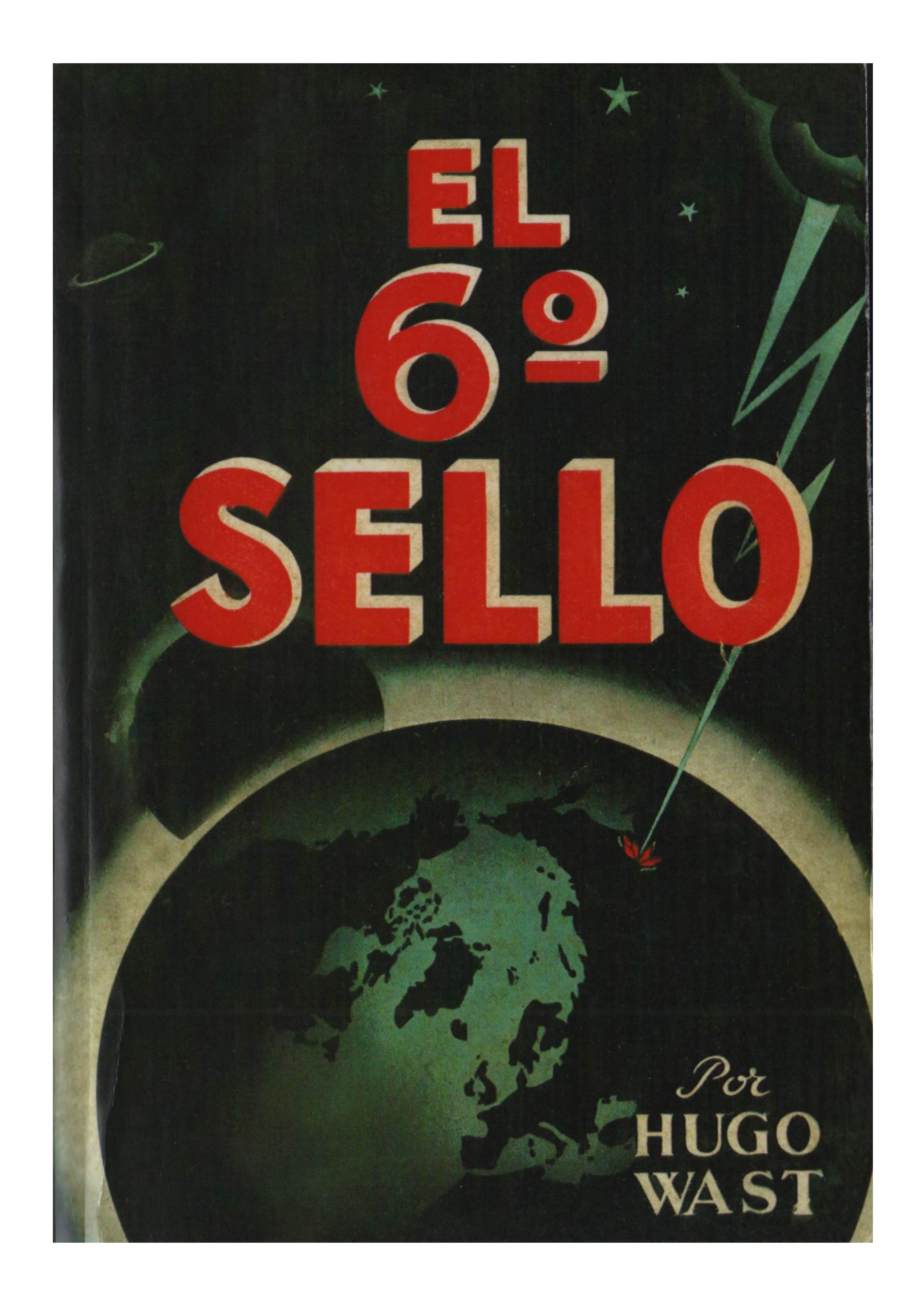
ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El Reino de Mil Años

SEGUNDA PARTE

En el Umbral del Milenio


EL
6º
SELLO
Por
HUGO
WAST